

Oligarquía financiera y poder político en España

Investigación de los vínculos de nuestra banca con los poderes FICSI

Manuel Fuentes Ducet

FICSI

Foro de Investigación Científica y Social



Reservados todos los derechos



Annotation

El ex-banquero Manuel Puerto Ducet describe a partir de su experiencia personal y profesional, el establishment del Estado español, formado por las élites financiera-empresarial, política, militar, jerarquía católica, universitaria y mass media, que serían los herederos naturales del Régimen Franquista y que habrían fagocitado todas las esferas de decisión, iniciando una deriva autoritaria que ha convertido a esta seudodemocracia en su rehén. El libro es una crónica desde dentro, y no se rehuyen los nombres de los protagonistas, por muy influyentes que estos sean.

Manuel Puerto Ducet

Oligarquía financiera y poder político en España

Redención de los pecados de cuello blanco en los países PIGS

Dedicatoria

ERA yo uno de esos niños que veía continuamente al rey desnudo y además lo pregonaba. Pasaba los veranos en la masía familiar y al cumplir los 10 años, mi padre me llevó a un bonito rincón para plantar un árbol; ignoro por qué eligió un algarrobo —quizás fuera una indirecta a mi cabezonería—. Mientras cavábamos el hoyo, me lanzó uno de esos mensajes que un hijo no olvida: «Si sigues así por la vida, no harás más que recibir palos; debes morderte la lengua y si alguna vez no lo haces, que sea por algo que valga realmente la pena». Lo cierto es que le he hecho caso y se pueden contar con los dedos de una mano, las veces en las que decidí echar los pies por delante. El algarrobo ha superado el medio siglo de vida y ha demostrado ser mucho más sabio y prudente que yo; nada se le escapa y solo quedan por encima, los jilgueros que le sobrevuelan, que no pueden evitar rendirle homenaje postrándose continuamente sobre sus ramas. En momentos de duda, me tiendo bajo su sombra y recibo los mejores consejos; no creo que haya mucha gente que le deba tanto a un árbol como yo. Este libro es un homenaje a mi padre, al que espero no defraudar.

Prólogo

ES difícil que al prologar un libro, alguien pueda experimentar una sensación más gratificante que la mía, rememorando secuencias profesionales imborrables y otras que quedarán depositadas en el baúl de los recuerdos personales. Unas y otras, enaltecen al autor de este libro. En mi ámbito familiar, dejó huella la figura de mi tío materno Torcuato Fernández-Miranda, cuya trayectoria discurrió por caminos distintos a los de Manuel Puerto, pero que en su momento, pude apreciar un paralelismo por lo que respecta a sus comportamientos éticos y La indomable vocación por defender lo que en conciencia uno y otro consideraban justo, aun enfrentándose a quienes por diversas razones parecían tener la partida ganada. La profunda convicción en la defensa de unos principios, hicieron en más de una ocasión batirse en retirada a eventuales opositores que a buen seguro no estaban revestidos de las mismas certidumbres.

He sido testigo de cómo el autor de este libro, expulsaba de su despacho —como si fuera una mercader del templo— a una acaudalada y altiva denta por poner en duda su profesionalidad y regresar ésta a los tres días con un presente, suplicando perdón. No he conocido a nadie que supiera combinar de mejor manera la amabilidad en el trato con la firmeza en defensa de unos principios. Pendía sobre su cabeza, la responsabilidad sobre decisiones diarias de inversión, pero paradójicamente, le he visto atravesar por sus momentos más amargos, cuando una colaboradora en la que durante años había depositado su confianza, le defraudó al cometer un pequeño desfalco.

No tuvo reparos en enfrentarse al mismísimo presidente de SEAT, cuando éste, exigió un trato de favor en detrimento de otros clientes y amenazó con retirar del Grupo todo el negocio de la empresa automovilística. Mi admirado jefe, gozó de gran prestigio en el ámbito profesional y sus sugerencias fueron siempre valoradas hasta que a mediados de los noventa, BANIF dejó de ser BANIF y nuestros caminos se separaron. Experimenté una gran alegría cuando me propuso prologar este libro y no tanta cuando me sugirió rebajar los elogios. Antes de leerlo, estaba convencida una vez más de que no me defraudaría, pero en esta ocasión, se han visto superadas todas mis expectativas. Espero que ustedes puedan compartir tan agradables sensaciones, y disfrutar de la valiente sinceridad de un personaje que combina como pocos, ironía, intuición y experiencia, sin hacer concesiones a lo políticamente correcto.

Silvia Alonso Fernández-Miranda

PESE a no tratarse de una historia con final feliz, me consideraría afortunado si este libro resultara para el lector la mitad de tonificante que ha sido para mí el escribirlo. Anticipo que va a ser desmitificador y, en conciencia, obligadamente iconoclasta. Incide en aspectos de los que por caprichos del destino, fui testigo muy cercano y que —a pesar de encontrarnos en la era de la información— permanecen ocultos y ocultarlos a una mayoría de ciudadanos.

Los pre-revolucionarios del siglo XXI tienen precisamente en la información su mejor arma; tan solo les resta utilizarla con tino para identificar a sus auténticos enemigos. Que no caigan en el desánimo cuando falsos profetas les regañen y vayan predicando por ahí, que han sido insolidarios con futuras generaciones al haberse endeudado en detrimento de sus nietos. Es la condición humana la que no tiene remedio; la misma que llevó a algún reconvertido telepredicador a delinquir cuando surcaba los procelosos mares de la abundancia y amarraba su yate junto al del rey. Mi generación fue algo más austera e idealista que la actual, aunque mucho menos que la de mis mayores. No fue debido a que el Espíritu Santo estuviera más atento en su tarea de inspirar a los humanos o porque fuéramos de mejor pasta. En un dilatado periodo de postguerra —sobrellevado con «seiscientos» de motores recalentados— no había más salida que la de apretarse el cinturón y soñar con un mundo mejor. De haber nacido medio siglo más tarde, sin duda hubiéramos cometido los mismos errores.

La peor lacra para la sociedad biempensante es la hipocresía emanada por el que yo he dado en llamar «Gran Sanedrín Financiero», avalada por una clase política a la que ha abducido. Se expande simpáticamente a través de una falla de sedimentos yuxtapuestos, de cuya presión pocos pueden sustraerse. Transcurrido un siglo desde que el primer mundo decidió apostar por su homologación democrática, el reducto de las finanzas continúa resistiendo como un valiente, manteniendo su endogamia y consiguiendo que los instrumentos de control público se manifiesten absolutamente estériles. Si atendemos a incorporaciones tardías, como es el caso de España, el panorama es todavía más desolador. La eficacia de instituciones como la Comisión Nacional del Mercado de Valores es prácticamente nula, mientras que el Banco de España persigue hormigas y se le cuelan los elefantes. La Ley para la Reforma del Mercado de Valores de 1988 acabó con los excesos de unos peculiares fedatarios públicos conocidos como Agentes de Cambio y Bolsa, pero una vez más salimos de Málaga para meternos en Malagón. El resultado fue la rendición sin condiciones a una banca que, desde entonces, se hizo con todos los resortes de intermediación y que goza de una inmunidad absoluta, por sus posiciones de privilegio e información privilegiada. Lo que queda del sistema financiero español tras las obligadas cesiones a Europa adolece de un mal congénito que deriva de un engranaje económico acrisolado en la autocracia y contaminado por una voraz bancarización, que impide desplegar la auténtica igualdad de mercado. Todo ello ha influido decisivamente, agravando el impacto de una crisis que, pese a ser global, no ha afectado por igual a todos los países.

Quienes controlan las finanzas mundiales se enriquecieron con desenfreno durante la década de los noventa y primera mitad del dos mil, amparándose en las políticas de interés cero diseñadas por Alan Greenspan y secundadas por sus homólogos europeos. Ello les permitió levantar posteriormente el pie del acelerador y asumir una crisis que no fue tan imprevisible como pretenden hacernos creer. La bancarrota de medio mundo es la nueva plataforma a partir de la cual podrán seguir amasando sus fortunas e incrementando exponencialmente sus cotas de poder. El mundo de las altas finanzas, y el de las no tan altas, está colonizado por las malas conciencias. Las circunstancias de la vida me llevaron a tener que soportar el aliento de algunos de los que contribuyeron con entusiasmo a convertirnos en damnificados de sus excesos. Una vez liberado de las servidumbres que a todos nos condicionan, la más elemental conciencia social me empuja a dar testimonio de todo ello.

No se repriman y satisfagan su natural curiosidad a través de las páginas de este libro; en ellas, encontrarán la crónica de una contaminada banca de inversión cuya única virtualidad es la de ser totalmente prescindible. Espero que mi relato sirva como mínimo, para prevenir al lector de por dónde le pueden venir los tiros, disparados por los francotiradores del «Gran Sanedrín Financiero».

La que se nos ha venido encima, con la mayor crisis que ha padecido el mundo desde hace 80 años, no tiene nada que ver con una inesperada plaga enviada por los dioses para castigar los excesos de la humanidad y tampoco con una crisis cíclica inherente al capitalismo —tal como han venido defendiendo ilustrísimos autores—; es más bien una historia trufada de corrupciones y de actuaciones perversas, en la que lo de menos son las puntuales rapiñas de Madoff, Ornel o Jérôme Kerviel, a pesar de que metieran descaradamente la mano en el cajón. Las grandes averías en el sistema las ha provocado una corrupción institucionalizada, amparada en la impunidad de una franja que discurre entre la ausencia absoluta de ética y el delito. Se las ha ingeniado para hacer rehenes a unos políticos que están condenados a relevarse, mientras que el núcleo duro de los financieros permanece y en último término pasa de padres a hijos. Ya era demasiado tarde cuando la clase política cayó en la cuenta de que había creado un monstruo, que la tiene absolutamente sometida y obligada a plegarse a sus dictados. El virus se inoculó en EE.UU., pero sus emisarios europeos se apuntaron entusiasmados desde el primer momento a la fiesta. No se pueden hacer concesiones a quienes con su falaz actuación han condenado a la indigencia —e indirectamente a la muerte— a millones de personas en todo el mundo. No es ninguna broma; las repercusiones de una crisis inducida han provocado en cuatro años el triple de víctimas que el holocausto judío. Con la nueva metodología, se ha conseguido sedar a una humanidad cada vez más insolidaria, que no se escandaliza en exceso y que compensa la mala conciencia de sus cómplices silencios, con la cuota trimestral a una ONG. Pese a la gravedad del acontecimiento, no voy a convertir mi relato en una historia de terror; la vida está llena de matices y, afortunadamente, anécdotas amables se intercalan en la crónica de unos sucesos, que inevitablemente deberán rendir tributo a una subjetividad, a la que ningún ser humano puede sustraerse. Espero que, aunque sea en puntuales momentos, las musas me concedan el favor de acceder a la ironía para ser capaz de reinterpretar un drama en clave tragicómica.

He esperado diez años a publicar este libro, cuando la mayoría de mis protagonistas se han jubilado o están a punto de hacerlo. No es mi pretensión erosionar prestigios, más allá de lo estrictamente necesario. Desde mi modesta experiencia, pretendo alertar a la

sociedad de mis nietos respecto a determinadas actuaciones, que hasta la fecha se han revelado extremadamente dañinas, abrigando la remota esperanza, de que sean capaces algún día de conjurarlas. Más allá de cualquier pretensión didáctica, esta es en esencia la historia de tres clases de botines: los que calzaba Joan Hortalá en la universidad, los que acumularon unos desalmados y el Botín Emilio, de profesión impune.

Capítulo 1 De la autocracia al reciclaje bolchevique

Desestabilización en la dictadura y crisis en la «dictablanda»

PARA hacernos una idea del devenir económico transcurrido desde que las tropas nacionales alcanzaron sus últimos objetivos, hasta que el dictador pasó a rendir cuentas al Altísimo, debemos situarnos en el periodo de postguerra en el que las arcas públicas estaban exhaustas, no había divisas para costear las importaciones más esenciales y los españoles se dividían en cuatro grupos: banqueros colaboracionistas y asimilados de alta alcurnia, héroes de guerra, estraperlistas y mayoría silenciosa alimentada con pan negro.

La mejor fórmula que se ha inventado para superar una desestabilización económica es, sin duda, un plan encaminado a estabilizarla. Un régimen, ideológicamente opuesto al liberalismo de cualquier pelaje y condición, se resistió durante años a aplicar cualquier otra solución que no fuera encomendarse al brazo incorrupto de Santa Teresa, pero al fin tuvo que claudicar de mala gana a la presión internacional comandada por Estados Unidos y aceptar en 1959 el Plan de Estabilización. La pintoresca y reiterada disputa que existe en este país por constituirse en protagonista de reiterados huevos de Colón hizo que a lo largo de los años perdiera la cuenta respecto a cuantos quisieron adjudicarse la paternidad o cuando menos el padrinazgo de aquel Plan de Estabilización, pero cualquier observador objetivo sabe hoy que fue diseño exclusivo del Fondo Monetario Internacional. Medio siglo más tarde, las cosas han cambiado algo, pero no deja de sorprender que sea de nuevo la presión exterior, la que obligue a desbloquear el modelo ladrillero pergeñado por el Caudillo y a modificar drásticamente el diseño económico que de él se ha derivado. Parece que, en cualquier circunstancia, la única receta válida para que países como España puedan salir del atolladero económico sea la de encarnizarse con su gallina de los huevos de oro, superar los límites de la medida y esperar a convertirse en un problema internacional que dispare todas las alarmas y obligue a los países algo más serios a resolver la papeleta; no solo por altruismo, sino fundamentalmente para evitar que acabemos contaminándolos. No debe extrañarnos que el mito cinematográfico español por excelencia sea *bienvenido Mr. Marshall*, ya que el tiempo es implacable y acaba forzando la emersión de la autocrítica inconsciente. También tiene que ver con el castigo bíblico que afecta al grupo de países PIGS, cuyas servidumbres y características abordaremos en próximo capítulo. No parece ser ajeno a todo ello el hecho de que los distintos gobiernos no hayan estado por la labor de permitir que el pragmatismo económico interfiriera en sus diseños políticos. Todos ellos han confundido planteamientos económicos con principios ideológicos y los resultados de esta discordante convivencia ahí están. En distintos apartados del libro, me refiero a los perversos efectos del tránsito sin contrición de la dictadura a la democracia y, en este caso, quedan una vez más evidenciados. Aun en el reducido espacio que compete al Estado, la economía sigue tan secuestrada por la política como hace cincuenta años. Lejos de esforzarse en preservar a los circuitos financieros de asedios contaminantes, han amparado la elaboración de un peculiar caldo de cultivo, en el que abreva con exclusividad una apoltronada y disoluta élite.

A la estabilización económica, le siguió el desarrollismo con sus aparentes virtudes y los defectos inherentes a todo «ismo», liderado por franquistas-opusianos que se hicieron llamar tecnócratas. Corresponde en este punto hacer una alusión al que fue su gran fontanero Fabiá Estapé; según cualificadas opiniones, uno de los dos únicos economistas españoles que ha hecho suficientes méritos para merecer tal nombre, junto a Laurea Figuerola, el padre de la peseta. El doctor Estapé fue tal vez la única persona en España capaz de colarle un gol al Generalísimo y otro a Carrero Blanco. El inolvidable profesor fue nombrado Comisario del Plan de Desarrollo y se quedó con todo el personal, ya que inspiró su diseño en los planes quinquenales soviéticos, mezclados con fundamentos del capitalismo avanzado de la época, tales como la planificación del trabajo por objetivos y el impulso conjunto del consumo y la producción. Creo que el único que se apercibió de los ingredientes del combinado fue Laureano López Rodó, que, aunque era más del Opus que un cilicio, también era catalán y por tanto posibilista. Esperó a ver si la cosa funcionaba y funcionó; de no haber sido así, siempre podía entregar la cabeza de Fabiá. Coincidió con el insigne maestro en su crítica a la política económica aznariana, en la que se incubó el plus de castigo que penaliza hoy a España (sin hacer ascos por supuesto a la puntilla de Zapatero). Se ensañó con el entonces superministro económico Rodrigo Rato, del que decía que su primera actuación de relieve en el mundo de la economía fue hundir una centenaria empresa familiar de agua mineral. Acabó con su paciencia su gestión al frente del Fondo Monetario Internacional, de donde aseguraba lo habían echado por incapaz. Lo que yo pude constatar fue que Fabiá Estapé era sin duda el mejor y si decía que Rato era muy malo, pues sus motivos tendría. A lo mejor estoy mal fijado, pero los planes de austeridad que está aplicando Europa en su intento por superar la crisis se parecen, como una gota de agua a otra, a las recetas que aplicó el doctor Estapé cuando ejercía de Comisario del Plan de Desarrollo. No creo que sea la primera ocasión en la que me vea obligado a constatar que el mundo es un pañuelo.

El desarrollismo es, por definición, crecimiento a cualquier precio y necesariamente lleva implícito una factura, a la que algún día hay que hacerle frente. El primer plazo se hizo efectivo con ocasión de la crisis de 1973 —conocida como la crisis del petróleo—, desatada a partir de que los países de la OPEP decidieran penalizar a Occidente con un drástico recorte en el suministro de petróleo, por su apoyo a Israel en la guerra del Yom Kippur. Empezó en Estados Unidos —que es donde suelen empezar este tipo de cosas— y se hizo extensiva a todos los países de la Europa occidental, provocando un efecto inflacionista, la reducción de la actividad económica y la consecuente caída de las bolsas. Si acaso cabe extraer una conclusión positiva de aquella crisis, es que no se inició en el jardín de quienes dominan el mundo y en consecuencia era potencialmente reversible. Existía la posibilidad de que las represalias por parte de los países productores de petróleo pudieran ser reconducidas, pero la resignada y general aceptación de que las reservas de petróleo se agotarían en dos o tres décadas acrecentó los temores, provocando el consiguiente efecto dominó. Aún hoy me pregunto cómo pudo calar durante tanto tiempo aquella falacia. Einstein afirmaba que solo el universo y la estupidez humana son infinitos y, en aquella ocasión, quedó una vez más constatado. Volvió a confirmarse que las crisis se retroalimentan y que los efectos inducidos a partir de un falso detonante pueden provocar que una etapa recesiva se dilate en el tiempo. Todas las crisis son distintas y también sus enmiendas, aunque con la perspectiva del tiempo podemos constatar que aquella fue un juego de niños comparada con la desencadenada en 2007.



*El vigía de Occidente entrenando a fondo.
(Gagomilitaria)*

Visto desde el prisma doméstico, lo ocurrido en la España de 1973 merece una reflexión, que tiene que ver con la pintoresca confianza en el Régimen de los actores sociales y financieros. Estamos hablando de dos años antes de la muerte del dictador y cuando el *establishment* patrio todavía no se había recuperado del atentado a Carrero Blanco. Faltaban todavía unos años para que España se incorporara definitivamente a la Comunidad Europea y el Estado conservaba intactos los resortes económicos para autorregularse. Las crónicas hablan de un régimen debilitado, pero lo cierto es que, tras tres años y medio de bonanza económica y escalada bursátil (1970-1973), se detectaba una notable confianza en las instituciones del País. A excepción de algún teórico viajado, nadie hablaba de liberalización de los mercados y a los inversores institucionales no les preocupaba en demasía el comportamiento de Wall Street; ni tan siquiera lo acaecido en las bolsas de Londres, Frankfurt o París.

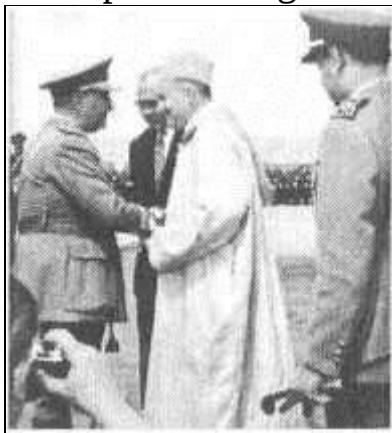
Mientras en el último trimestre de 1973 las Bolsas europeas se hundían, la española continuó imperturbable, escalando posiciones hasta abril de 1974, sin plantearse que la falta de combustible pudiera llegar a estrangular la economía del país. Franco ejercía con convicción el papel de líder visionario, adquiriendo a veces tintes esotéricos. Algunos de los que pocos años después presumirían de demócratas de toda la vida creían a pies juntillas que Franco era un machote que superaba en habilidad negociadora a cualquier otro líder y que no tendría mayores dificultades en sortear un reto que había puesto en jaque al mundo civilizado. No parece que hoy interese a nadie remover aquellas vergonzantes servidumbres; más bien se detecta un afán por correr un tupido velo. La mejor prueba para constatar los logros de la inducida amnesia es que, al preguntar a las nuevas generaciones por Franco, los más leídos y viajados contestan que se trata de una antigua moneda francesa. El Caudillo conocía mejor que nadie la idiosincrasia de su pueblo; solo tenía que llamar a rebato con la excusa de una supuesta ofensa foránea a la patria, para que los españolitos se arremolinasen en la Plaza de Oriente, aferrados a su unidad de destino en lo universal. A pesar del tiempo transcurrido, permanecía fresco entre la población el recuerdo de aquel mítico encuentro del dictador con Hitler en Hendaya, que lo consagraba como el supermán de las negociaciones. Existía el convencimiento de que, para el Caudillo, atajar aquella crisis sería un juego de niños. Su presunta y «secular» amistad con los árabes obraría el milagro y, a poco que nos descuidáramos, nos ahogarían en petróleo. No se pueden desligar aquellos acontecimientos del contexto histórico, pero lo cierto es que, al recordarlo, resulta difícil esquivar una sensación de vergüenza colectiva.



(Flick photo)

Cuando al fin la cruda realidad se impuso, hacer levitar a treinta y cinco millones de almas resultaba una misión imposible, incluso para Franco. A partir de abril de 1974, la economía entró en clara recesión y la Bolsa inició un camino descendente que tardó varios años en ser enderezado. El Caudillo por su parte, dando muestras una vez más de su intuitiva habilidad, supo librarse a tiempo y antes de que la crisis se consolidara, decidió abdicar de lo terrenal y someterse al juicio divino.

Es obligado reconocer que Franco supo manejarse hábilmente a lo largo de cuarenta años, poniendo internacionalmente en valor su arraigado anticomunismo y es obvio que consiguió seguir triunfando aun después de muerto. Nombró a su sucesor y consiguió que, a través del pacto de la Transición, sus herederos trasladaran buena parte de sus dictados a una democracia cautiva. Cuatro décadas después de su muerte, ha logrado que media España siga inconscientemente palpitando junto a él. Hay cosas en este país que siguen siendo intocables y sobre las cuales la sociedad biempensante ha decidido asumir el fideicomiso. Buena muestra de ello es el visceral rechazo de una parte de la población — aliada con Falange Española y la organización ultraderechista Manos Limpias— que han conseguido sentar en el banquillo a un magistrado de la Audiencia por declararse competente para investigar los crímenes del franquismo. Más allá de las leyes que se consensuaron con los representantes del anterior régimen, es como si las juventudes hitlerianas imputaran a un juez alemán por investigar el Holocausto.



El Caudillo dando buena cuenta de la crisis del petróleo y prestando sus últimos servicios a la patria.

(franciscofranco.com)

Desconfíen de quienes intenten convencerles de que la Transición fue una especie de *big bang* que provocó un cortocircuito en la historia y que por arte de birlibirloque nos convirtió a todos en demócratas sin mácula. Fue tan solo un *coitus interruptus*, en el cual

los papeles siguen estando perfectamente definidos y un vano intento por esconder unos ancestros ideológicamente bastardos. Difícilmente lograremos interpretar las claves de nuestra dispersa realidad, propiciando un agujero negro en la memoria colectiva.

Compañeros de pupitre

En los gloriosos sesenta, tuve ocasión de deleitarme con una experiencia religiosa, cuando combinaba mi trabajo en la banca con los estudios nocturnos de Peritaje y Profesorado Mercantil en los Escolapios de Barcelona. El rollizo intendente mercantil doctor Arús, alma máter del centro, el todavía más orondo padre Quadras y una pléyade de pintorescos profesores amenizaban aquellas jornadas que se iniciaban con el crepúsculo. Recuerdo especialmente y con tierna nostalgia a uno de mis esforzados mentores que, según decían, padecía pediculosis testicular. Mientras nos impartía la asignatura, no paraba de rascarse compulsivamente los genitales. Era un fanático del tenis y, cuando nos explicaba la catenaria o la aplicación estadística de la campana de Gauss, acababa rememorando algún partido de Pancho Gonzales, en el que sus *lobs* —aseguraba— eran ejemplo impagable para entender la trayectoria elíptica. Siempre agradeceré sus esfuerzos y disculparé sus escozores; concentrarse en los estudios tras una jornada laboral bancaria era tarea complicada, por lo que siempre era bienvenido un toque de distendido divertimento.

Concluido el horario lectivo, llegaba el momento del relax y probablemente el más creativo del día. Tres o cuatro compañeros nos reuníamos a la luz de la luna y de un puñado de estrellas, que la incipiente contaminación lumínica todavía permitía contemplar en la tibia noche barcelonesa. Al amparo de los últimos serenos, cuyos chuzos resonaban al percutir sobre las ahuecadas aceras, pasábamos un buen rato debatiendo sobre lo divino y lo humano. Miquel, Pep y Salvador eran, junto a quien se lo cuenta, los más habituales. Conectaba con Salva, con quien me sentía especialmente identificado, a lo que no era ajeno su agudo sentido del humor. Debieron de ser escasas las materias que no abordáramos, contrastando pareceres sobre estilos y tendencias pictóricas; Van Gogh y los impresionistas, enfrentados a Velázquez y Picasso como eslabón perdido. Podíamos pasarnos una velada escudriñando una reproducción de la *Habitación* o de *Les Demoiselles d'Avignon*. Quedó grabada en mi mente una frase que alguno de ellos soltó con relación al famoso retrato de las cinco prostitutas. «Con este cuadro, Picasso acabó con la pintura y empezó el movimiento». Recuerdo que la frase provocó en mi todavía atolondrada mente una inconsciente concordancia; pensé que, de enterarse el Generalísimo, la hubiera adoptado como eslogan para su Régimen.

Tampoco eran materias ajenas al debate la música o el ajedrez, en cuya afición coincidí también con Salvador. En contadas ocasiones y complementados financieramente por Pep (hombre de más posibles), nos permitíamos el lujo de refugiarnos en un bar especializado en almejas, a pesar de que teníamos que conformarnos con verlas en perspectiva, mientras nos apañábamos con un *snack* de aceitunas o patatas fritas. En vísperas de un trascendental partido Barca-Madrid —que entonces no abundaban—, la tertulia derivó en la rememoración de un acontecimiento protagonizado en su día por Salvador. Nos reveló que, a los once años, había acertado una quiniela de 14 resultados y, al día siguiente, nos trajo los recortes de los periódicos en los que aparecía cual niño prodigio empuñando un puntero frente a una pizarra y mostrando al mundo cómo se confecciona una quiniela ganadora. Con el importe del premio, su familia había adquirido

un garaje, que estoy seguro no revestiría excesiva complejidad administrativa, pero Salvador, como si de la General Motors se tratara y haciendo uso de los conocimientos de contabilidad y «teneduría de libros» de los que disponíamos, los aplicaba al negocio familiar con inusitada ilusión y relevante destreza, en un ejercicio sin duda más eficaz para su formación académica que los supuestos prácticos propuestos por nuestro catedrático de cabecera Goxens Duch.

El joven Salvador se ha convertido, transcurrido medio siglo, en don Salvador Alemany Más; consejero-delegado de Albertis y uno de los más reconocidos empresarios del país. Siendo testigo de sus primeros pasos, no me extraña en absoluto que llegara a donde ha llegado; lo que me sorprende es que no le hayan nombrado todavía ministro de Economía o presidente del Banco Central Europeo. Empezó administrando un modesto garaje de sus padres; continuó en SABA aparcando todos los coches de Cataluña; pasó a controlar los vehículos que se desplazaban por las autopistas y últimamente se dedica a aparcaviones en treinta aeropuertos de todo el mundo; pero ya verán ustedes cómo la cosa no acaba ahí.



Salvador Alemany Mas. *Uno de los hombres que el cínico Diógenes hubiera elegido para su colección.*
(negocios.com)

Durante años, no acerté a conectar su imagen juvenil con las de su edad madura, a pesar de que durante su etapa en SABA pude haber acompañado en alguna visita a los analistas del Servicio de Estudios y aclarar mis dudas; obligaciones ineludibles y coincidentes debieron de impedírmelo. Tal vez, cuando liberado de sus compromisos regrese al mundo real, podamos rememorar a aquel enjuto profesor de Estadística, que aseguraba en los gloriosos sesenta que el precio de los inmuebles tenía que caer irremediablemente. Según aquel buen hombre, el hecho de que un piso en el ensanche barcelonés llegara a costar la friolera de un millón de pesetas podía sumirnos en un caos económico, derivado del estallido de la burbuja inmobiliaria que preveía inminente. Como ven, la colección de iluminados ya viene de lejos; cuentan con la ventaja de que a la larga, siempre acaban acertando.

Pese a no ser excesivamente dilatada en el tiempo, mi relación con Salvador fue intensa y es una de las personas sobre las que guardo mejor recuerdo. Aparte de la comprensible idealización de los dulces años de juventud, influye sin duda en mi valoración el gran respeto que me merecen los empresarios con mayúscula; inversamente proporcional al desprecio que siento hacia los nefastos especuladores que acaban contaminando la imagen de los auténticos generadores de riqueza.

Un personaje de excepción y el «cornac» de Frankelo

No puedo dejar pasar por alto el impacto que supuso mi encuentro en sede universitaria

con una persona tan especial como Ernest Lluch, que, junto con el actual presidente de la Bolsa de Barcelona, Joan Hortalá, ejercía de auxiliar en la cátedra de Política económica del doctor Estapé. Espero que no se moleste el presidente de la lonja financiera catalana si descubro que Ernest despertaba mayores simpatías entre un alumnado con cuyos miembros se llevaban ambos muy pocos años. Siempre pensé que era debido, a que el expresidente de Esquerra Republicana calzaba una especie de botines blancos parecidos a los del gánster de *Con faldas y a lo loco*, lo que contribuía a que algunos desconsiderados lo identificasen con lo que la actual generación definiría como «un pelo friqui». Fue una falta de caridad que nadie le advirtiera, ya que al hombre se le veía encantado con aquel *look*. No ayudó a desterrar aquella imagen el que, años más tarde, reincidiera en el pintoresquismo al cubrir su campaña electoral a lomos del elefante *Frankelo*, que en su momento algunos pretendieron identificar como un despectivo guiño al dictador, pero erraban en su apreciación, ya que el proboscídeo era de ascendencia prusiana y lucía este nombre desde su alumbramiento.



Ernest Lluch i Martí fue expulsado de la universidad en 1966 por razones políticas
(fundacioernestlluch.com)

Disfruté del incomparable placer de jugar algunas partidas de fútbol con Ernest y de compartir más de un «bocata» en el frankfurt-chiringuito situado en la acera de la Avenida del Generalísimo Francisco Franco, reubicado años más tarde en un exitoso establecimiento frente a la Universidad Politécnica. Su figura me fascinó y seguí con interés su trayectoria hasta el mismo día de su muerte.

Me dio un vuelco el corazón cuando, en el año 2000, escuché la inconfundible voz de Ernest al otro lado del hilo telefónico. Había puesto mi piso en venta y por aquellos caprichos del destino —y a través de un amigo común— se interesaba por él. Por motivos de seguridad, buscaba un piso en un edificio con vigilancia continua. Departimos un buen rato, intercalando los detalles de la vivienda con el recuerdo de los viejos tiempos. Quedó en volver a llamarme para visitarlo pero no le dieron tiempo; pocos días después, moría asesinado en el garaje de su domicilio. Experimenté una sensación difícil de explicar; el destino me había concedido el privilegio de poder despedirme de un hombre bueno, de una honestidad intelectual fuera de lo común, heterodoxo y en consecuencia incomprendido por muchos. En ocasiones, he pensado que de dilatarse la fecha del atentado y haber tenido la oportunidad de adquirir aquel piso, tal vez hubiera salvado la vida, ¡quién sabe! Hay gente que presume de hablar con el corazón y de expresar lo que piensa, pero pocos suelen plasmarlo en la realidad; es algo reservado a unos elegidos y su práctica suele resultar

especialmente molesta para una mayoría que acostumbra a supeditar lo conveniente a su propia conveniencia. Desengañado Ernest de los oropeles de la política activa, había regresado a la docencia y pocos como él han profundizado tanto en el conocimiento del fenómeno de ETA, al que dedicó buena parte de sus energías, convencido de que trabajaba para el bien de la sociedad. Nadie más pragmático y refractario al dogmatismo se ha acercado con tanta valentía al fenómeno terrorista y a la búsqueda de soluciones racionales. Sus conclusiones nunca fueron improvisadas y, cuando creía haber aislado una evidencia, la defendía con altura de miras y con la tozudez de una mula. No me cabe duda de que su irrenunciable compromiso con la verdad condicionó al fin su muerte.

Bolcheviques reciclados

Nada más iniciada la Transición, me llamó la atención el contraste entre la aparente radicalidad de un partido comunista que clamaba entre otras cosas por la nacionalización de la banca y los impúdicos abrazos que se daban con los jerarcas de la misma, a la firma de algún crédito sindicado de los que nunca se devolvían y en los que intervine profesionalmente. El PC, posteriormente Izquierda Unida, fueron rehenes absolutos de la banca y utilizados por el «Gran Sanedrín» cuando este decidió recuperar el poder político, recurriendo a lo que en su momento se dio en llamar «pinza».

Siempre es de agradecer que un «luchador por la libertad» como Ramón Tamames —excesivamente mitificado por su schumpeteriana *Estructura económica de España*— decidiera un buen día hacer de su capa un sayo y desprenderse de sus máscaras. Con su loa a la dictadura de Primo de Rivera, consiguió labrarse el definitivo rincón en el corazoncito de la derecha ultramontana, estableciendo su hábitat entre los sectores más reaccionarios y ultracatólicos. Como es habitual en los de su especie, decidió recuperar el tiempo perdido, reconciliándose con el ladrillo y acercándose libidinosamente a quienes hasta entonces fingía haber combatido. Los «afrancesados» siempre han disfrutado de un gran cartel entre la ultraderecha y, con este aval, Tamames protagonizó los escándalos inmobiliarios de «Cava Baja» en Madrid y de «Casa de Arizón» en Sanlúcar de Barrameda, arrasando un conjunto monumental del siglo XVII.



Ramón Tamames. «Jabato de las libertades» y destacado ejemplar evolutivo.

La corrupción de los poderosos propicia también la corrupción de los villanos. La cosa funciona más o menos así: alguien se pone de acuerdo con el concejal de urbanismo o el alcalde de cualquier localidad con capacidad para recalificar suelo. Se constituye una sociedad que compra el solar rústico a un aldeano por una miseria. El edil recalifica el terreno como edificable y la empresa solicita un préstamo hipotecario por un precio cien veces superior al que pagó. Una vez repartido entre todos el beneficio, la sociedad se declara insolvente y entrega el solar a la entidad financiera como dación del crédito. Esta tiene que devolver el dinero al Banco Central Europeo y, como se ha quedado sin él, es el

Estado en nombre de todos los ciudadanos quien corre con los gastos. No puede ser más sencillo; sin embargo, nuestros próceres aparentan sorpresa con el enésimo caso que confirma la regla, en todos y cada uno de los puntos cardinales de la piel de toro.

Capítulo 2 Funesta etapa inmobiliaria

RECIÉN terminada la carrera, fui contratado por el Grupo Inmobiliario Figueras como responsable de tesorería. Cuando entré en la empresa, el delfín Bruno Figueras —que de mayorcito presidiría la zozobrada inmobiliaria Habitat— contaba unos doce años. Carezco de elementos para poder evaluar su trayectoria, aunque me consta el despecho de algunos de los que depositaron en él su confianza. Se dice que los pecados de los padres acaban pagándolos los hijos, a pesar de que el estudio sobre el genoma humano no ha podido establecer todavía la conexión entre lo trascendente y lo fisiológico de un fenómeno que viene preocupando a tantas generaciones.

Toda la «suerte» que acompañó en sus negocios a José M^a Figueras Bassols —en un especialísimo marco socio-político— le hubiera hecho falta a su hijo Bruno. La aparente habilidad para los negocios de su antecesor tenía mucho que ver con un padrinazgo de excepción; el del ilustrísimo don José María de Porcioles, egregio notario y sempiterno alcalde franquista de Barcelona. Bruno es culpable por su parte de haber transgredido la regla de oro de la empresa familiar catalana, que no se enseña en ningún máster. Si se sucumbe a la desmesura y a un exceso de confianza en las propias posibilidades —a lo que no fue ajeno su progenitor al hacerle creer que planeaba sobre el mundo—, el legado empresarial del inadaptado vástago acaba pereciendo en la primera etapa recesiva con la que se enfrenta. Es el llamado síndrome de los «chicos de Harvard», denominación que se aplica genéricamente a los herederos empresariales, que imbuidos de agresividad neoliberal y víctimas de los credos impartidos en las *News Business Schools* dan al traste con el patrimonio heredado de sus mayores.

Tras José M^a Figueras Bassols, estuvo siempre «el amigo invisible», José Ildefonso Suñol —tal como se le conocía antes de pasar a llamarse Ildefons—. Compartía este último su vocación de hombre en la sombra con la de amante de la pintura. Ambos próceres representaron la facción del empresariado catalán más colaboracionista con el franquismo, a pesar de que, conscientes de su ubicación geográfica, no descuidaron ningún flanco y jamás olvidaron poner una vela a Dios y otra al diablo.

Construcciones Españolas S. A. fue la empresa constructora de la que en 1970 consiguieron borrar todo vestigio y donde consolidaron su fortuna dos josemarías ilustres: Figueras y Porcioles. Su obra cumbre fue La ciudad Satélite de San Ildefonso (debió ser una debilidad de Suñol la de identificar a su santo patrón con la de aquel engendro inmobiliario). Cuando José M^a Figueras disolvió Construcciones Españolas y transfirió el negociado a Edificios Trade, invirtió grandes cantidades en una campaña de olvido, sin reparar en gastos y prohibiendo expresamente a todo su personal cualquier referencia a la empresa embrionaria.

Recalé en Construcciones Españolas cuando estaba a punto de iniciarse la mayor operación de maquillaje empresarial realizada en España. Sus oficinas estaban ubicadas en la calle Rosellón de Barcelona, donde la cola de inmigrantes patrios —con intención de adquirir los últimos pisos de San Ildefonso a 185.000 pesetas— daba la vuelta a la manzana. Paralelamente, se culminaba la construcción de los innovadores edificios Trade en Gran Vía de Carlos III, acreedores a premios arquitectónicos e ideales para el lavado de

una deteriorada imagen corporativa.

Las viviendas de San Ildefonso estaban subvencionadas por el Ministerio de la Vivienda con 60.000 pesetas por unidad. Figueras tan solo dedicaba 30.000 al coste de construcción y fueron vendidas a un precio medio de 175.000 pesetas. Es uno de los negocios más redondos que ha visto este país. Sin arriesgar la menor inversión y partiendo de una subvención que duplicaba el coste de cada vivienda, representaba el sueño más húmedo para cualquier empresario. Seguro que el mismo Franco hubiera montado en cólera de haberse enterado de aquel negocio fraudulento que se nutría de sus paternalistas subvenciones; pero el amiguismo entre camisas viejas y la corrupción estaban tan arraigados que ni él mismísimo Caudillo hubiera podido frenar aquella perniciosa espiral.



José Mª de Porcioles. *Alcalde franquista, notario «liberal» y padrino de Figueras Bassolt.*

Durante la construcción de la ciudad Satélite de San Ildefonso, los camiones de cemento entraban por el acceso principal —controlado por un funcionario del Ministerio de la Vivienda— y poco después salían por una puerta trasera en dirección a las promociones de lujo de los dos socios. La sustitución de cemento por otro de menor calidad y el exceso de arena en la mezcla fueron causa directa de las grietas que al poco tiempo se produjeron en los bloques de San Ildefonso por las que se colaba un niño de doce años. Tuve en mis manos el presupuesto de pintura aprobado para cada piso: 500 pesetas. Ni brochas ni rodillos; la manguera era la única herramienta permitida a aquellos «deshonrados» pintores a los que incluso se les privaba del elemental honor de empuñar la brocha gorda.

Llegó el momento de instalarnos en los confortables edificios Trade; era el pistoletazo de salida de la operación «Cambio de imagen». Me adjudicaron un despacho con una vista espectacular; me sentía importante y todavía inconsciente del historial que arrastraba la empresa. Figueras esbozaba constantemente una media sonrisa y ejercía siempre de poli bueno; para aplicar consignas de bajo perfil, contaba con media docena de esbirros de colmillo retorcido, macerados en rancias servidumbres al Régimen.

En cierta ocasión, estábamos despachando y recibió una llamada de Porcioles. En el transcurso de la misma pude hacerme una idea aproximada de lo tratado; finalizada la conversación, las instrucciones que me trasladó Figueras no dejaban ninguna duda al respecto. El señor alcalde le había hecho saber que «Madrid» últimamente venía detectando que Banca Catalana insistía en su amparo a las corrientes catalanistas y todo empresario catalán afecto venía obligado a reafirmar más allá de toda duda su lealtad al Régimen. Porcioles estaba haciendo una recomendación que equivalía en la práctica a una

orden. Era necesario desvincularse de cualquier colaboración con la entidad entonces presidida por Jordi Pujol y Figueras me trasladó el encargo de la inmediata venta de las acciones de Banca Catalana en poder de su grupo familiar. Tuve que negociar la operación con la entidad bancaria, ya que los títulos eran sindicados y no cotizaban en Bolsa. A pesar de contar con una lista de espera de compradores particulares, hubo que ceder en una rebaja sobre la cotización del momento, debido a que Figueras no había sido el único empresario «advertido» por el *establishment* franquista y la presión vendedora se había hecho notar en los últimos días. Unos meses más tarde y por caprichos del destino, mi actuación profesional se iba a desarrollar en el grupo financiero de Banca Catalana. De haberlo sabido, hubiera apercibido a Jordi Pujol para que tomara nota de por dónde le iban a venir los tiros.

Al causar baja uno de los antiguos empleados de contrastado colmillo retorcido, me fue encomendada una de sus funciones que produjo un gran impacto en un alma todavía cándida como la mía, que había abrevado en los arroyos de una banca, que hasta donde yo había podido percibir, guardaba todavía las formas. Recibí el encargo de entregar cada mes 100.000 pesetas en efectivo a la secretaria del alcalde de Cornelia (municipio al que pertenecía la ciudad Satélite). No tardé en descubrir el concepto de aquel pago: un buen día acudí a la promoción inmobiliaria y fui testigo de un espectáculo que me turbó; unos pequeñuelos, ajenos a cualquier peligro, chapoteaban alegremente en un barrizal maloliente receptor de aguas fecales. Desde hacía tres años, Construcciones Españolas S.A. venía obligada a instalar un colector y nadie parecía estar por la labor. Realicé algunas pesquisas; la obra estaba presupuestada en 30 millones y las 100.000 pesetas mensuales que me habían encargado entregar al señor alcalde constituían el argumento para que el edil demorara ad infinitum la construcción de aquella infraestructura. Lo consulté durante una semana con la almohada y decidí presentar mi dimisión; no quería formar parte de aquella felonía, aunque fuera en calidad de mensajero. Tenía proyectado casarme en dos meses, pero mi decisión estaba tomada; no se trataba de ninguna heroicidad; en aquella época un joven economista catalán con experiencia bancaria, tenía trabajo asegurado en una semana. En cualquier caso, me casé, me fui de viaje de bodas y al regresar me puse a buscar un nuevo empleo.

José M^a Figueras estaba tan complacido con el éxito de su cambio de imagen, que años más tarde pensó en convertirse nada menos que en la reencarnación de Cambó. En 1977 se presentó a las elecciones generales al frente de una coalición de partidos denominada Lliga de Catalunya, tratando de emular al histórico partido catalanista del primer tercio del siglo XX. Consideró que los damnificados de la ciudad Satélite no iban a ser un problema ni un altavoz contra su candidatura; ellos jugaban en una «*lliga*» distinta y en realidad la mayoría de sus habitantes no identificaban a un Figueras instalado en su pedestal con el responsable de sus pesadillas. A pesar de ello, su proyecto político fracasó estrepitosamente. Pasó el resto de su vida buscando un instrumento que le permitiera redimirse de su mala conciencia y ocupar un lugar en la historia. Tras la fracasada intentona política, probó con el mecenazgo y, apurando sus últimas influencias, intentó el reconocimiento social accediendo a la presidencia de la Cámara de Comercio. Al finalizar su mandato, pretendió a la desesperada pasar a la posteridad como introductor en Cataluña del rugby americano. Todo daba a entender que los vicios adquiridos al amparo de «40 años de paz» no le permitieron manejarse con soltura en democracia. Espero que su paso por el purgatorio no se dilate en exceso, ya que lo vi en varias ocasiones departiendo con

otros buenos feligreses, en la escalinata de la iglesia de la Salle Bonanova —presumiblemente tras propinarse una buena ración de golpes de pecho—. En el fondo, tan solo era uno más entre tantos otros y lo único novedoso para mí fue que me pilló cerca.

Capítulo 3 Inmersión en la banca de negocios

Banca frente a política

EXPERIMENTO la sensación de haber ido atravesando distintas encrucijadas a lo largo de mi etapa académica y profesional en un marco cronológico de transformación socioeconómica, en el que, en mi caso, adquiere mayor protagonismo el mundo de las finanzas; un mundo que en España es un pañuelo y que lo era mucho más cuando desembarqué en él hace cuarenta años.

Tras mi viaje de bodas y previo paso por el correspondiente *headhunter*, la casualidad me llevó a ocupar el puesto de director de gestión patrimonial de DACSA, la sociedad de inversión y gestión de patrimonios del Grupo Banca Catalana. Tuve la oportunidad de trabajar a la sombra del único banquero atípico que se ha cruzado en mi camino: Jordi Pujol i Soley. A diferencia de sus colegas, anteponía la construcción de Cataluña y el respaldo a su tejido industrial al beneficio a corto plazo. Reconozco que su figura me impactó, no solo porque sometido al cerco del franquismo lograra salir airoso de tan desigual lucha, sino porque consiguió que los resultados de una entidad acosada y bajo sospecha fueran en aquellos años más que satisfactorios. Por un momento pensé que era posible conjugar banca con ideales, pero no tardé en comprobar que se trataba tan solo de la excepción que confirmaba la regla. Banca Catalana no era un banco al uso, era la locomotora económica del catalanismo y uno de los escasos atajos financieros en Cataluña, exentos de servidumbres al Régimen. Hoy han sido puestas en valor las capacidades negociadoras y el posibilismo de Pujol durante sus más de dos décadas al frente de la Generalitat de Catalunya, pero pudo beneficiarse de un entrenamiento intensivo y exigente en un medio totalmente hostil. Acumula el mérito de haber lidiado con un régimen político, que mostraba por el nacionalismo catalán la misma consideración que por rojos, judíos y masones.

A finales de 1974, abandoné el grupo de Banca Catalana, aunque seguí manteniendo un estrecho contacto con mis antiguos compañeros de profesión, con los que coincidía habitualmente como miembro del Instituto de Analistas de Inversiones. Jordi Pujol, por su parte, dejó la presidencia en 1977 para dedicarse en cuerpo y alma a la política.



Jordi Pujol i Soley. Junto a Ernest Lluch y Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, mis ídolos de cabecera. Los únicos que lograron hacerme creer que los principios morales pueden convivir con actividades de máximo riesgo. Por encima de cualquier ideología, acumulan lo que para mí son las tres virtudes capitales en peligro de extinción y que en el mejor de los casos sobreviven dispersas: inteligencia, sabiduría y honestidad intelectual.

Desde mi nuevo puesto de trabajo, seguí con sumo interés la evolución financiera del grupo de Banca Catalana. La profunda crisis industrial se empezaba a reflejar en las participaciones industriales de la matriz y en los resultados de su filial Banco Industrial de Cataluña, pero esta situación no se diferenciaba en absoluto de la de Urquijo, Bankunión y resto de bancos industriales, que acabarían siendo igualmente borrados del mapa, sin que nadie manifestara un especial interés en procesar a sus presidentes. El mayor pecado de Banca Catalana —aparte de haber apostado con excesiva nostalgia por un tejido industrial catalán en crisis— fue un crecimiento excesivamente rápido, que colisionó frontalmente con una severa y siempre inesperada crisis financiera.

Banca Catalana fue intervenida en 1982, mientras que en el BBV se frotaba las manos el hoy indultado Alfredo Sáenz, a la espera del regalo que Felipe González iba a poner en sus manos, al precio de una peseta por acción y que poco más tarde sería correspondido con el apoyo de la entidad vasca a la reconversión industrial española. Si en la actualidad obligaran a bancos y cajas a valorar su patrimonio inmobiliario e industrial a precios de mercado, el 75% de los mismos deberían ser intervenidos de inmediato y habría que revitalizar con carácter de urgencia el Fondo de Garantía de Depósitos. ¿Va Rajoy a atreverse —tal como ha anunciado— a coger el toro por los cuernos? ¿O se limitará a la tradicional y socorrida operación de maquillaje? Por si acaso el anuncio va en serio, los grandes bancos ya están creando sociedades paralelas en las que aparcen sus inmuebles (Altimira, Aliseda, Anida etc.), logrando con ello que ponderen al 100% en los activos de riesgo.

Dos años después de la intervención de Banca Catalana, la Fiscalía —representada por los comunistas Carlos Jiménez Villarejo y José María Mena— promovía una querrela contra Jordi Pujol, pocos días antes de que fuera reelegido presidente de la Generalitat de Cataluña. El gobierno socialista de Felipe González, todavía identificado con el marxismo y disputando a Pujol la supremacía política en Cataluña, aprovechó la crisis industrial y bancaria para forzar la caída de una institución molesta para el lerrouxista PSOE de los ochenta. Intentó deshacerse del rival político promoviendo su procesamiento, pero, por fortuna para éste, las enrocadas y altas instancias jurídicas españolas estaban ansiosas por homologarse con Europa y por aparentar sacudirse el lastre que las ligaba osmóticamente a un régimen fascista. Declinaron utilizar la parte oscura de una Constitución pactada con la dictadura, que de habérselo propuesto les brindaba argumentos de sobra, tanto para descabalar a Pujol, como para estrangular cualquier palpito surgido desde Cataluña. Sería impensable, por ejemplo, que el actual y contaminado Tribunal Constitucional —tras recuperar nostálgicas querencias— revocara hoy una ley como la LOAPA.

Mientras que el socialismo español miraba con indisimulado recelo la emergente y recuperada identidad catalana, *ABC* nombraba a Pujol «Español del año». En distintas ocasiones, se hizo patente la secreta admiración y matizada envidia que la figura de Jordi Pujol despertaba en Felipe González. Mientras el PSOE seguía aferrado al marxismo, Pujol identificaba a su recién creado partido con la social-democracia escandinava. Cuando las circunstancias socio-políticas le obligaron a reconducir a su partido hacia el centro-derecha, el PSOE se apresuró a declararse social-demócrata. Podría decirse que Pujol se convirtió, desde entonces, en el oscuro objeto del deseo por parte del socialismo y, aunque resulte paradójico, en su tantático referente, obsesionado por arrebatarse la fórmula secreta de su identificación con la mayoría social catalana.

Volví a reencontrarme con Jordi Pujol en 1988, cuando una representación de BANIF fue recibida en el Palau de la Generalitat, con motivo de los veinticinco años de su fundación. Viví un momento de jocoso y reprimido morbo, cuando llegó el momento de presentarle al consejero-delegado de la entidad, Gonzalo Milans del Bosch —a tan solo siete años del 23-F—. Durante una fracción de segundo, percibí que el *President* fruncía levemente el ceño en un inconsciente gesto de sorpresa —tal vez preguntándose si era un 28 de diciembre—, pero, dada la solemnidad del acto, de inmediato recuperó el control y siguió a lo suyo. Al día siguiente recibí una llamada del Palau, para descartar que aquel Milans del Bosch fuera el famoso sobrino de la gabardina, que se dijo había participado en el fallido golpe.

Si en España no se produce un auténtico cataclismo, será siempre la derecha sociológica la que tenga la última palabra; la izquierda es un instrumento más en sus manos y a la que solo conceden cancha en periodos puntuales y por razones estratégicas. En realidad, viene siendo así desde las Cortes de Cádiz y no parece que tras la Transición hubiera cambiado nada en absoluto. En el bando de unos preconstitucionales y sumisos «demócratas» —con escasa y muy discutible legitimidad para ser consagrados «Padres de la Patria»—, había especial cuidado en no enervar a unos postfranquistas, cuyo control institucional perduró hasta que vieron garantizado su futuro en las metamórficas y risueñas faces de sus retoños. El gobierno socialista, en lugar de presentar batalla en este terreno, quemó sus naves en variopintos menesteres, sin caer en la cuenta de que estaban cediendo de forma irreversible todos los resortes del poder. Desde entonces, todo sigue atado y bien atado, en el contexto de una democracia que, en esencia, sigue siendo tan orgánica como lo fue en tiempos del Caudillo.

Un colectivo misógino

Tras la «redención democrática» y a pesar de la profusión de maquillajes, el neo-franquismo se mantuvo firmemente enraizado en todas y cada una de las instituciones patrias. Sirva de botón de muestra el colectivo de Agentes de Cambio y Bolsa; una hermandad que hasta el *big bang* de 1989 —y en comunión con sus servidumbres políticas— no cambió ni uno solo de los hábitos adquiridos a lo largo de cuarenta años. En 1973 el Agente de Cambio y Bolsa José Pamies —representante del colectivo en el tercio sindical— casi se desmorona en el parqué al enterarse por «el Reuter» del atentado a Carrero Blanco. El color de sus mejillas pasó de su habitual bermellón al rosáceo y de este al blanco polar en pocos segundos; por momentos, perdió la noción del tiempo y, desorientado, no sabía si tenía que comprar o vender. Pocos años después, se vería implicado en la primera crisis de Rumasa, al haber liderado la colocación de las famosas «Rumasinás». Clientes, amigos y conocidos perdieron todo lo invertido tras confiar en su desafortada recomendación. No resistió la presión y pocos días después decidió autoinmolarse. Algunos afectados sin entrañas definieron el suceso como daño colateral; sin embargo, la Santa Madre Iglesia, desautorizando a su San Agustín, permitió que fuera enterrado en tierra santa.



M^a Angeles Vallvé Ribera. *Mi Agente de Cambio y Bolsa preferida y la primera mujer en conseguirlo (no en ser mi preferida, sino en ser la primera fedataria pública de las Españas).*

Las oposiciones a Agente de Cambio y Bolsa no cabe más que calificarlas de draconianas para el ciudadano de a pie por muy capaz que fuera. Superadas las pruebas de aptitud, el nepotismo era el siguiente reto. Ser miembro del Opus Dei puntuaba lo suyo, a pesar de que no fuera condición suficiente. Había que superar la definitiva y pintoresca prueba de idoneidad ante los miembros de la Junta Rectora, comandada por su Síndico-Presidente. Utilizaban un juego de bolas blancas y negras, que uno a uno iba introduciendo en un recipiente. Si aparecía una sola bola negra, el aspirante era rechazado de inmediato y a ninguno de sus miembros se le exigía la menor explicación. Utilizando este corporativista tamiz, habían impedido a lo largo de los años el acceso a los sospechosos de desafección ideológica y también a cualquier hembra por el mero hecho de serlo.

María Angeles Vallvé logró romper en 1971 el veto y consiguió, al fin, ser la primera dama aceptada a regañadientes por el Colegio de Agentes de Cambio y Bolsa. No habían transcurrido todavía doscientos años desde que la Iglesia católica decidiera que las mujeres tenían alma, cuando unos fedatarios públicos acordaban en España —por estrecho margen— que las féminas podían ser ungidas para medrar tanto como los hombres y mediar públicamente en el mundo de las finanzas.

El día de su estreno, me encontraba en el parqué de la Bolsa de Barcelona distribuyendo mis órdenes de compra-venta. De repente, llegó a mis oídos un creciente murmullo, que en un primer momento relacioné con el runrún con el que los agentes y apoderados obsequiaban habitualmente a todo visitante que osara encaramarse a la tarima de contratación. No solían parar hasta que el intruso caía en la cuenta y a trompicones bajaba avergonzado los dos escalones que le separaban del mundo de los mortales. El corporativo abucheo no iba dirigido en aquella ocasión a ningún intruso; era el espontáneo recibimiento a la primera mujer que había tenido el valor de optar y por fin acceder al cargo de Agente de Cambio y Bolsa. Fue uno de los espectáculos más bochornosos que viví en el viejo parqué de la Bolsa de Barcelona. Transcurridos unos minutos —que me parecieron una eternidad—, el decano Borrell, como si de Julio César se tratara, levantó con parsimonia las manos para apaciguar a la turba. El acontecimiento me produjo auténtica vergüenza ajena, habida cuenta de que los protagonistas eran individuos con los que departía habitualmente. Desde aquel día —en mi imaginario— tocaron fondo como colectivo. Tal vez alguno guardara silencio, pero no recuerdo que nadie saliera públicamente en defensa de la recién incorporada. Mi natural tendencia a alinearme con los menos favorecidos hizo que, a partir de aquel momento, apoyara dentro de mis

posibilidades a María Ángeles, pasándole todas las operaciones que pude. Por si acaso algún día se me olvidaba, Montse Arqué, directora del Servicio de Estudios de DACSA y feminista de pro, se encargaba de recordármelo. Poco a poco, M^a Ángeles logró superar el boicot inicial y jamás pude apreciar el mínimo rencor en su semblante. No me cabe duda de que aquel incidente lo lleva indeleblemente grabado en su memoria.

A partir de aquel momento el Opus Dei, que no tiene nada de feminista, pero aprovecha cualquier resquicio para velar por sus propios intereses, puso a sus huestes femeninas a preparar las oposiciones. Sucesivamente consiguieron colocar a Iluminada García e Isabel Estapé (desposada con el supernumerario y famoso reciclador de homosexuales Enrique Rojas), que aprovecharon el trampolín catalán para saltar posteriormente a la Bolsa de Madrid y presumir, ambas, de ser la primera dama Agente de Cambio y Bolsa en sede capitalina, ocultando su periplo catalán. Paradójicamente, fue al padre de esta última, Fabià Estapé, a quien en toda mi vida oí echar más pestes sobre el Opus Dei. Por mucho ruido que armen y por muchos altavoces mediáticos de los que dispongan, jamás podrán arrebatarse a M^a Angeles Vallvé el honor de ser la primera Agente de Cambio y Bolsa de las Españas.

Decisiones que marcan una trayectoria

Durante mi etapa profesional en el grupo de Banca Catalana, nuestros máximos competidores —y, sin embargo, amigos— fueron la gente de Gesfondo-Banco Urquijo, con Ramón Trias Fargas al frente. Ramón trató de convencerme en varias ocasiones para que me afiliara a su partido de cuadros Esquerra Democrática de Catalunya. Yo no estaba demasiado ni por la política ni por el interés de enrolarme en ella, aunque la cercanía a Pujol hacía que simpatizara con su movimiento político. Cuando ya en tono de broma, Trias Fargas seguía insistiendo, yo contraatacaba recomendándole que se pasara a Convergencia, ya que le depararía mejor futuro. Parece que al fin se rindió a mi capacidad de persuasión, pues acabó siendo investido, nada menos, que presidente de CIU. Al coincidir en alguna ocasión, recordábamos la anécdota y se reía con su característica y estentórea voz. No olvidaré a aquel hombre de tintes calidoscópicos y juicios contundentes. No me sorprendió la anécdota en la que un diputado comunista se dirigió a él llamándole compañero; la respuesta de Ramón fue automática: «¡Ah!, ¿pero usted también estudió en Oxford?». No hay mejor forma de definir la personalidad de un hombre que no estaba dispuesto a renunciar a su condición intelectualmente elitista, compensada con un aire calculadamente socarrón.

En 1974 me había incorporado en comisión de servicios al comité bursátil de la papelera Torras Hostench —cuando en la empresa ni siquiera habían oído hablar de KIO y muy poco de Javier de la Rosa—. Fue allí donde me tropecé por primera vez con Juan Antonio Ruiz de Alda. En un primer momento, aquel nombre me sonó a gesta patriótica. Era un tipo curioso; consejero-delegado de BANIF que disfrutaba con su Hewlett-Packard diseñando operaciones; de ahí su presencia en una comisión propia de analistas de menor rango. Debí de caerle bien, ya que a los pocos meses me ofreció la posibilidad de incorporarme a su empresa como subdirector regional en la nueva sede que la entidad iba a inaugurar en Barcelona. Era la decana en España y la primera entre las sociedades de gestión institucional y banca de inversión; una oferta difícil de rechazar para un joven economista. José María González de León, Agente de Cambio y Bolsa —eventualmente

destinado en Barcelona—, ejerció de hombre bueno y me ayudó a diluir cualquier duda. Sentí abandonar el grupo de Banca Catalana, pero aquella decisión evitó que, pocos años después, tuviera que padecer su acoso y derribo.

Ruiz de Alda se desligó de BANIF al vender sus acciones al Banco Hispano Americano, poco después de que este adquiriera la empresa. Tras recalar durante una temporada en el Banco de Bilbao, accedió al cargo de Subgobernador del Banco de España, gestionando con habilidad la peor crisis bancaria que el país había sufrido hasta entonces. Al poco tiempo de cesar en el cargo, pereció en accidente de circulación junto a su hijo Miguel. Pueden llamarme paranoico, pero nunca vi claro aquel accidente de un camión chocando frontalmente con su vehículo, en un momento de oscuras convulsiones financieras y en pleno procesamiento del gobernador Mariano Rubio. Juan Antonio era hombre de principios y honesta tozudez, que se había granjeado la enemistad de personajes que acostumbran a medrar por encima del bien y del mal. Siempre abrigaré dudas respecto a aquel accidente, al igual que sobre el asesinato de los marqueses de Urquijo. Por supuesto que no poseo ninguna evidencia, pero puedo dar fe de cómo el marqués se oponía como gato panza arriba a que el Hispano Americano se quedara con su banco. Durante años consiguió impedir la operación y, una vez eliminado, esta se realizó sin mayores contratiempos. Una vez «suicidado» el único testigo de cargo, Rafi Escobedo, se diluyó cualquier posibilidad de que aquel luctuoso acontecimiento pudiera ser algún día aclarado.



Alberto Oliart. Uno de los escasos banqueros al que se puede salvar de la quema. Probablemente debido a que su paso por el sector financiero fue fugaz y no tuvo tiempo de contaminarse.

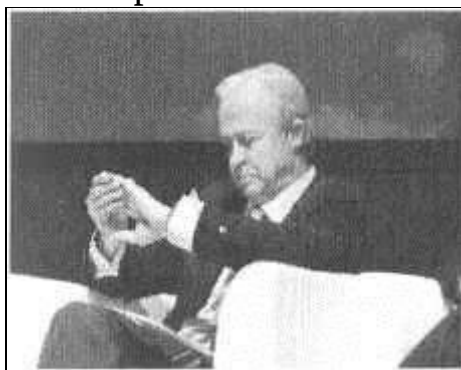
A raíz de la compra de BANIF por parte del Banco Hispano Americano, tuve ocasión de encontrarme con Alberto Oliart, a la sazón consejero director general de la entidad, a quien acompañaba en sus visitas a Barcelona el hoy divulgador científico Eduard Punset, en su calidad de director del Servicio de Estudios del Banco. No podía imaginarme en aquel tiempo que me encontrara frente a dos ministros in pectore. El paso de Oliart y Punset por la banca fue relativamente fugaz, al ser muy pronto requeridos para la política por Adolfo Suárez. Si tuviera que definir a Alberto Oliart en aquella etapa de su vida, diría que era un hombre desgraciadamente afortunado; la suerte le sonrió en dos ocasiones a través de la lotería, pero le fue cruel y esquiva en el ámbito familiar. Sus hijos Alberto y Antonio fallecieron en sendos accidentes. Su hija Isabel fue compañera en BANIF y disfruté de su cómplice amistad al compartir paisanaje. Era la responsable del departamento de arte de BANIF y, tal vez porque el arte no tiene fronteras, acabó compartiendo el pan y la sal con Joaquín Sabina. Cuando abandonó la entidad, perdimos el contacto, pero sentí alivio al enterarme de que supo rectificar diecinueve días y quinientas noches más tarde.



Eduard Punset. *Su mayor mérito radica en no haber destacado ni como político ni como banquero,*
(caricatures)

Punset es un sabio tan multidisciplinar como despistado. En una ocasión —tras ser nombrado ministro de Relaciones con las Comunidades Europeas—, debía acompañar al rey en uno de sus viajes y llegó corriendo al aeropuerto con la corbata colgando del cuello. Juan Carlos, en un acto espontáneo, le ayudó a hacerse el nudo. No creo que mucha gente pueda presumir de que un rey le haya anudado la corbata, aunque tampoco creo que Eduard le concediera a aquella anécdota mayor importancia.

En 1982 se produjo la absorción de Bankunió por parte del Hispano Americano. Acompañado del director de Recursos Humanos, me desplazé a la sede del absorbido banco, con el encargo de hacer bajar a la tierra a alguno de los directivos que se agarraban heroicamente a la moqueta, pese a que su Consejo de Administración ya había decidido su suerte. Allí estaba, en su canonjía y con aires de grandeza, Carles Tusquets Trias de Bes, que poco antes había sido centro de atención por parte de la prensa al haber mediado como tesorero del Barça en el fichaje de Maradona. Recuerdo que trató de intimidarnos, girando displicentemente hacia nosotros el dorso de su muñeca, con la aviesa intención de deslumbrarnos, aprovechando el impacto de un rayo de sol en su rolex de oro. Con todo el dolor de mi corazón, tuve que anunciarle que a partir de aquel momento pasaba a convertirse en consultor comercial. Creo recordar que no duró más de una semana en la entidad. Amparándose en su influyente familia, lanzó su anzuelo en el Ilustre Colegio de Médicos y, a partir de entonces, inició una meteórica carrera con base en Fibanc llena de claroscuros, que más tarde generaría un buen número de damnificados entre clientes y algunos colaboradores que huyeron despavoridos.



Carles Tusquets Trias de Bes. *El hombre del rolex de oro.*
(adn.es)

No voy a malgastar fuerzas para lanzar piedras sobre el tejado de tan ilustre miembro del colectivo burgués catalán, que a pesar de contar con un puñado de garbanzos negros constituye el último reducto de la resistencia civil catalana. No creo que Tusquets llegue a

reconocerme, pero, de no haber mediado aquella amarga entrevista, es posible que hubiera continuado toda su vida como uno más de los bancarios fagocitados por otro entidad. Recientemente, le vi formando parte de la Comisión de notables que iba a solventar los problemas de Cataluña y el corazón me dio un vuelco; menos mal, pensé, que la presidencia está ocupada por mi compañero de pupitre Salvador Alemany.

Bankunión y Banco Urquijo fueron fusionados por decreto, pasando a denominarse Urquijo-Unión y a renglón seguido absorbidos por el Banco Hispano Americano. Paralelamente, su división de capitales y su Gestora de Fondos pasaron a depender de BANIF. Por aquel entonces, Ramón Trias ya había abandonado la entidad y estaba dedicado en cuerpo y alma a la política. Hubiera sido violento que, junto a su mítico Departamento de Estudios, el maestro Trias hubiera pasado a depender de mi regional, en la que no me hubieran permitido darle cancha, debido al severo enroque corporativo que conlleva toda absorción bancaria, en la que el pez grande se come siempre al chico por muy eminente que este sea.

En plena crisis de los ochenta y tras una drástica reducción de su capital, las entidades financieras afectadas pasaban a depender del Fondo de Garantía de Depósitos, quien, tras su saneamiento, procedía a vender sus acciones a un banco o a un grupo de bancos —la mayor parte de ocasiones, al simbólico precio de una peseta por acción—. En los casos de Bankunión y de Banco Urquijo, estaba previsto que fueran adquiridos por un *pool* formado por los grandes del sector pero, inesperadamente, el Banco de España forzó al Hispano Americano a adquirir ambas entidades con tan solo una reducción del 50% sobre su valor nominal en el primer caso y de un 25% en el segundo. Tan peregrina e irresponsable imposición contribuyó a lastrar todavía más las cuentas de una entidad que ya empezaba a mostrar los efectos de la nefasta gestión de sus rectores Alejandro Albert y Jaime Soto López-Dóriga, que habían logrado maquillar momentáneamente la situación con trapicheos y alianzas foráneas, forzando un inestable equilibrio que se derrumbó en 1985 cuando el accionista Commerzbank dijo basta y se vieron forzados a dimitir, dejando paso a mi paisano, el bombero Claudio Boada.

Pocos conocen que, con el dinero amasado por la venta de antibióticos —y antes de su definitivo asalto a Banesto—, Mario Conde intentó la compra de Banco Urquijo-Unión, tras ser saneado por Claudio Boada. El viejo «sanador», al dictado de su instinto de perro viejo, decidió rechazar la oferta de Conde y vendérselo a los March, a pesar de que el engominado nuevo rico fuera el mejor postor. El mismo Claudio concedió a los mallorquines el correspondiente crédito blando, facilitándoles así la compra de un banco que había sido el orgullo de un infausto y malogrado marqués. ¿Pretendía Boada —por algún oculto motivo— favorecer a los March o simplemente no se fiaba de Conde?



Claudio Boada Villalonga. *Listo como una ardilla y permanentemente obligado a elegir entre el pragmatismo y las servidumbres éticas. Se vio obligado en más de una ocasión a pegar un puñetazo sobre la mesa y, por ello, algunos le llamaron «el Claudillo». Es, sin embargo, un mérito añadido para cualquier catalán el hacerse respetar en la corte madrileña.*

Sea como fuere, ahí terminó definitivamente la mítica División de Capitales y el Servicio de Estudios de Banco Urquijo. Su capital humano forjado durante años se dispersó por distintas entidades que se aprovecharon de las sinergias de aquella gran escuela. Ahí están algunos de sus eminentes y heterodoxos alumnos, ocupando entre otras las presidencias de Telefónica y La Caixa.

Capítulo 4 BANIF, una historia de amor y odio

En corral ajeno

CONTEMPLAR el desarrollo de los acontecimientos desde sede barcelonesa, me hizo perder el cafelito de media mañana en la calle Serrano pero, en compensación, me facilitó la perspectiva adecuada para poder analizar los acontecimientos con el suficiente distanciamiento y la necesaria serenidad de espíritu. Vivir en Barcelona siempre fue para mí, además de un requisito de identificación personal, el espacio donde mis biorritmos alcanzaron pleno rendimiento. Por ello, rechacé reiteradas propuestas de traslado a Madrid. No creo que influyera la opinión de un campechano cliente y futuro biógrafo real, José Luis de Vilallonga, que pese a ser tan solo marqués superaba en nobleza al mismísimo duque de Lugo y ya no digamos al de Palma: «¿Vivir en Madrid? ¡Estás loco!, aquello es un poblacho manchego lleno de gente de pueblo. ¡Una capital europea de la cultura con cinco teatros! ¡Qué diferencia con Barcelona! Los catalanes tenemos una frontera con Francia y los madrileños con Navalcarnero; eso con el tiempo se paga». Creo sinceramente que exageraba o al menos se precipitó en sus conclusiones, ya que es de justicia reconocer que Madrid ha mejorado mucho en cuestión de teatros. Lejos de mi intención herir la susceptibilidad de mis lectores madrileños al constituirme en altavoz de los chascarrillos de un noble y donjuanesco *bon vivant*, que presumía de haber salvado el pellejo durante la Guerra Civil al hacerse pasar por muerto. En compensación, voy a narrar una anécdota que demuestra bien a las claras que los catalanes no acabamos de sacudirnos del todo nuestros ancestros payeses: Tenía yo en BANIF un compañero de fatigas que había realizado una gran gestión con el patrimonio de un cliente madrileño residente en Barcelona, que entre otras cosas se dedicaba a la caza mayor. En agradecimiento, le invitó a un safari por Kenia, a cazar leones «comehombres», así como lo oyen. Mi colega siempre ha sido un poco inconsciente y aceptó la invitación. Regresó impresionado de la experiencia, aunque por supuesto no disparó un solo tiro. Disponía mi compañero de una masía familiar en el Penedés con un bosque cercano en el que abundaban las garzas, lo que entusiasmó al citado cliente, que disparaba a todo lo que se movía. En justa reciprocidad, mi colega organizó una nueva cacería mucho más cercana y modesta, esta vez de aves. El hombre se presentó en la finca con un todoterreno y pertrechado con un traje de camuflaje y rifles de mira telescópica. A todos nos sorprendió un poco aquella indumentaria, pero sin darle mayor importancia —tras un refrigerio— nos dirigimos al bosque. Al acercarnos al lugar, el gran cazador blanco preguntó: «¿Dónde están las garzas?». «Pues por aquí», le contestó mi amigo, señalando unos pájaros de la familia de los córvidos con la barriga blanca y de un tamaño que no supera los 35 centímetros. El hombre se quedó pálido por momentos; estaba convencido de que íbamos a cazar garzas reales. A este pajarraco de barriga blanca se le conoce en Cataluña como «garsa» y de ahí toda la confusión. No quedó más remedio que emborrachar al frustrado cazador con el mejor vino del Penedés y con la esperanza de que, al despertar, creyera que todo aquello había sido una pesadilla.

Mi postura profesional era bien conocida y cualquier aspirante a ocupar un sillón

capitalino sabía que no iba a encontrar en mí rival alguno, l al vez, por esta razón, me convertí en el confidente de la mayoría de mis colegas madrileños, enfrascados en sus luchas palaciegas. Alguien decidió que mi voluntario ostracismo debía de ser recompensado. Saltándose cualquier protocolo, fui distinguido con un puesto en el Consejo de la Sociedad de Inversión del Grupo. Durante años compartí mesa de Consejo con el presidente de la Bolsa de Madrid Antonio Zoido y con el actual director general de La Caixa, Juan María Nin —que entiendo llegó demasiado tarde a la entidad catalana para evitar un «clienticidio» como el de Criteria—. Nin procede del sector comercial bancario y debatimos ampliamente sobre los aspectos éticos de las inversiones financieras. Con independencia de coyunturas bursátiles, para un inversor medio, es una redundancia participar accionarialmente en un *pool* corporativo de valores cotizados en Bolsa, fácilmente adquiribles en el mercado sin duplicidad de comisiones. Lo de Criteria cabe considerarlo un diseño propio de un neófito torpón o una faena a clientes y empleados. Los primeros han quedado como damnificados irredentos de unas acciones que llegaron a perder el 50% de su valor, mientras que 28.000 empleados deben hacer frente, además, al crédito personal concedido por la propia entidad de hasta 30.000 euros a ocho años (prorrogado posteriormente a diez). Su situación es parecida a los que pierden su casa y siguen siendo deudores de la hipoteca. La Caixa, por su parte, ingresó 4.000 millones que le vinieron de perilla para ayudar a su recapitalización.



Juan María Nin. *Mi añorado compañero de pupitre oval.*

Dos errores elementales que infringen el abe de un inversor:

Evitar la redundancia de cualquier producto financiero (muñeca rusa) que suele duplicar o triplicar las comisiones percibidas por la entidad promotora.

Prohibido endeudarse para invertir en Bolsa. La inversión bursátil debe nutrirse siempre del ahorro prescindible.

Tal vez los incautos inversores de Criteria ignoraban estas dos reglas de oro, pero les puedo garantizar que mi estimado Nin las conocía de sobra; yo mismo me encargué de su catequesis. La entidad se beneficia, además, de un gratuito argumento comercial para apaciguar a los clientes cuando estos van a quejarse al director o empleado de oficina: «¡Qué me va usted a contar, si yo también estoy pillado!».



Isidre Fainé. *Del ala más dura de la vieja escuela del Urquijo y devoto siervo de San Josemaría.*
(xsiforum.com)

En demasiadas ocasiones, los clientes y empleados de determinadas instituciones padecen un síndrome reverencial al considerarlas poco menos que sus guías espirituales. En esta ocasión, se trataba de utilizar una clientela cautiva, traspasándole todo el riesgo de un entramado empresarial en vísperas de una depreciación bursátil anunciada. La entidad permanece indemne, manteniendo su objetivo prioritario, que no es otro que el control político de sus sociedades participadas. Para ser justo, debo exonerar de buena parte de culpa a Juan María, porque cuando llegó a la entidad parece que la suerte ya estaba echada. No creo, por otra parte, que hubiera podido oponerse a los diseños y decisiones de Fornesa y del supernumerario Fainé; este último debió recurrir a la escuela Urquijo —que lleva en su sangre— y que, por supuesto, también albergaba su lado oscuro. Pese a esta crítica, no abrigo la menor duda de que —dentro de los grandes—, La Caixa ocupa el primer puesto en el ranking de ética bancaria. Ahórrense imaginar cómo será el que ocupa el último. Lo importante en este tipo de guerras es no destacar de la media en usos y abusos; sin duda, la mejor receta para manifestarse indestructible por los siglos de los siglos y evitar que las puertas del infierno puedan prevalecer contra la entidad que se la aplique.

Lo que pudo ser y no fue

Juan Antonio Ruiz de Alda, fundador de BANIF y alma máter de su primera etapa, le imprimió el carácter que se mantuvo a lo largo de 30 años, hasta que en las postrimerías del siglo XX, desembarcó el Banco de Santander y decidió convertirla definitivamente en un cebo para inversores. Ruiz de Alda, graduado en Harvard, diseñó unos servicios financieros novedosos para la época, basados en la más exquisita profesionalidad. Cualquier emisión, antes de ser aceptada por cuenta de los clientes, pasaba por rigurosos filtros. Los irrepetibles analistas de BANIF, encabezados en un principio por Carlos De la Cruz y más tarde por Agustín Malo, trabajaron con total autonomía y sus recomendaciones jamás fueron mediatizadas por intereses corporativos. Cualquier emisión con una comisión de colocación remunerada en exceso disparaba de inmediato todas las alarmas y era sometida sistemáticamente a los controles analíticos más rigurosos. En general, las emisiones suscritas por cuenta de los clientes no trascendían el ámbito europeo, preferentemente en el entorno del grupo Europartners, que constituyó un precedente histórico en la colaboración interbancaria europea, entre destacadas entidades de Alemania, Francia, Italia y España.

Gonzalo Milans del Bosch, sobrino del osado teniente general, fue quien mantuvo a BANIF en el liderazgo español del mercado de capitales a lo largo de tres lustros. Nadie

llegó a entender que, cuando la entidad había alcanzado sus máximas cotas, desembarcara en ella a principios de los noventa un pintoresco personaje procedente de otras guerras y totalmente ajeno a la filosofía que BANIF había desarrollado como pionera de la banca de negocios en España. Por dignidad profesional, Gonzalo abandonó la entidad seguido de la inmensa mayoría de sus ejecutivos. El recién llegado, con apellido de connotaciones avícolas, contrató —tal vez por mimetismo— a un tal Palomero, que organizaba una especie de mítines de empresa, similares a un aquelarre evangélico, en los que tras forzar hasta el ridículo la comparación del investido con Steve Jobs, se invitaba a hacer la ola a todos los ejecutivos al grito de «¡BANIF ya tiene un líder visionario!». Créanme, no es ninguna broma; tan solo Carlos Castellanos —director regional de Valencia— y un servidor —asumiendo el riesgo que nuestra pasividad conllevaba— nos negamos a saltar y a jalear aquellas consignas en un BANIF recientemente descabezado y colonizado por una gente muy rara, que el «líder visionario» se había traído en el equipaje. Las consignas se resumían en que nuestro nuevo líder era la reencarnación celtibérica de Steve Jobs y todos nosotros pasábamos a ser trabajadores de Disney, prestos a actuar de cabezudos de Mickey, del pato Donald o a ejercer como vendedores de perritos calientes cuando fuéramos requeridos para ello. Literalmente, es así cómo sucedió. Solo recuerdo haber contemplado una escena similar, con ocasión de una visita a Torreciudad, cuando San Josemaría lograba abducir a un nutrido grupo de ilustrados numerarios y supernumerarios, obligándoles a saltar como posesos, al grito de «¡Somos burritos de Dios!». Pensé que estaba asistiendo a un episodio puntual —aunque surrealista— al que está expuesta cualquier empresa que ha experimentado un descabezamiento traumático de su cúpula y pretende provocar una catarsis colectiva, pero con el paso del tiempo y con mayor perspectiva pude constatar que aquello marcaba un hito, que se correspondía con un cambio de tercio en el mundo de las finanzas, coincidiendo con el culmen de la liberalización financiera, la libre circulación de capitales, los prolegómenos de una política globalizadora y el amparo de unos paraísos fiscales inmunes a cualquier intento de regularización. Constituía el campamento base del que partió la escalada de despropósitos que nos ha conducido al cráter de un volcán, a la espera de ser rescatados tras haber perdido todo el equipo de suministros.

En un grupo de tradición austera como la del Banco Hispano Americano, causó sorpresa mayúscula que un recién llegado apellidado San Pío fuera nombrado de la noche a la mañana consejero-delegado de BANIF y obsequiado con un simulacro de hipoteca a coste cero, para adquirir la que fuera anterior mansión del capitán general Muñoz-Grandes en Puerta de Hierro, dotándolo así de un estatus del que carecía. Algunos hallaron respuesta tardía y ataron cabos con lo ocurrido meses atrás, cuando este personaje, sin la menor vinculación con la entidad, era lanzado en paracaídas y nombrado —como paso previo— subdirector general del Banco Hispano Americano, cuando se estaba gestando la fusión con el Banco Central y la sombra del Santander revoloteaba sobre las negociaciones. El advenedizo consejero-delegado quiso imponer un nuevo orden y no se le ocurrió otra forma de hacerlo que proclamando que la etapa de los gurús había concluido. Nunca me habían llamado así, aunque lo cierto es que me sentí halagado. Debió de exonerarme de aquel defecto o recibió algún tipo de presión, ya que, coincidiendo con la transformación de BANIF en banco, me ratificó en el cargo de director regional, a pesar de que la falta de *feeling* entre ambos era más que evidente.

El acontecimiento tuvo su traslación en el Consejo de la Sociedad Gestora, que

compartí además de con el recién llegado consejero-delegado, con Antonio Zoido, Juan María Nin, los tres representantes sectoriales del grupo Central-Hispano y con Juan Antonio Bueno en calidad de secretario del Consejo y brillante abogado, que había dirigido con relevante éxito profesional la división jurídica de BANIF desde sus inicios. Javier de San Pío, no tuvo la menor consideración con los servicios prestados por este profesional y, por el pecado de haber colaborado con el anterior equipo, lo sustituyó de forma inmisericorde por un recomendado político turolense, que desalojado por las urnas, se había quedado en paro. No solo destituyó a Juan Antonio como secretario del Consejo, sino también del cargo de director de la división jurídica de BANIF, provocando que, por dignidad profesional, este presentara la dimisión en la empresa.

Juan Antonio Bueno y Antonio Zoido eran amigos personales y vecinos en una conocida urbanización madrileña. Eran habituales las barbacoas con familiares y amigos en el jardín de uno y otro, pero cuando el primero fue represaliado, Zoido no solo miró hacia otro lado, sino que decidió romper con una relación personal de varios años. Me unía una estrecha amistad con Juan Antonio, forjada en mil batallas. Al término del Consejo en el que se decidió su destitución, estaba realmente abatido y consideré oportuno retrasar mi vuelta a Barcelona para atenderle y prestarle apoyo moral. En el transcurso del Consejo, había mantenido intacto su orgullo, pero cuando estuvimos a solas, se derrumbó; no podía asimilar lo que había sucedido y lo dejé en su casa muy abatido. Intenté hacerle entender que aquello no era el fin del mundo, pero él no estaba por la labor. Pensé que transcurridos unos días volvería a la realidad, pero no fue así. A partir de aquel momento, todos los esfuerzos para establecer contacto con él resultaron inútiles; no cogía el teléfono y parecía que se lo hubiera tragado la tierra. Por lo visto, la depresión se adueñó de él y poco tiempo después, me informaron que había puesto fin a sus desdichas. Creo que en toda mi vida, habré llorado en dos o tres ocasiones de rabia; esa fue una de ellas.



Antonio Zoido Martínez. Del banco de Blas Pinar y Manuel de Arburúa a presidente de la Bolsa con la bendición de Botín. Más partidario del ahorro que del endeudamiento, ya que siempre me tocaba pagar la cuenta en el restaurante del Club Financiero. (efe)

Antonio Zoido, hasta hace poco presidente de la Bolsa de Madrid, es el típico superviviente de todas las absorciones con una acusada capacidad de adaptación al medio. Lo conozco desde sus tiempos del Banco Mercantil e Industrial cuando esta entidad fue absorbida por el Hispano Americano. Fue el único directivo que procedente del banco de Blas Piñar y medrando lo suyo, consiguió acceder a la dirección general del Banco Hispano Americano. Manejando influencias, consiguió ser nombrado presidente de la «bancarizada» Bolsa de Valores madrileña, turnándose en el cargo en un principio con Francisco Pizarro, pero quedándose con la plaza en propiedad y confirmado insólitamente en el puesto por el nuevo patrón del Santander. Es, junto a Antonio Basagoiti, el único ejecutivo que procedente del Hispano Americano ha hecho carrera bajo los auspicios del

magnate cántabro. En un país serio, nunca un banquero o un bancario en ejercicio debe presidir la Bolsa de Valores, al constituirse en juez y parte, por mucho que todos tengamos asumido que *Spain is different*.

Estoy en condiciones de asegurar que, si en 2008 el nuevo BANIF del Santander hubiera dispuesto de un puñado de los denominados despectivamente gurús, en lugar de una pléyade de sumisos y clónicos funcionarios, no se hubiera encontrado entre las manos el importante paquete de estructurados basura de Lehman Brothers que, junto a los activos de Madoff y al mutado «BANIF Inmobiliario», han estado a un paso de provocar la desaparición de la decana y antaño prestigiosa entidad. No existe una razón de peso que obligara a alejarse de una filosofía de inversión proclive a un mayor control de los activos. Las ansias de sofisticación y, en ocasiones, la exagerada fascinación por lo *yankee* acabaron entroncando con una actividad dolosa, amparada en la insólita y continuada impunidad de sus promotores. La fórmula Botín supuso la introducción en BANIF de emisiones de derivados de alto riesgo, que se pretendió justificar con el falaz argumento de la elevada demanda de productos financieros exóticos. Connivencia dolosa con emisores extranjeros, desatada ambición e incompetencia en la gestión son los ejes que conforman el hábitat de la actual banca de inversión. Tras la inconcebible solvencia otorgada entre otros a Lehman Brothers por parte de las sociedades de *rating*, no parece que hubiera nadie dispuesto a verificar la bondad y garantía de los productos contaminados que estas entidades emitían. Los departamentos de estudios y análisis de la mayoría de bancos y sociedades gestoras no solo se han transformado en coladeros de basura financiera, sino que actúan como departamentos de cosmética al servicio de estos subproductos. La codicia de algunos banqueros patrios, tentados pollas succulentas comisiones de colocación, ha acabado con la credibilidad de una banca de inversión, que se había labrado con mucho esfuerzo un merecido prestigio. El cambio de siglo consagró definitivamente en BANIF el inicio de una etapa, en la que el cliente pasaba a convertirse en mero instrumento para ganar dinero, sin reparar en el perjuicio que se le pudiera ocasionar.

Beneficiarios de un oprobio

Tal vez algunos piensen que las fusiones o absorciones en banca son una cuestión entre caballeros, pero lo cierto es que las más sonadas cuchilladas traperas las he contemplado en este contexto. Larvados acuerdos entre el ingenuo Amusátegui y el inquebrantable Echenique para entregar el Banco Central-Hispano a Botín en bandeja de plata pasaron de puntillas y descansan hoy en el almacén de los olvidos selectivos. José María Amusátegui fue el seducido y abandonado coprotagonista de un vodevil bancario, cuyo guión había empezado a escribirse desde el mismo momento en que sustituyó a Claudio Boada en la presidencia del Banco Central-Hispano. El libreto terminaba con su epitafio, escrito por el insaciable Emilio Botín. El cántabro no se fía de nadie, ni aun tratándose del ingenuo Amusátegui. Para asegurar la jugada, forzó el desembarco de Ángel Corcóstegui en el Central-Hispano; un mercenario que ya había mostrado sus credenciales cuando prestaba sus servicios en el Banco de Vizcaya, que le había encomendado la defensa de sus intereses corporativos en el proceso de fusión con el Banco de Bilbao. Corcóstegui no vaciló ni un instante en vender a toda su gente a la cúpula del Bilbao, que procedió a la inmediata laminación de los altos ejecutivos del Vizcaya, con excepción de su persona.



Amusátegui lo intentó con todas sus fuerzas, pero sus carantoñas no lograron ablandar el impasible ademán de Botín.

No puedo determinar con exactitud el tipo de influencia que Botín ejerce sobre el Banco de España —mi impresión es que superior a la del propio gobernador—, pero lo cierto es que, valorando la taimada actuación que Ángel Corcóstegui interpretó en la fusión Bilbao-Vizcaya, decidió infiltrarlo en el Banco Central-Hispano, aprovechando la coartada suministrada por el Banco de España al señalarlo como su favorito. Concluida su misión, el mercenario vasco fue recompensado (oficialmente) con 108 millones de euros, presentándolo además como el salvador del Central-Hispano, cuando en realidad no había nada que salvar. Su misión se redujo a allanar el camino para que el Santander pudiera fagocitar a su competidor sin mayores contratiempos. Amusátegui, entre tanto, no se enteraba de por dónde le venían los tiros y, pese a estar por encima en el escalafón, «solo» recibió 56 millones de euros (oficiales) tras su patética despedida. Un grupo de accionistas consideraron que este comportamiento trascendía la mera generosidad y lo denunciaron a la justicia. Como de costumbre, los jueces fueron magnánimos con Botín; la sentencia concluyó que el patrón del Santander era hombre de ética extremadamente dudosa pero que, pese a ello, su actuación no había infringido la ley. El cántabro se maneja como nadie en la franja que discurre entre la ausencia de ética y la delincuencia.

Desde observatorio privilegiado, fui testigo directo de media docena de fusiones y absorciones bancarias: la del Banco Mercantil e Industrial por parte del Hispano Americano; fusión entre Banco Unión y Banco Urquijo; su resultante Urquijo-Unión absorbido por el Banco Hispano Americano y fusión de este con el Banco Central. La pesadilla concluyó con la oficial fusión y oficiosa absorción del Central-Hispano por parte del Santander.

Amusátegui fue toda su vida el gris secretario de Claudio Boada. Al poco tiempo de acceder a la presidencia del Banco Hispano Americano, ya quedó claro que su historia iba a ser la de un fracaso anunciado. Logró atemperar sus propias carencias, disfrazándolas con una ininterrumpida campaña de imagen, a cargo de un gabinete especializado que acabó convirtiéndose en su obsesión. La historia deja titulares y suele ser generosa con el epílogo de los mediocres, pero la auténtica realidad queda en el recuerdo de quienes tuvimos ocasión de seguir de cerca los acontecimientos.

Claudio Boada fue un personaje excepcional por su versatilidad y por la sabiduría inherente a todo viejo zorro. En el ámbito empresarial, lo hizo igual de bien como presidente de Altos Hornos, del INI o del Banco Hispano Americano. Era lo que podíamos llamar un ejecutivo a la vieja usanza, que garantizaba el éxito en todas sus intervenciones. Cuando accedió a la presidencia del Hispano Americano, el banco estaba al borde de la suspensión de pagos, tras la funesta gestión del dúo Alejandro Albert-Jaime Soto. La

experiencia estrictamente bancaria de Boada se reducía a unos pocos años en el Banco de Madrid, aunque ya dejó allí su impronta. Tan solo precisó de algo más de un año para reflotar a uno de los «grandes» y retornarlo al puesto que le correspondía. De la raza de «don Claudio» solo se reproduce un ejemplar cada 25 años. Hubiera supuesto un hecho insólito que su escudero Amusátegui repitiera la mitad de sus genialidades. Claudio Boada tenía su corazoncito y acabó cogiéndole cariño a aquel abogado gaditano. Desde que asumiera la presidencia de Altos Hornos, lo reclamó como hombre de confianza en todos los cargos que ostentó. Sin el amparo de su valedor, Amusátegui se mostró muy pronto como un gran ingenuo; un corderillo con ambiciones y escasas luces en manos de Botín. Una vez ocupada la poltrona del Banco Central-Hispano y con un Escámez crepuscular, pensó que sería invulnerable a las acechanzas del capo de las finanzas, pero al poco tiempo experimentó la soledad del dirigente y buscó refugio entre quienes consideraba sus amigos. Lamentablemente para él, se equivocó una vez más al elegir como confidente a Rodrigo Echenique, consejero-delegado del Santander, con el que había entablado «amistad» en los tiempos en el que ambos coincidieron en la Asociación Española de Banca. A él se confió, convencido de que las viejas intenciones de absorción por parte del Santander eran agua pasada. Se creyó aún más fuerte tras la fusión con el Central; vana fortaleza que su «amigo» Echenique se afanó en incentivar. Llegó este a sugerirle el nombre de varios ejecutivos que supuestamente deberían reforzar la postura del Banco Hispano frente a hipotéticas e improbables acometidas de terceros, pero la intención de Echenique era bien distinta; los recomendados eran quintacolumnistas de Botín. Amusátegui cayó en la trampa y permitió el desembarco en el Central-Hispano de una unidad de zapadores que tardaron siete años en minar toda resistencia. Una vez consolidadas las posiciones de estos mandos intermedios, se remató la faena con la incorporación al más alto nivel del ejecutor Ángel Corcóstegui.



A. Corcóstegui. *¡Cuidado con ese!*
(savialogos.com)

Cuando Amusátegui se dio cuenta de la celada, ya era demasiado tarde; intentó el recurso de los tribunales ya que don Emilio incumplió los pactos, como en él es costumbre. Alguien debió de convencerle de que en el ámbito de la justicia Botín es imbatible. Decidió al fin recoger un «dinerillo» y disfrutar de un exilio dorado. Quiso ser cabeza de ratón y debió de conformarse con ser cola de león. Fue un buen segundo a las órdenes de un buen señor como Claudio Boada, que ya había resistido con éxito reiteradas acometidas del cántabro.

Mutación inmobiliaria

Recuerdo, con contenida emoción profesional, los días en que pusimos en marcha el

primer fondo inmobiliario español «InmoBANIF» y la escrupulosidad con la que trabajamos al tratarse de un producto novedoso, conscientes de que podía llegar a ser una referencia de futuro. Analizamos rigurosamente cada uno de los inmuebles que iban a integrar la cartera; la mayoría, edificios singulares que fueron adquiridos en condiciones ventajosas, aprovechando las especiales circunstancias del mercado a mediados de los ochenta. Aplicamos unos criterios de máxima seguridad y adecuada rentabilidad, incluyendo un porcentaje de activos dinámicos para dotarlo de una liquidez que triplicaba el mínimo exigible y que suele ser el talón de Aquiles de este tipo de fondos. Un producto ideal para clientes conservadores que pudieran permitirse consolidar una inversión a medio plazo y en concordancia con los flujos previamente diseñados. Este fondo embrionario se fusionó en 1988 con Vallehermoso (entonces empresa del grupo) y la Corporación Inmobiliaria Hispamer, aportando un patrimonio en inmuebles de 38.000 metros cuadrados en las mejores zonas y una cotización en Bolsa del 1.080%.

Aprovechando la buena imagen de su ancestro y con la vana pretensión de emularla, Botín acometió la aventura con su «BANIF Inmobiliario», pero, a diferencia del que fuera pionero en España, el estallido de la crisis dejó al descubierto una cartera de inmuebles que era un auténtico despropósito, con opacos intercambios entre empresas del grupo, que dejaron todas sus vergüenzas al descubierto. Una cosa es el estallido de una crisis —cuya magnitud por otra parte despreciaron—, y otra bien distinta es que una cartera de inmuebles se asemejara más a una colección de sepulcros blanqueados.



El «puro» amo.

(savialogos.com)

La Fiscalía considera que BANIF Inmobiliario se utilizó como un fondo «especulativo», que vendió inmuebles a «precios simulados», lo que constituye un claro delito de «estafa y maquinación para alterar el precio de las cosas».

El fiscal acusa además a la entidad de «utilizar información privilegiada para favorecer la salida del fondo de un grupo de elegidos partícipes, al valor liquidativo más alto». Para pagar a estos privilegiados —habida cuenta de su invendible cartera inmobiliaria—, el Banco de Santander concedió al Fondo un préstamo de 170 millones de euros, con un interés referido al euribor, más 300 puntos básicos (muy superior al precio de mercado); importe que, junto a sus intereses, verán deducido los más de 15.000 clientes afectados, cuando dentro de varios años recuperen, en el mejor de los casos, la cuarta parte de su inversión. O mucho cambian las cosas o no hace falta ser un lince para adivinar el fallo de los tribunales con respecto a Botín: prescripción del delito o absolución con leve regañina por parte del presidente del tribunal. Iras el indulto concedido por el gobierno a su consejero-delegado Alfredo Sáenz —al haber acusado falsamente a unos empresarios, provocándoles graves daños—, la moral de Emilio Botín se ha venido arriba. Ya nadie puede discutir que levita permanentemente por encima del bien y del mal y que su

impunidad es superior a la del rey. Claro que los norteamericanos no están sujetos a estas servidumbres y, allí, la Fiscalía lo ha identificado como delincuente y el juez ha decidido procesarlo. Me temo que todo se reducirá a dinero y el cántabro superará este obstáculo sin mayores problemas, ya que serán al final los propios accionistas del Banco quienes corran con los gastos. Tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, Botín decidió que los citados familiares y allegados recuperaran su inversión, para lo cual mantuvo artificialmente durante unos días la cotización de BANIF Inmobiliario, mientras se producían los rescates. Una vez cubierto este objetivo, procedió a efectuar una nueva tasación a la baja, valorando los inmuebles a precios de mercado, con el consiguiente perjuicio para el resto de clientes sin pedigrí, que de la noche a la mañana vieron sus ahorros encerrados en un corralito, con una previsión de pérdida en euros constantes, superior al 35% y dejando claro una vez más que la única ley que funciona en España es la del embudo.

Los hipotecados en los últimos siete años —desahuciados o no— están condenados de por vida a hacer frente al pago de una propiedad cuyo valor de mercado, es por término medio, un 25% inferior a su coste; carga que no eludirán entregando su piso a la entidad hipotecaria. Para nuestra desgracia, España no es Estados Unidos, ni el mercado inmobiliario es el de las titulaciones hipotecarias. Aquí no hay «*mark to market*», la norma que obliga a los bancos y cajas a valorar sus activos inmobiliarios a precios de mercado y que, en justa correspondencia, se vincula con la dación del inmueble como amortización de la deuda. La banca española ha estado hasta ahora facultada para mantener sobrevalorados los inmuebles en sus balances. Por el contrario, los activos incluidos en los fondos inmobiliarios pueden ser valorados a precios de mercado según convenga, generándose un descarado agravio comparativo y que, como hemos visto, puede ser utilizado además para favorecer a unos partícipes en detrimento de otros. Ello nos da una idea de la equidad jurídica existente en España, muy similar a la que se da en el resto de países PIGS. No hace falta ser muy despierto para darse cuenta de que, si las entidades financieras se vieran obligadas a valorar sus activos inmobiliarios a precios reales, mermarían seriamente sus recursos propios; es decir, su solvencia se vería fuertemente afectada al quedarse por debajo de los ratios mínimos de capital.

Previendo que las directrices europeas —en aras de la transparencia contable— obliguen a los Estados miembros a valorar los activos inmobiliarios en poder de la banca a precios reales, algunas entidades ya se están curando en salud, creando sociedades inmobiliarias en las que aparcen sus inmuebles (Altamira del Santander, Aliseda del Popular, Anida del BBVA, etc.), logrando de esta forma que ponderen al 100% en los activos de riesgo —que son los que cuentan para los ratios de capital— y eludiendo la ponderación del 150%, que es la que correspondería a los créditos morosos en cuentas propias, ahorrándose además una provisión del 25% del crédito. Por otra parte, intentan desprenderse de los inmuebles más antiguos —con plusvalías latentes— conservando los que tienen contabilizados con pérdida, hasta que el mercado se recupere y les permita venderlos sin quebrantos. Para que puedan ir trampeando, ahí están nuestros representantes políticos para echarles una mano con el dinero de todos nosotros, procurándoles un tránsito lo más confortable posible.

Capítulo 5 Corrupción sistémica

Corrupción «alegal»

EL mejor antídoto contra corrupciones financieras son, sin duda, las crisis. Los comportamientos irregulares se producen al amparo de un *boom* financiero e inmobiliario y suelen destaparse en el preámbulo de un ciclo recesivo. La crisis del petróleo de 1974 se alargó hasta bien entrados los ochenta y, en el ínterin, se produjeron muy pocos escándalos financieros.



Mario Antonio, tres veces Conde, ejercitando su característico tiro-liro. Es Conde por primer apellido; es Conde por segundo apellido y «esconde» la mayor parte del patrimonio irregularmente adquirido. (efe)

Hasta 1986 no detecté, desde la privilegiada atalaya de BANIF, la primera actuación amoral con la participación estelar de Mario Antonio Conde Conde y Jaime Soto López-Dóriga —por aquel tiempo director general de la entidad e ilustre garbanzo negro de la misma—. Ambos se ejercitaban para futuras y más sonadas actuaciones; las de Mario Conde son sobradamente conocidas, aunque hoy se haya convertido en mártir de la ultraderecha, mejorando con un toque de solemnidad los métodos de su hermano en Cristo, Ruiz Mateos. Jaime Soto, por su parte, daría más tarde el campanazo, junto al Síndico-Presidente de la Bolsa de Madrid, Manuel De la Concha, aprovechándose del gobernador del Banco de España, Mariano Rubio, en el «caso Ibercorp». Aquel mismo año se iniciaba también la ofensiva de Javier de la Rosa a lomos del corcel de KIO.

Siempre consideré que gestionar el patrimonio de nuestros clientes mediante poderes añadía un plus de responsabilidad a nuestro cometido; convicción compartida por todos los profesionales de BANIF con la excepción apuntada, que lamentablemente mancilló una trayectoria impoluta. La actuación de Soto no trascendió públicamente en aquella ocasión, gracias, al amparo cómplice de un influyente Mario Conde, que ya antes de saltar a las páginas de *Hola* ejercía de ídolo de financieros agresivos. Paradójicamente, la inmediata promoción de Jaime Soto a consejero-delegado del Banco Hispano Americano liberó a BANIF de una mala influencia, evitando que se desviara de la línea que hasta entonces le había prestigiado.

La cabra siempre tira al monte y Jaime Soto López-Dóriga no tardó demasiado tiempo en dejar al Banco Hispano Americano como un solar, aprovechando la debilidad de su presidente Alejandro Albert. La urgente actuación de mi paisano, el «bombero» Claudio Boada, pudo evitar en última instancia un desastre anunciado.

Se dice que la ley va siempre por detrás de la realidad. Hasta la promulgación de la Ley para la Reforma del Mercado de Valores, la «información privilegiada» era herramienta de uso común. Gracias a la jerarquía moral europea, tan abusiva práctica fue incorporada posteriormente al Código Penal, cuya ausencia había posibilitado que a lo largo de los años la banca manipulara los resortes bursátiles en beneficio propio y consecuentemente en perjuicio de los mismos de siempre.



Locos de contentos tras la venta de Antibióticos a Montedison. (marioconde.org)

El único laboratorio farmacéutico en España que en la postguerra tenía un nivel científico y empresarial homologable en Europa, era el Instituto de Biología y Sueroterapia (IBYS), con cotización en Bolsa y que junto a Zeltia, Abelló y el Instituto Llorente, controlaban la mayoría de Antibióticos S.A.

Existía un pequeño porcentaje en manos de accionistas minoritarios y alrededor de un 18% en libre contratación bursátil. La regional catalana de BANIF controlaba un importante paquete en representación de sus clientes. La sociedad lanzó en 1987 una oferta pública de compra para hacerse con el 100% de las acciones, ofreciendo un pequeño incentivo sobre la cotización y aplazando 18 meses el pago a los accionistas que se acogieran a la oferta. Desde el primer momento, algunos no vimos clara la operación ¿Para qué querían hacerse con el 100% de las acciones si con el 70% les sobraba para actuar a su antojo? ¿Qué necesidad tenía la empresa de distraer unos fondos que a priori estaba previsto destinar a nuevos desarrollos? Por otra parte, era del todo inusual el aplazamiento en el pago de una oferta pública, que más tarde se descubrió respondía a una estrategia para proyectar a los mercados una falsa imagen de austeridad empresarial.

Hacía apenas un año que habíamos decidido participar en IBYS; el departamento de análisis la consideró en su momento una excelente inversión con unas previsiones de crecimiento que a mi entender justificaban un precio sensiblemente superior al ofrecido en la OPA. A pesar de ello, Jaime Soto utilizó su condición de director general de BANIF, presionando para que nos acogiéramos a la oferta. Cada dirección regional era responsable de los resultados de su cartera de clientes e imposiciones de este tipo constituían un hecho excepcional. Sorprendió que, en aquella ocasión, alguien se aplicara con tanta contundencia. A lo largo de toda mi carrera, me vi en dos ocasiones forzado a realizar operaciones contrarias a las conclusiones derivadas de unos análisis aliados con una intuición que se forja con la experiencia. Podía armarme de razones y esgrimir un mayor conocimiento de la situación, cuando se trataba de una empresa ubicada en Cataluña, pero no era el caso. No tuve más remedio que ceder, si no quería poner en peligro mi futuro profesional. Estaba todavía en mi mente la experiencia vivida en el sector inmobiliario y tampoco se trataba de pasarme toda la vida ejerciendo de caballero andante, arremetiendo contra todos los molinos de viento que se cruzaran en mi camino. No tardé demasiado en

constatar que aquellos movimientos bursátiles formaban parte de una operación a tres bandas relacionada con la macro-operación de Antibióticos que más tarde, conformaría la plataforma de lanzamiento para que Mario Conde pasara de indiscutible modelo de yuppies a liderar el ranking de los despilfarradores de su talento condicionados por la codicia. Antes de lanzar la OPA, la Empresa, ya tenían cerrado el compromiso de venta de sus acciones de Antibióticos a Juan Abelló, Mario Conde y los hermanos Botín. Un crédito concedido por Jaime Botín a través de Bankinter contrarrestó cualquier tensión de tesorería.

El azar es un elemento que cabe considerar entre las variables de cualquier negocio. La italiana Montedison tenía prácticamente cerrada la compra de una fábrica de penicilina en Suecia y en el último momento el propietario se echó para atrás. Antibióticos era una de las opciones y el encantador de serpientes Mario no iba a desaprovechar la oportunidad de su vida, ni iba a renunciar a utilizar los registros de su alma zíngara para alcanzar sus objetivos.

A finales de los ochenta, los países con pedigrí de la Unión Europea ya jugaban con las exigencias medioambientales y a Mario Conde no se le podía escapar tal circunstancia. Cuando los italianos llegaron a visitar la planta de Antibióticos, ya había hecho construir una depuradora con un coste de 500 millones de pesetas que mostraba una gran apariencia externa, pero que depuraba menos que la piscina de su finca. No es lo mismo cerrar un trato con alemanes que con nuestros primos hermanos italianos. La misión enviada por Montedison, la conformaban contables y economistas y si había entre ellos algún técnico medioambiental, no debía ser precisamente una eminencia. La depuradora fue elemento determinante para cerrar la operación. No tardaron demasiado los italianos en darse cuenta del engaño y a los pocos meses de la compra, tuvieron que afrontar el coste adicional de 5.000 millones de pesetas para construir una depuradora que cumpliera con las exigencias medioambientales europeas. En 1993, Raúl Gardini principal propietario del grupo Ferruzzi-Montedison, se saltó la tapa de los sesos y muy pocos se atreven a defender que la operación Antibióticos y la traición de un Mario Conde al que consideraba su *caro amico*, no fueran elementos desencadenantes de tan drástica decisión.

Las acciones de Antibióticos fueron vendidas a Montedison cuadruplicando el precio pagado a los antiguos accionista e ingresando por la operación 58.000 millones de pesetas. Llegué a indignarme cuando tuve la evidencia de que Jaime Soto participó de la fiesta, habiendo adquirido a título particular un paquete de las acciones IBYS que nos había forzado a vender y que puso a disposición de su amigo Mario Conde para que este pudiera acelerar el proceso. Con la ley vigente en 1987, no se puede hablar de delito, pero cabe definir aquella operación como un vituperio a la ética profesional.

Con independencia de los expolios y de sus efectos sobre numerosos damnificados, la operación Antibióticos constituía la mayor inversión extranjera de la historia de España, después de la de SEAT. Si la legislación española hubiera contemplado entonces el delito de información privilegiada y las instituciones oficiales hubieran ejercido un efectivo control, probablemente la escalada de corrupciones y corruptelas se hubieran atemperado y no conformaría hoy un elemento más del paisaje.

La actividad de delincuente de cuello blanco crea sin duda carácter. Una vez que uno la emprende, no cesa en su empeño hasta el día en que es enterrado boca abajo; en el caso de ser enterrado boca arriba es muy capaz de regresar y reincidir. Juan Abelló, por ejemplo, vicepresidente de Repsol —que tiene fama de buen chico—, utiliza

habitualmente la doble contabilidad y la falsificación de facturas en sus empresas de producción de opio y morfina, dejando de pagar varios millones de euros en impuestos sobre beneficios. La inspección tributaria detectó el fraude en 2007 y levantó acta por importe de dos millones de euros a su empresa Alcaliber y a Postuero de Las Navas y Dehesa de los Lobillos —participadas estas dos últimas en un 60%— por diseñar una trama de facturas falsas. Lo curioso es que el importe de lo defraudado era superior en un millón de euros a la sanción impuesta —en realidad, no es lo curioso sino lo normal cuando afecta a la élite financiera.

Obviamente, la sanción se ciñe a los cuatro ejercicios anteriores, pero el fraude que ha prescrito fiscalmente se viene produciendo desde que la empresa Alcaliber iniciara su actividad en 1973. Según el Código Penal, un delito fiscal de estas características debe llevar aparejada la pena de privación de libertad, pero nunca hay que perder de vista que seguimos viviendo en la España postfranquista, por mucho que sus perennes beneficiarios se empeñen continuamente en ocultarlo. La desvergüenza de esta gente no tiene parangón; son famosas las cacerías que Abelló organiza en sus fincas de Postuero de Las Navas y Dehesa de los Lobillos —rememorando las míticas escenas de *La escopeta nacional*—, a las que acude puntualmente el rey acompañado de las más altas autoridades. ¿Quién osaría meter en la cárcel a un tipo así?

Hace muy poco, la decantada y servil justicia española dejó una vez más sin castigo y por negligente prescripción el flagrante delito de información privilegiada del presidente de Telefónica, Cesáreo Alierta, durante su paso por Tabacalera, perpetrado junto a su sobrino Luis Javier Plácer (en cambio, jamás prescriben los delitos de los desgraciados). Las distintas instancias judiciales deberían ser el vehículo de la garantía procesal para cualquier encausado enfrentado al Estado de Derecho, pero en este país la Administración de justicia se convierte en mero divertimento para determinados individuos, mientras esperan que su expediente llegue al tribunal de un amigo del alma o, en el peor de los casos, a un amigo del amigo del alma. El mundillo financiero celtibérico es más pañuelo que otros mundos y al final todos sus miembros confluyen junto a jueces, fiscales y altos cargos, en el tendido del siete de Las Ventas o en el hoyo dieciocho de Puerta de Hierro.



El precavido Juan Abelló Gallo. Huele el peligro a una legua y en el momento del «crimen» siempre se encuentra en una subasta de arte. Sus convicciones superan cualquier pragmatismo; evoluciona ideológicamente del socialismo al neoliberalismo y viceversa, en función del color de cada legislatura.

Posterioriores restricciones legales lograron atemperar sobre papel mojado aquellas insaciables dinámicas de información de privilegio, pero en el entramado en el que nos movemos es prácticamente imposible llevarlas a la práctica. Cuando a causa de algún olvidado fleco pillan a algún eminente personaje pervirtiendo las reglas del juego, la prescripción o el defecto de forma siempre acuden puntuales a la cita, mientras que el único alivio para los afectados son los baños de árnica.

Me referí en anterior capítulo a las indudables capacidades de Claudio Boada como

gran gestor en situaciones empresariales difíciles, lo cual no comporta que estuviera libre de culpa. Por segunda vez a lo largo de mi carrera, mi astuto paisano me forzó —en contra de lo que aconsejaban las conclusiones analíticas— a vender en 1987 a una sociedad interpuesta del Banco Hispano Americano un importante paquete de acciones Popularinsa, poco antes de que el Banco Popular anunciara su absorción a un precio un 35% superior. Volví a revivir la experiencia de IBYS y Antibióticos, aunque en honor a la verdad, es preciso introducir algunos matices. Don Claudio no era ni mucho menos un ambicioso patológico como lo fueron los protagonistas del caso precedente. Debido a la nefasta gestión de sus antecesores y dada la delicada situación de la entidad que presidía, estaba obligado a sacar dinero de debajo de las piedras. Pese a los eximentes, existía un denominador común entre esta operación y la de Antibióticos: los damnificados eran una vez más los clientes. Casos como este, me llevaron a constatar que, pese a que la ambición humana es determinante en el mundo de las finanzas, las reglas de juego son por definición perversas y acaban abduciendo a individuos de naturaleza honesta.

La banca posee infinitos recursos para adaptarse al entorno, preservando su estatus a través del control que directa e indirectamente ejerce sobre los medios informativos. Si sus prebostes traspasan el umbral de la ley y son pillados en renuncio, tendrán a su disposición una batería de los más insignes letrados y juristas y, en última instancia, contarán con la mejor predisposición por parte de los miembros de una magistratura que, de ser probada su hipotética prevaricación, disfrutarán de un retiro dorado, complementado con la generosa contribución de su eternamente agradecido beneficiario.

Si algo nos salva es que los deteriorados caminos de la decencia en España suelen ser asfaltados de cuando en cuando por Bruselas y Estrasburgo. La Ley para la Reforma del Mercado de Valores de 1988 supuso un auténtico *big bang*, en línea con lo acontecido en el mercado londinense dos años antes. La práctica desaparición de los Agentes de Cambio y Bolsa y su sustitución por Agencias y Sociedades de Valores marcaron el final de una era, en la que la banca se había enriquecido cometiendo toda clase de tropelías. ¿Cambiaría el decorado? Evidentemente no, ya que la bancos y cajas pasaron a controlar el 75% de las Sociedades de Valores y Bolsa, consagrando definitivamente la bancarización del mercado.

Los Agentes de Cambio y Bolsa eran rehenes de una banca de la que dependían para intermediar operaciones bursátiles e intervenir toda clase de créditos y avales. ¿Se imaginan lo que daba de sí disponer de un margen de siete días, en ocasiones incluso diez, para liquidar sus operaciones de Bolsa y asentarlas en los libros oficiales? Los bancos disponían a su vez de todo este tiempo para aplicar libremente cada apunte a quien más interesara —o a su propia cartera, según evolucionaran las cotizaciones—. A partir de ahí, imaginen todo lo imaginable y se quedarán cortos. Si tuviéramos acceso a las operaciones bursátiles de las carteras de valores propiedad de los bancos, contemplaríamos con sorpresa que los precios de compra eran siempre los mínimos de los últimos ocho días y sus precios de venta los máximos. En cambio, las operaciones de sus clientes (exceptuando puntuales compromisos) se producían justo en sentido contrario; compraban al precio más alto y vendían al más bajo de los últimos ocho días. Era habitual que las operaciones de la mayoría de sus clientes tardaran un mínimo de una semana en realizarse. Jamás nadie movió un solo dedo para atajar tan reprobable actuación o establecer las bases de un mínimo control.

Una inmoralidad complementaria con la anterior se producía con el manejo de sus

propias acciones y, en esta vergonzante praxis, no recuerdo ninguna excepción. La contratación en las Bolsas oficiales de Madrid, Barcelona y Bilbao se realizaba de forma independiente y las diferencias de cotización entre los tres parques podían habitualmente superar un diferencial del 10%. La actuación de la banca en este apartado no representaba ninguna sofisticación financiera; consistía simplemente en comprar sus propias acciones en la Bolsa más barata, venderlas en la de cotización más alta y quedarse con la diferencia. Esquilmar a los propios clientes recibía en este caso el pomposo nombre de «arbitraje» y la igualdad de oportunidades no era más que una bonita definición jamás llevada a la práctica. La contratación de las acciones bancarias no se realizaba en los corros como el resto de valores. Sin el menor rubor, los Agentes de Cambio y Bolsa se dirigían al representante de cada banco, el cual iba anotando en una libreta las peticiones de compra y venta que cumplimentaba total o parcialmente en función de sus conveniencias. Al final de cada sesión, decidía la cotización del día y nadie osaba rechistar.

Inmoralidad de Estado

Los pagarés del Tesoro fueron instrumentos financieros creados a mediados de los ochenta, libres de impuestos y con menor remuneración que otros activos. Legalmente, había que declarar los rendimientos pero, al tratarse de títulos al portador, no era posible detectar su posesión y, por tanto, nadie lo hacía. Al margen de la rentabilidad, el tenedor se beneficiaba de su opacidad fiscal y consecuentemente de la ausencia de retención. El Gobierno, que tenía la urgente necesidad de captar capital para financiar la reconversión industrial, no solo no ponía la menor traba, sino que pactó con la banca la creación de un nuevo instrumento igualmente opaco, denominado AFRO (activos financieros con retención en origen).

La captación de dinero negro en pagarés del Tesoro adquirió tal magnitud que, en tres años (1983-1986), el saldo vivo pasó de 1,3 a 5 billones de pesetas. Si computamos el dinero negro invertido en instrumentos paralelos puestos en circulación por bancos y cajas de ahorro, más el saldo latente en el sector inmobiliario (no se había promulgado todavía la ley de tasas), podemos hablar, a mediados los ochenta, de un volumen estimado de dinero negro cercano a los 10 billones de pesetas. Pagarés y afros convivieron con otros activos diseñados por la banca, que tuvieron una vida tormentosa. En un primer momento, fueron consentidos por la Administración, pero Carlos Solchaga —que había accedido en 1985 al Ministerio de Economía y Hacienda— no estaba por la labor de hacer la vista gorda a las bolsas de dinero negro controladas por la banca, al constituirse en competencia de los pagarés del Tesoro. A partir de 1987, empezó a ejercer una presión que no podía ser rotunda ni demasiado explícita, ya que el propio Estado, a través de los pagarés del Tesoro, seguía amparando el mayor volumen de dinero negro. Quedó una vez más demostrado que la moralidad institucional de determinados Estados varía en función de sus necesidades.

Sucesivamente, la banca utilizó como soporte de sus operaciones en dinero negro letras avaladas, cesiones de crédito y primas únicas (emitidas por la compañía de seguros de cada grupo). La sensación de inmunidad era tan evidente que La Caixa, por ejemplo, anotaba las operaciones de dinero negro de cada cliente en una libreta de ahorro. Muchos de ellos venían tan contentos a BANIF con su libreta de dinero negro, con la intención de pasarlo a otro instrumento mejor remunerado. Viéndolo con la perspectiva del tiempo,

todo aquello adquiere la dimensión de una tomadura de pelo institucionalizada, que se constituyó en germen de posteriores desajustes presupuestarios, momentáneamente maquillados por la subsiguiente etapa de bonanza económica, lo que permitió —al estrenarse el siglo— que algunos pudieran abanderar la falsa percepción de que España iba montada en el euro. Aquellos déficits presupuestarios se añadían a otros déficits estructurales que dejaron al descubierto en 2007 todas las debilidades del sistema, cuando hubo que enfrentarse a la segunda crisis más severa de la edad contemporánea.

Alguien debió sentirse iluminado por el Espíritu Santo o se levantó de mal pie un buen día de 1990 y decidió cortar por lo sano. La Agencia Tributaria realizó un ensayo de policía fiscal, aunque no tuvo continuidad; eran los tiempos en los que las películas de Rambo arrasaban en las pantallas. Una de sus primeras y fugaces incursiones la llevaron a cabo precisamente en BANIF. En plena noche, irrumpieron en el domicilio del hombre de confianza que hay en toda empresa que se precie, derribando la puerta de su domicilio y provocándole un susto de muerte. Al bueno de Venancio no le faltaba demasiado para jubilarse y nadie se explica quién tuvo la genialidad de relacionar su domicilio particular con una presunta irregularidad empresarial. Esta acción coincidió con la investigación en el Banco de Santander que acabaría llevando a Emilio Botín ante su buen amigo el juez Moreiras. Hallaron un documento relacionado con ambas instituciones que llevaba la firma de Venancio (habitualmente firmaba los documentos que directivos de mayor rango eludían firmar) y fueron a por él, como si del enemigo público número uno se tratara. Lo curioso fue que, a los tres días de haber entrado a degüello en su domicilio, aparecieron unas declaraciones a toda plana del entonces Secretario de Estado Antonio Zabala, jurando al mundo que la única entidad que poseía cesiones de crédito era el Banco de Santander, lo cual les puedo asegurar que era una descarada falsedad.

En 1991, el gobierno se decidió a dar definitivo carpetazo a los pagarés del Tesoro y emitió una deuda especial a 6 años, remunerada al dos por ciento y brindando la posibilidad de amnistiar a sus suscriptores. De mantenerse la inversión a lo largo del periodo, podía aflorarse el capital invertido, sin miedo a represalias. No parece que los defraudadores se fiaran demasiado, ya que el éxito de la deuda especial no fue ni mucho menos apoteósico. El importe invertido no superó los 800.000 millones de pesetas, mientras que el saldo en pagarés del Tesoro era cuatro veces superior. Al mismo tiempo, la presión ejercida sobre los activos opacos en poder de la banca pasó de moderada a contundente. Finalmente, el gobierno dio a los bancos y cajas dos opciones: liquidar a su cargo los correspondientes impuestos sobre el capital —y en su caso el IVA—, o bien, facilitar a Hacienda las listas de los titulares. No se produjeron deserciones, ni era previsible que las hubiera; como un solo hombre, todas las entidades decidieron facilitar a la Agencia Tributaria la relación de sus clientes.

Alfonso Escámez y FILESA

El «Gran Sanedrín» deja hacer a los socialistas cuando estos están en el gobierno, mientras no se interfieran en sus planes. Uno de los pasajes más descriptivos de la manipulación política que ejerce este poder en la sombra fue el caso FILESA, percibido por lo que a mi respecta desde la trastienda del que fuera mi eventual copatrón Alfonso Escámez, a raíz de la fusión Central-Hispano. Le ordenaron que el Banco Central y CEPESA pagaran a medias 450 millones de pesetas a FILESA. Fue elegido para esta misión, al estar próximo a la

jubilación y a cubierto por razones de edad, de una improbable pena de prisión. Sólo había que poner en marcha la operación, para que el banquero más franquista se inculpara al proclamar a los cuatro vientos haber autorizado los pagos a FILESA, constatando así la existencia de la trama de financiación irregular de unos socialistas que ingenuamente habían caído en la trampa. «No ordené, solo autoricé», decía el bueno de don Alfonso. La coartada judicial había sido minuciosamente orquestada; quienes realizaron los registros a las empresas implicadas fueron los peritos judiciales y no el juez o el secretario judicial, tal como exige la ley. Un simulado error de primer curso de Derecho que el abogado de Escámez no desaprovechó, ya que garantizaba la nulidad del proceso y mantenía intacto el escándalo político. Sorprende la ingenuidad de un PSOE, al no haberse informado acerca de las auténticas fidelidades. Alfonso Escámez era el único banquero español que llegó a la presidencia de uno de los grandes partiendo del cargo de botones y eso era del todo imposible que sucediera, de no haberse forjado en la inquebrantable adhesión al Caudillo y haber contado con la específica bendición de este. La sensación de impunidad lo había acompañado durante cuarenta años y entendía que no tenía por qué cambiar; si había que pagar unos cientos de millones de pesetas a un juez como Estevill para librar de la cárcel a dos de sus fieles colaboradores, se pagan y nos fumamos un puro en el tendido del siete.

Infructuosa lucha por la decencia

La velada amnistía fiscal de 1991 amparada en la «deuda especial» me enfrentó con el nuevo Consejero Delegado. La decisión de facilitar a la Agencia Tributaria las listas de los clientes invertidos en cesiones de crédito planteaba un problema añadido en un BANIF repleto de personajes ilustres. Presionado por ellos, Javier de San Pío decidió eliminar de las listas a unos cuantos elegidos, aprovechando que los datos que poseía la Agencia Tributaria sobre el volumen total de las operaciones en dinero negro era inferior al real. Los más preocupados ante aquella situación de emergencia fueron los políticos, a quienes el tránsito desde la dictadura y la reforma fiscal de Fernández Ordoñez les había apagado la luz. La presión ejercida por personajes como Marcelino Oreja —que paseaba su perro por Juan Bravo y se cruzaba diariamente con el interfecto— o los ahorros opacos del difunto padre de Alberto Ruiz Gallardón —que fueron preservados sin que nadie lo solicitara— hizo que pudieran embarcar en el último bote del *Titanic*, ocupando el lugar de la mayoría de los clientes de Cataluña, que fueron abandonados a su suerte. Estos políticos eran también víctimas de las circunstancias; tras cuarenta años de ¡viva la Virgen!, en donde nadie se paraba a pensar si el dinero era blanco o negro, la clase política se enfrentaba a una papeleta que en caso de ventilarse podía afectar gravemente a su carrera. Los ciudadanos de a pie pudieron acogerse sin problemas a la amnistía fiscal que planteó Fernández Ordoñez, pero los políticos no tenían salida; hicieran lo que hicieran, podían en cualquier momento ser puestos en la picota. Si se acogían a la amnistía, mostraban que hasta entonces no habían sido del todo ejemplares y, si no se acogían y eran descubiertos, mucho peor. Es uno de los mil inconvenientes que se suscitan, cuando un país de la noche a la mañana pasa a ser demócrata de toda la vida por decreto; no hay redención posible. Uno de los damnificados por tal circunstancia fue Mariano Rubio, que acabó pagándolo muy caro. Su caso no tiene desperdicio y lo trato en posterior capítulo.

Desde una visión global y atendiendo a sus repercusiones fiscales, cabe considerar lo anterior peccata minuta, comparado con lo que se dio en llamar «ingeniería financiera» y

que ha venido constituyendo la mayor fuente de ingresos para la banca de inversión. Consiste en la utilización de los instrumentos de inversión colectiva para **aflorar dinero negro**, cerrándose el circuito con la consiguiente operación generadora de **minusvalías fiscales ficticias** y aportando al mismo tiempo suculentos beneficios para el mediador. Los grupos bancarios poseen gran cantidad de sociedades de cartera, domiciliadas tanto en territorio nacional como en el exterior —especialmente en Mónaco, Suiza y Luxemburgo—, el control sobre estas sociedades, con cotización en distintas bolsas, es total —al ser poseedores del 100% de sus acciones—. A través de distintas aplicaciones, con la titularidad muchas veces de los propios empleados —conocidos en el argot como «mariachis»—, se provoca una bajada en la cotización de una determinada sociedad de cartera. Los clientes interesados en aflorar dinero negro compran las acciones; con nuevas aplicaciones se vuelve a llevar la cotización a máximos y a continuación los titulares proceden a venderlas, consiguiendo de esta manera unas **plusvalías** fiscales ficticias, que permiten aflorar dinero negro a un coste razonable. En contrapartida y para completar el ciclo, las acciones que los primeros titulares han vendido a precios máximos son compradas por los interesados en realizar **minusvalías fiscales**. En este punto, se procede a bajar de nuevo la cotización y estos últimos venden sus acciones, materializando la correspondiente pérdida ficticia. En operaciones de gran envergadura, se recurre a una ampliación de capital de una SIM o una SICAV; los interesados adquieren los derechos de ampliación, suscriben las acciones y pasados unos días las venden, consiguiendo por esta vía idénticos resultados. Todavía era más escandaloso cuando la venta de los derechos de ampliación estaba exenta de tributación. Algunos recordarán la venta de la empresa Revilla, famosa por sus chorizos y por el secuestro de su propietario. La operación de venta se realizó a través de una ampliación de capital y la propiedad fue transmitida a través de los derechos de suscripción. Revilla obtuvo una plusvalía multimillonaria sobre la que las arcas públicas no recibieron ni un solo centavo. A partir de este escandaloso suceso, España fue invitada a modificar la tributación de estos derechos.

El remate cutre de la picaresca nacional lo viví en primera persona a raíz del chantaje planteado por Juan Antonio Díaz Álvarez, presidente de SEAT. Este sujeto era cliente de la regional catalana de BANIF —posteriormente imputado por desfalco en su empresa y salvado *in extremis* por la campana del presidente de Volkswagen, que decidió abortar un escándalo corporativo—. Díaz Álvarez tenía en su cartera acciones procedentes de una emisión de obligaciones convertibles de la sociedad inmobiliaria Cartemar. A lo largo de los años, había sido una de las pocas inversiones fallidas en su cartera, que en conjunto acumulaba importantes plusvalías. Cartemar había desarrollado una gran promoción inmobiliaria en Canarias y, por el parón del sector a principios de los noventa, se vio forzada a declararse en suspensión de pagos. El presidente de SEAT, haciendo gala de inaudita prepotencia, exigió que se le rembolsara el importe de la fallida inversión. Me negué en redondo y salió jurando de mi despacho. Al día siguiente, recibí la visita de Emilio Gutiérrez, director regional del Banco Flispano Americano, intercediendo por el personaje, ya que le había amenazado con retirar todo el negocio que la empresa automovilista mantenía con el banco. Mi respuesta fue la misma; me negué a cualquier compensación si no se hacía extensiva al resto de clientes afectados. Gutiérrez acudió al recién llegado consejero-delegado de BANIF. Me telefoneó muy alterado: «¡Te ordeno que compenses de inmediato las pérdidas al presidente de SEAT! ¿Quién te crees que eres?». Yo llevaba dos décadas en BANIF, acostumbrado a un trato exquisito, y en todo este

tiempo jamás me había visto forzado a realizar a conciencia un acto inmoral, que en este caso constituía además un delito. Atemperé mis impulsos y decidí actuar con serenidad. Le pedí que me confirmara la orden por escrito; a continuación, di instrucciones para que se pusiera en marcha la operación. Hubo que pedir-autorización especial a la Comisión del Mercado de Valores y a la Bolsa para efectuar una aplicación especial a su valor nominal, ya que la cotización de Cartemar estaba suspendida sine die. Fue preciso que se implicara también la Sociedad de Valores del Banco Central-Hispano y el mismísimo Antonio Zoido. Cuando tuve en mi poder las pólizas de compra-venta y el resto de documentación, me presenté en el despacho del consejero-delegado y, como quien no quiere la cosa, le exigí su dimisión. Se puso lívido. «¿Te has vuelto loco? ¿Por qué tendría que dimitir?». «Porque eres un presunto delincuente», le dije sin inmutarme, «y por principios no suelo trabajar con delincuentes». Su lividez progresaba; me miró con expresión asombrada sin mascullar palabra y sin poder creer lo que estaba escuchando. Pasados unos segundos pudo balbucear: «¿Por qué dices que soy un delincuente?» «Porque, de acuerdo con la ley del Mercado de Valores, la compensación de pérdidas en Bolsa es un delito». Descolgó mecánicamente el teléfono y llamó al asesor jurídico, quien le confirmó tal extremo. En aquel momento, su cara parecía un arcoíris. Ignoraba que mi compromiso con los clientes tenía carácter de juramento hipocrático. Ya había soportado con anterioridad dos episodios similares —a pesar de no haber sido consciente hasta que se produjeron—; ahora no estaba dispuesto a tragar con el tercero. No podía permitir aquel trato de favor en perjuicio del resto de clientes y mucho menos en beneficio de un chantajista megalómano como Díaz Álvarez. Es muy posible que los jóvenes ejecutivos habituados a invertir en estructurados basura no sean capaces de entender mis razones, pero es importante que conozcan que existe algo más allá del Mississippi y que recibe el nombre de dignidad profesional. A pesar de ello, no me siento investido de la menor autoridad para dar lecciones a nadie; mucho menos cuando constato que, en estos momentos y enfrentados a semejantes retos, la mayoría de profesionales se verían abocados a optar entre la dignidad profesional y el INEM.

Capítulo 6 Up & Down

Las amistades peligrosas

SU majestad Juan Carlos I y el teniente general Milans del Bosch fueron dos de los clientes gestionados por BANIF de cuyo comité asesor tuve el privilegio de formar parte. No se sorprendan; por BANIF pasó *la creme de la creme* del *establishment* patrio y de no mediar algún episodio tenebroso, en este club se llevan todos a partir un piñón. A Jaime de Marichalar se le hizo un contrato de trabajo temporal —previo a su boda con la infanta Elena—, para enriquecer su currículum, en un vano intento por revestirlo de un barniz financiero. También hizo su pertinente *training* el heredero de Carlos X y aspirante al trono de Francia, Luis Alfonso de Borbón; este es un chico más formalito, aunque dejó bien patente que en su vida había dado un palo al agua.

Gonzalo Milans del Bosch, sobrino del teniente general, fue a lo largo de doce años mi consejero-delegado. Nuestro ideario político no es coincidente, pero es persona culta y de hato amable, que rebosa por los poros su formación británica.

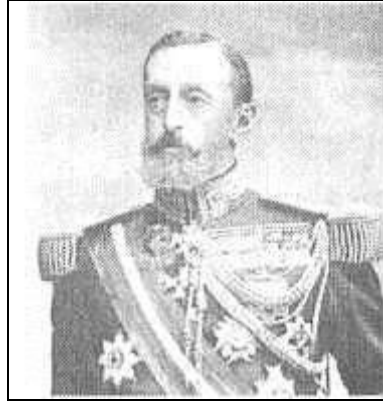
Durante los años que colaboré con él, fui testigo de cómo, desde la autoimpuesta equidistancia, supo hallar la solución pertinente a cada reto. Experimentó una especial sugestión por Cataluña e hizo enormes esfuerzos por entender el que consideraba «especial carácter catalán»; actitud que siempre le agradecí. Estoy convencido de que, si nos sentáramos a dialogar, llegaríamos incluso a un acuerdo respecto al secular contencioso Cataluña-España.

Entiendo que hay que conceder un plus de confianza a quien —pese a su peculiar ideología— es capaz de hacer abstracción de la misma e instalarse en el pragmatismo de lo cotidiano. Asistí complacido a su boda con una buena amiga, celebrada un 23 de febrero como guiño personal a su tío, que no pudo asistir por hallarse en prisión. No pasó por mi cabeza censurar el homenaje familiar a un hombre de honor, que sobre todo era hijo de sus circunstancias y de cuya actuación en el golpe de Estado quedan pendientes por escribir varios capítulos.

José era el director de Administración de BANIF y mi fraternal «enemigo». La eterna lucha logística de cualquier dirección regional frente al sempiterno Madrid forma parte del paisaje de cualquier actividad y hay quien lo ha padecido con una sonrisa. Lo bueno de estas escaramuzas es que, cuando dos bichejos partidarios del «*jogo bonito*» se enfrentan, con el paso del tiempo acaban haciéndose amigos. José se encargaba personalmente de la administración del teniente general Milans del Bosch y supongo que, para restañar alguna reciente herida, me invitó a acompañarle en una de sus periódicas visitas a la prisión de Fuencarral.

Los dos primeros puestos en el *ranking* de militares monárquicos los ocupaban Jaime Milans del Bosch y Alfonso Armada. Precisamente este último, junto con Torcuato Fernández Miranda, fueron los preceptores del rey en los años en los que la educación influye en la personalidad y marca indeleblemente a cualquier persona. También fueron sus máximos valedores como candidato al trono.

Joaquín Milans del Bosch i Garrió fue capitán general de Cataluña y Jefe del Cuarto militar de Alfonso XIII. En esta familia se puede ser golpista o monaguillo, pero la lealtad monárquica y el sentido del honor se llevan en el ADN. Su nieto Jaime Milans del Bosch —fiel a su estirpe— nunca eludió sus responsabilidades en el golpe, ni pidió jamás clemencia. Era de estos militares que causan respeto aun yendo en pijama. Cuando uno le miraba a los ojos, descubría en ellos el honor y el sentido del deber en estado puro. Al teniente general trataron de envenenarle mientras permanecía en prisión (o al menos eso aseguraba) y entre la familia existía obviamente el temor de que se concretara tal posibilidad. No se puede decir que consiguieran minar sus principios pero, sin duda, algunos de ellos experimentaron en su interior una sensible evolución.



Joaquín Milans del Bosch i Garrió; abuelo del teniente general golpista y patriarca del linaje de militares de mayor lealtad monárquica. Defensor a ultranza de la restauración borbónica, recibió la Cruz roja al Mérito Militar de manos de Alfonso XIII.

Al teniente general le producía arcadas cualquier referencia a la tan cacareada resistencia del monarca y de su secretario Sabino, asediados por conspiradores y defendiendo la democracia hasta el último aliento. Se refería a menudo a la participación de los servicios secretos norteamericanos, que, agazapados en la trastienda, no habían dejado de tener protagonismo desde el atentado a Carrero Blanco. José me hizo partícipe de la experiencia sufrida en anterior visita, acompañando a un familiar del teniente general, que le preguntó sobre la opinión que le merecía el rey. Sin mediar palabra, Milans del Bosch le agarró por el cuello y apretando con fuerza masculló: «Si fueras el Borbón, por el cielo te juro que no te iba a soltar».

En 1981 continuaba en vigor la llamada operación Diana, que preveía las actuaciones necesarias en el caso de que se produjera en España un vacío de poder. El teniente general Milans del Bosch, animado por Armada, actuó formalmente de acuerdo con esta operación de emergencia, de la que misteriosamente fueron destruidos todos sus vestigios. Pese a las coartadas oficiosas y oficiales, es una obviedad que la gran tardanza del monarca en comparecer ante los medios de comunicación abre muchos interrogantes ante cualquier observador objetivo. Sorprende, que el militar de mayor prestigio dentro del ejército, curtido en mil batallas —y tras liarla parda en Valencia—, no dude en obedecer las órdenes del rey, cuando este le ordena retirar los tanques.



Teniente General Jaime Milans del Bosch. *Un militar con gran sentido del honor, de ideas reaccionarias y fiel a sus compromisos. Se le paró su reloj de bolsillo y pagó ingenuamente las consecuencias.*

Por otra parte, unos mandos del ejército que debieron de estudiar táctica militar en la academia de Gila, pues sin contar teóricamente con el amparo real ocupan todo lo ocupable, excepto el palacio de la Zarzuela. No soy ningún estratega militar, pero si algún día se me ocurriera dar un golpe de Estado —y no contara con la explícita bendición real— no me pasaría por alto el mandar un destacamento a rendir una visita al monarca, aunque solo fuera por si acaso. Armada y Milans del Bosch sirvieron juntos en la División Azul y, por lo que parece, ya en aquella campaña se produjeron determinados comportamientos que aconsejaron a Milans del Bosch rebajar su confianza en Armada. Sorprende por tanto, que el teniente general se embarcara el 23-F en una aventura de tal envergadura, fiando exclusivamente en las consignas de Armada, cuando se tuteaba con el monarca y tenía la posibilidad de contrastar con él cualquier información.

Loar las virtudes de un militar de honor como Milans del Bosch no es incompatible con reconocer su condición de franquista irreductible, partidario del puñetazo sobre la mesa y de pasarse por el arco de triunfo todas las «zarandajas democráticas». A quien en realidad le corresponde el mérito de haber hecho fracasar el golpe militar en el ámbito doméstico es al teniente general Gutiérrez Mellado, por su mostrada habilidad para anticiparse a la jugada. Sin restar mérito a su valeroso comportamiento en el Congreso, lo que puso verdaderamente en valor su actuación fue haber ascendido en 1977 a Milans del Bosch al cargo de teniente general, propiciando así su nombramiento como Capitán General de la III Región Militar con sede en Valencia. Obviamente, su principal objetivo era apartarlo del mando de la Acorazada Brunete. De haber estado el teniente general al frente de esta división el 23 de febrero de 1981, es muy posible que la historia se hubiera escrito de otra manera. En último término, lo verdaderamente relevante de todo aquello fue que Giscard D'Estaing y Willy Brandt no estaban dispuestos a permitir de ninguna forma en Europa la reedición de viejos autos sacramentales y contrarreformas con sabor tridentino. Los dos mandatarios europeos fueron quienes, en último término, le hicieron ver al sucesor de Franco que aquella aventura no tenía ningún futuro. En la actualidad, cada vez se hace más complicado enmascarar hechos históricos y de repente se hace la luz al desclasificarse un informe del ministerio germano de Exteriores, sobre las conversaciones mantenidas por el monarca con el entonces embajador alemán Lothar Lahn: «Los cabecillas solo pretendían lo que todos deseábamos, que no era otra cosa que la restauración de la disciplina, el orden, la seguridad y la tranquilidad. La responsabilidad del golpe no debe recaer sobre los cabecillas, sino sobre Adolfo Suárez que despreció a los militares. Habrá que influir en el Gobierno y en los tribunales, para evitar un castigo demasiado severo a los golpistas, que sólo pretendían lo mejor». ¡Fantástico! Y como

España es un Estado de Derecho, tito Jaime fue condenado a treinta años de los cuales cumplió ocho y yo me fumo un puro, mientras interpreto el *Cara al sol* en versión rap.

Al servicio del rey y de la banca

María Eugenia y Silvia Alonso Fernández-Miranda se quedaron sin padre siendo muy jóvenes. Durante años colaboraron conmigo en la dirección regional de BANIF y cultivamos una sincera amistad. Su tío materno, Torcuato Fernández Miranda, ejerció de padre de ambas y tuve ocasión de contrastar la inteligencia y categoría humana de aquel insigne personaje. Fue un animal político que no tenía espíritu de divo y, dentro de los límites que le fueron permitidos, mantuvo siempre una independencia intelectual; afortunadamente para él, no formó parte de ninguna de las familias del Régimen. De haber pertenecido a alguna de ellas, acumulaba sin duda mayores méritos de liderazgo que Carlos Arias para sustituir a Carrero Blanco.

Me consta que murió satisfecho al no haber tenido que pasar a la historia como el pregonero de la muerte del dictador. Torcuata Fernández Miranda fue un hombre sabio y el más hábil tramoyista que tuvo la transición. Lo definiría como alguien que abogaba por el bien común, pero que no se hubiese dejado matar por defender la democracia. Hacía las cosas, simplemente, porque correspondía hacerlas, considerando que era lo mejor para los españoles.



Torcuato Fernández Miranda. *No pudo hacer más de lo que hizo.*

Resulta sencillo para un *broker* medianamente cualificado actuar en periodos de bonanza bursátil; la auténtica dificultad estriba cuando hay que afrontar un periodo de crisis. En dos ocasiones tuvimos que enfrentarnos al más difícil todavía, al vernos forzados a obtener beneficios de una cartera con una Bolsa a la baja. La primera de ellas fue con la cartera del monarca y ya anticipo que ni él, ni el jefe de su Casa lo exigieron. El inefable presidente de BANIF, Manuel de Arburúa, excelente cazador de perdices, debía de estar a la altura, en su cita anual al ir a rendir cuentas ante el jefe de la Casa de Su Majestad. Hubo que recurrir a la imaginación. No voy a abrumarles con los detalles y tan solo voy a darles unas pistas: como ya he comentado con anterioridad, antes de la informatización de la Bolsa, los Agentes de Cambio y Bolsa disponían de una semana para liquidar sus operaciones y en consecuencia para adjudicar a uno u otro titular cada una de las partidas compradas o vendidas. En un colectivo tan «respetable», los monárquicos por tradición, vasallaje o conveniencia, ganaban por goleada y no hizo falta incentivarles en su fidelidad a la corona. La sociedad Privanza del grupo BBV administraba la otra mitad de la regia cartera y rivalizábamos para presentar mejores resultados. Siempre quise ser rey para no tener que molestarme en pedir a nadie que deseara lo mejor para mí.



El difícil equilibrio de la monarquía.

Mucho más que todo eso, me preocupa el caso del chico ese Iñaki. Muchos se rompieron durante años los cuernos en el Barça, para insuflarle los valores inherentes al club; se nos va a la Casa Real, se lía con unos políticos corruptos (valga la redundancia) y adiós principios. Si nos quedamos con la esencia del suceso, el caso del duque de Palma no difiere en absoluto del comportamiento de la inmensa mayoría de quienes acceden a parcelas de influencia y de repente ven sus mentes nubladas y presas de irrefrenables impulsos, que les conducen a cometer toda clase de tropelías. En condiciones normales, el escándalo no se hubiera aireado, pero sucede que de cuando en cuando se ventila alguna trama que de sus flecos pende algún «excelentísimo señor». De haber detectado con anterioridad la Fiscalía la implicación de un notable de tal calibre, nadie hubiera oído hablar ahora del caso Palma Arena y el cañonero «Urdanga» seguiría tan campante con su camiseta colgada en lo más alto del Palau Blaugrana y su estatua de cera, ubicada junto a la de la familia real. Llegado el caso y en aras del bien común, al gobierno de turno no le temblará el pulso para utilizar la potestad que democráticamente le concedieron los ciudadanos, para conceder indultos a quienes más méritos acumulen por su contribución a la sociedad, tal como hizo Alfredo Sáenz con su sociedad bancaria o el duque de Palma con su sociedad Nóos. No se puede decir que el comportamiento de nuestro monarca haya sido impecable mandando a su yerno a Estados Unidos para ver si colaba, contando para ello, con la inestimable colaboración de otro insigne beneficiado por la justicia —el «privilegiadamente informado» Cesáreo Alierta— que le procuró al innoble duque la representación de Telefónica en el «Nuevo Mundo», con la desinteresada colaboración de los sufridos accionistas de las «matildes»¹, que corrieron con los gastos.

Víctimas propiciatorias y «esquiladores» impunes

La de BANIF es una vasta historia, que en su etapa pre-Botín —y tal como anticipé— pudo presumir de garbanzo negro en la persona de Jaime Soto López-Dóriga, quien tras utilizar a la entidad de plataforma para saltar como consejero-delegado al Banco Hispano Americano y situarlo al borde de la suspensión de pagos, se alió con el incalificable Manolo de la Concha, Síndico-Presidente de la Bolsa de Madrid, para fundar Ibercorp y montar un nuevo expolio que estalló en 1992. Abusando de la confianza que el gobernador

del Banco de España, Mariano Rubio, depositara en la persona de De la Concha, fue elegido como coartada y a la vez como cabeza de turco para diseñar una auténtica chapuza financiera.

Jaime Soto sufrió sin duda el síndrome de la ambición sin freno, que es el castigo bíblico que un año más tarde haría estragos en la persona de su buen amigo Mario Conde. Uno de los directos damnificados de Ibercorp fue Juan Antonio Ruiz de Alda, que vivió con inmensa tristeza los últimos meses de su vida —cercenada por un fatal accidente— a causa de la traición de Soto, que lo había acompañado desde la fundación de BANIF.

Es de justicia romper una lanza en favor de Mariano Rubio. El participar en una sociedad familiar domiciliada en el extranjero no es a priori ningún delito. Determinados medios de comunicación al servicio de intereses políticos consiguieron hacer creer a una pintoresca opinión pública que mantener participaciones fuera de España —integrado en un grupo familiar— es en sí mismo sinónimo de corrupción. Tras el revuelo mediático y múltiples presiones políticas, una mediatizada justicia solo pudo condenar a Rubio por tráfico de influencias. Este era un novedoso delito incluido en el Código Penal, apenas cuatro años antes, y que de haberse aplicado con retroactividad hubiera acabado con todos los políticos, grandes empresarios y altos funcionarios en la mazmorra.

Mariano Rubio había depositado toda su confianza en su viejo amigo Manolo de la Concha, ex síndico de la Bolsa de Madrid, que desde Ibercorp gestionaba su cartera de valores. De la Concha tenía conferido poder por parte del titular y podía, por tanto, hacer y deshacer a su antojo. El auténtico delito de Mariano Rubio fue confiar en quien decía ser su amigo, que haciendo un uso inicuo de la confianza otorgada, utilizó la cartera de valores del Gobernador y la de otros clientes como plataforma para montar una burda estafa. Si en BANIF se hubiera producido un suceso similar al de Ibercorp —habida cuenta de que allí se administraban las carteras de las más altas personalidades del reino—, podría haberse provocado una crisis institucional de dimensiones y consecuencias imprevisibles. Manolo de la Concha no era un *broker* cualquiera; era un fedatario público, que había dejado la presidencia de la Bolsa de Madrid para fundar Ibercorp y conseguir una ficha bancaria —aprovechándose de un inmerecido prestigio institucional— para perpetrar a partir de estas credenciales una premeditada estafa.



Manolo de la Concha.

¡Dios santo la que lió!

A Jaime Soto, a Manolo de la Concha y a su socio Benito Tamayo, les correspondía cumplir una condena entre 15 y 17 años, pero... ¡oh, casualidad!, durante los siete que duró el proceso, desapareció el cargo de falsedad y fueron condenados a un año de prisión. Del caso Ibercorp derivó otro delito fiscal imputable a Rubio y ya he dicho que tal circunstancia era cuasi inevitable para la inmensa mayoría de políticos y altos cargos,

cuya vida había transcurrido a caballo entre la dictadura y la transición. Al no haberse producido la ruptura con el franquismo, el continuismo tras un régimen autocrático siempre conlleva inconvenientes. Durante cuarenta años, poca gente hacía declaración de renta y la mayoría de quienes la hacían falseaban sus datos. El relajó era todavía mayor entre los afectos al Régimen, que, en su tiempo, tenían en todo momento las espaldas bien cubiertas. Si surgía algún problema, no tenían más que llamar al subsecretario correspondiente, antiguo camarada y asunto liquidado.

Tanto a Mariano Rubio como a la mayoría de altos cargos se les presentó un gran dilema con la reforma fiscal de Fernández Ordoñez y la consiguiente amnistía. Si se acogían a la misma, aflorando el patrimonio no declarado, la oposición y la prensa los hubieran masacrado; era fácil adivinar los titulares: «El Gobernador del Banco de España ha ocultado durante años al fisco parte de su patrimonio». La alternativa era no acogerse a la amnistía, continuar sin declarar y encomendarse a santa Rita. Mariano Rubio pecó de ingenuo y sobrevaloró su impunidad; otros políticos optaron también por la política del avestruz, aunque asegurando la jugada y optando por enviar sus dineros a algún paraíso fiscal o bien situándolo en un soporte de dinero negro de los que abundaban en la época y de cuyos residuos nos podrían hablar largo y tendido el fundador de Gescartera y el ex diputado e ilustre notario Luis Ramallo.



Mariano Rubio. *Un caso digno de estudio entre los chivos expiatorios. Un ingenuo querubín, comparado con algunos de sus verdugos.*

Manolo de la Concha no solo no dedicó ni un segundo a buscar una solución fiscal al patrimonio de su cliente y amigo —lo que era totalmente factible—, sino que lo dejó intencionadamente al descubierto cuando Ibercorp y Banco Ibercorp fueron intervenidos. Tenía el convencimiento de que la presencia de Mariano Rubio entre los damnificados le salvaría el cuello. La villanía de De la Concha le costó a Rubio el tener que pasar por la cárcel. No debió servirle de mucho argumentar ante el magistrado que la responsable indirecta de sus desajustes fiscales había sido la peculiar política fiscal de Franco. El pacto entre franquistas y demócratas exentos de legítima representatividad se sustanció en la llamada Transición, sin excesivas complicaciones y con connotaciones de punto final, pero cualquier funcionario o responsable público, imbricado en el anterior régimen, estaba potencialmente condenado a enfrentarse —en el momento menos pensado— a un triple salto fiscal y además sin red.

Mientras escribo este párrafo, me entero del fallecimiento de Manolo de la Concha a sus 77 años; no lo había vuelto a ver desde que saltó el escándalo de Ibercorp y por un momento me he parado a reflexionar. Me pregunto una vez más si vale la pena complicarse la vida de tal forma y permitirse un error de cálculo de tamaña magnitud, cuando uno tiene de sobras solucionada su vida y la de diez generaciones más. Solo podría

entenderse si el procesado contara con previas garantías de impunidad judicial, que le permitieran conservar íntegramente los caudales expoliados —tal como sucedió en su caso y con la mayoría de delincuentes de cuello blanco—. No se me olvida lo que me dijo un día un magistrado al respecto: «No puedo asegurar que llueva, pero si me asomo por la ventana y veo que todos los transeúntes llevan el paraguas abierto, una de dos; o llueve o el mundo se ha vuelto loco».

La estafa de Ibercorp hubiera sido una más, entre las que se ven implicados determinados políticos y que siempre quedan impunes, pero en aquel caso llevó aparejado un grave error de cálculo por parte de Mariano Rubio, al no visualizar que los socialistas no cuentan en absoluto para quienes de verdad diseñaron la transición. Debió de esperar para trepar a que llegaran los suyos. Aquel par de estrafalarios muchachos con chaqueta de pana y gracejo andaluz eran un elemento decorativo más, en un proyecto de largo recorrido y a los que podrían utilizar a su conveniencia. El amparo de un cándido PSOE nunca será una buena decisión si te pillan en un renuncio de estas características. Con toda seguridad, Rubio no hubiera sido condenado de haber ejercido bajo el influjo de la derecha postfranquista; obviamente no por ser derecha, sino por el calificativo que la adorna. Mientras se mantenga el actual «régimen» político, no es fácil que vean pasar por la cárcel a ningún alto cargo del PP y mucho menos a ninguno de sus ministros. He sido testigo a lo largo de más de un cuarto de siglo del «conchabeo» azulón de las Españas: «Oye, Borja-Mari, de tu tema no debes preocuparte; mi padre apadrinó a don Anselmo, el del Supremo; y no vamos a dejar a uno de los nuestros en la estacada». Esto, que puede sonar a chiste, es una circunstancia más real que la vida misma y que en un centenar de ocasiones he visto producirse a mi alrededor. La historia continúa hoy más viva que nunca, transmitida por herencia familiar a hijos y nietos. A lo largo de dos décadas constaté esta realidad compartiendo cuartel con algunos apellidos ilustres: Martín Artajo, Merry del Val, Arburúa, Suances, Ruiz de Alda, Delclaux, Milans del Bosch, Camero del Castillo, Ybarra, Usera, Escámez, López-Dóriga, Domecq, Caballero, Terry, etc. Añadan a ellos a los March, Del Pino, Entrecanales, Villar Mir, Fierro, Prado y Colon de Carvajal, el condado de Fenosa, los Albertos y comprobarán que la lista coincide exactamente con la prole de quienes colaboraron desinteresadamente a financiar «la guerra de papá». Presencié, con asombro, cómo a finales de los ochenta el ex ministro de Franco, Sánchez Bella, traficaba con oro, diamantes y piedras preciosas, con una impunidad alarmante y con una cartera de ilustres clientes que hacían cola en la antesala de su despacho. A ningún comisario de policía se le hubiera ocurrido meter allí la nariz.

Será porque al final uno a todo se acostumbra, pero con el tiempo tampoco me pareció tan extraordinaria toda esta movida. No deja de ser un modelo estándar y un calco de lo que acontece, por ejemplo, en un país de mayor tronío que el nuestro y con gente mejor preparada, como es la extinta URSS.

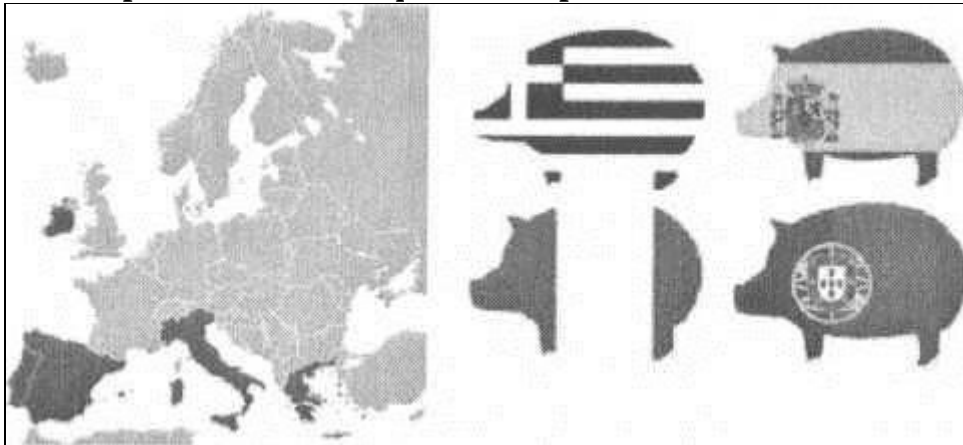
Un ex alto cargo del KGB es hoy su «democrático» y oficioso presidente y los hijos de antiguos miembros del Soviet Supremo son ahora —tras el tránsito de la dictadura a la «democracia»— los multimillonarios capitalistas que pacen tranquilamente dentro y fuera de la nueva Rusia. No hay razón que nos legitime a mirar de arriba abajo a los rusos.

Durante un tiempo, me relacioné con Enrique de la Concha, hermano de Manolo y Agente de Cambio y Bolsa, destinado en Barcelona. Era un buen chico aunque algo peculiar. En la Barcelona preolímpica, existía en la parte alta de la avenida Diagonal un pintoresco carril-caballo, que procedía según parece de un antiguo derecho de

servidumbre. Era una franja de tierra que había utilizado esporádicamente algún marqués —socio del Club de Polo— para darse un garbeo a lomos de su corcel frente al palacio Real. Pese a haber vivido toda mi vida en Barcelona, les puedo asegurar que no me había enterado de aquel folclorismo. No me pregunten cómo se enteró Enrique, pero a los dos meses de llegar a Barcelona, enfundaba su testa en un casco de jockey con *glamour* y Diagonal arriba, Diagonal abajo, paseaba a lomos de su yegua saludando al personal como si de la Feria de Abril se tratara. Se empeñó en que le acompañara en su cabalgada —supongo que para estrechar relaciones y que le pasara más órdenes de Bolsa—, pero me resistí como gato panza arriba. A él le podría parecer muy normal, pero traté de explicarle que si algún cliente o amigo me descubría por la Diagonal a lomos de una jaca, corría el riesgo de ser lapidado sin compasión. Y es que esos madrileños son muy suyos y acostumbran a ir a su bola.

Peculiaridades de los países PIGS

Habría que darle la vuelta a la mentalidad de los países PIGS (Portugal, Italy, Greece, Spain), que han crecido al amparo de la moral católica, de la ortodoxa y de su redentora absolución. En el mundo de las finanzas, las cosas no son blancas o negras, pero he podido constatar a lo largo de mi carrera, que la sociedad anglosajona y la moral calvinista parten con clara ventaja en el apartado de las honestidades y en especial, en la consideración de la inmensa mayoría de actores financieros respecto a quienes depositan en ellos su confianza. Los pillos son allí excepción, mientras que en los países meridionales conforman la regla.



Los países PIGS. Unidos por la religión y la absolución de los pecados.

No es cuestión baladí, que diferentes organizaciones religiosas cuyo inconfesado lema es «por el poder hacia Dios», estén fuertemente enraizadas en los más altos estamentos de la cúpula financiera, velando por los principios morales de unos seglares, de cuya actuación tenemos cumplidas referencias. No podemos pretender que sea de distinta forma, si los ungidos y penitentes asesores, pertenecen a una organización eclesial cuyas credenciales morales son los millones de casos de violaciones y abusos sexuales perpetrados a menores, a lo largo y ancho del orbe terráqueo. Aparte del Opus Dei, que dentro de la más pura tradición franquista se mantiene desde hace años infiltrado entre las élites financieras hispanas —al igual de lo que sucede en la mayoría de países periféricos—, son los Legionarios de Cristo, los que más activos se han mostrado en las últimas décadas como mecenas espirituales de los magos de las finanzas en nuestras latitudes. Solo hay que constatar la trayectoria vital de su «santo» fundador, para deducir los

dictados de ejemplaridad moral que son capaces de impartir entre sus huestes mundanas. No voy a ser yo pobre mortal, quien diagnostique sobre la extracción divina y la legitimidad celestial de una determinada iglesia, pero al igual que cualquier persona que esté dispuesta a informarse, poseo suficientes evidencias para opinar sobre la condición moral de buena parte de sus contaminados catecúmenos. Algunos autores incluyen a Irlanda entre los miembros PIGS, pasando a denominar a este grupo de países como PIIGS. Un argumento más, que respalda la teoría de que en la deriva en este caso, de un país anglosajón, influye mucho más la permisiva ética de una religión con excesiva carga de predestinación y terrenal redención, que las connotaciones raciales o el ámbito geográfico. El caso inverso lo encontramos en Francia, donde sus especialísimas circunstancias, derivadas de haber albergado en su seno la Revolución Francesa, nos permite sacar conclusiones respecto a los comportamientos y a la gran capacidad de adaptación al medio de la Iglesia institución. La Revolución propició entre 1789 y 1799, la muerte de 2.400 clérigos (1.300 ejecutados públicamente); veinte mil de ellos abandonaron el sacerdocio y entre treinta y cinco y cuarenta mil emigraron. Los que se quedaron, asumieron los preceptos de la Revolución. El aviso no cayó en saco roto y sin duda determinó la posterior historia y las actitudes de la religión católica en el país galo. La Iglesia ya no podía reclamar sus derechos prerrevolucionarios de obediencia y aceptación entre el pueblo, ni lo que es más importante, recuperar su antiguo monopolio sobre la moralidad y la ética. Todo lo contrario de lo que sucedió en España, Portugal e Italia, así como en la ortodoxa Grecia.

Siempre me llamó la atención, la defensa a ultranza de muchos fieles ante los desmanes de unos eclesiásticos, que no dudan en ponerse el sexto y noveno mandamiento por montera, atentando además contra el código penal en sus artículos 74, 178 y 179. Intentan estos buenos cristianos justificar a sus pastores, colocando en el otro plato de la balanza, la labor que hace la Iglesia ayudando a los más necesitados. Hace poco, mantuve una larga conversación con un eminente nacional-católico, que desconociendo mis itinerarios, me venía reiterando tales argumentos. Por cuestiones de índole familiar, he tenido que desplazarme en una docena de ocasiones al Líbano y al corazón de Palestina; se sorprendería le dije, de la abnegada labor social desarrollada allí por Hezbolá y Hamás a través de sus *madrasas*; pero ello no exime a estas organizaciones de responsabilidad, cuando hacen saltar por los aires un autobús repleto de niños hebreos. Tan solo le quedó al buen hombre, el triste y tópico recurso de implicar en tan vergonzante actuación, al colectivo de bomberos y peritos agrónomos, argumentando que entre sus miembros también se dan casos de pedofilia y nadie se mete con ellos. Lo dejé por imposible, pues me molesta sobremanera, que la gente intente arremeter contra la limitada inteligencia que en su infinita bondad, Dios dispuso concederme. Normalmente, las cosas no acontecen por casualidad; el grupo de países PIGS, se corresponde con los que conservan claras reminiscencias de precedentes dictaduras militares de corte fascista, que han derivado en sistemas de perfil mafioso con interferencias clericales. En su momento, nada fue más fácil que poner de acuerdo a dos organizaciones de carácter jerárquico y alérgicas a las libertades, especialmente si una toca el palo de la política y la otra el de la religión, cerrando el círculo que atenaza la vertiente física y espiritual de las gentes y conformando el paladín ideal de sus sueños más eróticos: mitad monje, mitad soldado.

A raíz del segundo fiasco empresarial de la familia Ruiz Mateos y de su Nueva Rumasa, el informe de la Fiscalía Anticorrupción, desvela donde fueron a parar una parte

de los ahorros de los incautos tenedores de pagarés que confiaron en esta familia de bendecidos delincuentes. A pesar de que se escenificó que las relaciones de la familia con el Opus Dei se habían deteriorado a finales de los ochenta —por los ataques de su patriarca a Rafael Termes y Luis Valls Taberner— las aportaciones del clan a la Obra, no se han interrumpido en los últimos años: Donación de la mansión «Sextante» (casa de retiro para miembros supernumerarios), aportación de 60.000 euros mensuales a lo largo de 10 años, más otros 25.000 euros mensuales de contribución al «santuario» de Torreciudad. Fueron asimismo recurrentes a partir de 2006, 30.000 euros mensuales destinados a la escuela de negocios de la Universidad de Navarra (IESE). Un prestigioso profesor de esta institución, fue precisamente el encargado de tasar el valor de las reservas de Jerez de las bodegas de Nueva Rumasa, cuyas conclusiones fueron el principal argumento para publicitar la campaña de pagarés, que han acabado por esquilmarse a un puñado de místicos ahorradores sin distinción de creencias.

Coincidiendo con el acceso al poder de José María Aznar, la nueva aristocracia financiero-religiosa que sentó sus reales en España, fue la de los Legionarios de Cristo, que disputó con éxito su supremacía frente al Opus Dei. Los Ruiz-Mateos, se volcaron también con esta organización sectaria y sus aportaciones dinerarias se incrementaron, tras conocerse la delictiva vida de su padre fundador Marcial Maciel. Sus donativos de 150.000 euros mensuales a partir de 1996, representan la partida más generosa de este peculiar Robin Hood andaluz y de su tribu, que robaban los ahorros a quienes ingenuamente perseguían la máxima rentabilidad sin atender al riesgo, para entregárselos a los hijos espirituales de un auténtico degenerado.

Siempre resulta ingrato referirse a cuestiones de carácter político y religioso especialmente cuando no constituyen el tema fundamental del debate ya que suelen manifestarse polémicas y odiosas para quienes se sienten aludidos, pero a medida que fui entrando en materia, me di cuenta que por lo que respecta al caso español, resulta imposible orillar estas dos variables al abordar la actuación de nuestra oligarquía económica y financiera, si es que pretendemos obtener una adecuada respuesta. Un régimen de partidos de perfil endogámico consensuado con los miembros más irreductibles del franquismo, tenía que dejar a la fuerza huella. Diputados sujetos a una férrea disciplina de partido, que conforman las listas electorales en función exclusiva de su servidumbre al aparato. Una organización jerárquica que si la despojamos del barniz democrático, no desmerece en absoluto de un Soviet Supremo. Congresistas y senadores no son en este País, individualmente responsables de sus actos políticos. España es una especie de Fuenteovejuna política en la que cualquier responsabilidad queda siempre diluida en la dispersa oscuridad de la tribu. Este sistema organizativo es el que permite al jerarca de turno, ser el sólido interlocutor de los lobbies financieros dominantes, que siempre tendrán preparado un trueque que beneficiará a ambos. No es baladí el hecho, de que hayan sido precisamente los países PIGS, los más recientes protagonistas de regímenes dictatoriales de corte fascista. Los coroneles en Grecia, el franquismo en España, las rosas que se trocaron espinas en Portugal y la Italia de los neofascistas y misinos que sigue venerando a la nieta de Mussolini y cuya discrepancia con el que fuera líder del MSI Gianfranco Fini, y hoy hombre fuerte de Italia, se reducía al hecho de que este último se mostraba crítico con el antisemitismo. Cultura política, religión y responsabilidad ciudadana, son las tres variables que combinadas aleatoriamente, arrojan siempre los mismos resultados. Afectada por las consecuencias del fascismo nazi, nos

encontraríamos también con el caso de Alemania, pero una cultura de país, una religión comprometida con la ética y una conciencia social, inmunizaron al pueblo germánico de los efectos secundarios de una ideología perversa. Algo parecido aconteció en la etapa colonial, sobre cuya herida no hace falta hurgar demasiado. Solo cabe comparar la América colonizada por católicos meridionales y la colonizada por protestantes anglosajones. En otras latitudes nos tropezamos con los ejemplos de Australia y Filipinas. No creo que resulte baldío, pararse un momento a reflexionar sobre estas evidencias desgraciadamente inmutables. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que situaciones como esta, puedan ser revertidas. Incluso cambiando el curso de la historia con carácter retroactivo, no lograríamos intercambiar ni voluntades, ni actitudes. Correspondería a los antropólogos dar respuesta a tan ingrata realidad.

Debo prevenir al lector de que cabe la posibilidad de que un servidor esté diametralmente equivocado en sus conclusiones y que pudiera darse el caso de que represente un mérito sin precedentes el haber evangelizado el Nuevo Mundo con la única y verdadera fe. Que tras empalar a los más rebeldes, hayamos dotado a aquellos pobres desgraciados de una lengua que ni en sueños hubieran imaginado y que es hoy una referencia en el último rincón del Planeta; con el mérito añadido de que jamás se le ocurrió semejante iniciativa a anteriores ni posteriores colonizadores. Que pusimos en práctica un mestizaje que no es producto de primarios instintos, sino que fue inteligentemente diseñado, para elaborar una raza que se ha significado como punta de lanza de la civilización occidental. De ella han surgido los mayores genios de la humanidad, dejando bien patente que los suecos nos tienen una envidia malsana, ya que desde que se instauró el Nobel de las ciencias, no han hecho otra cosa que beneficiar descaradamente a los representantes de todas las Pérfidas Albiones. Dimos muestras una vez más, de pueblo poseedor de una sabiduría sin límites, al enfrentamos en 1936 a una guerra fratricida que jugó benéficamente en favor de los buenos españoles. Reiteramos nuestra ancestral habilidad, al consentir durante cuarenta años, una dictadura regeneradora de nuestros vicios e insanas costumbres. Llevamos a cabo una Transición ejemplar hacia la democracia, sin perturbar la paz de quienes se habían constituido en verdugos de media España, dirigida con suma habilidad por el sucesor que Franco paternalmente nos designó. Nos dotamos de una Constitución que es envidia de propios y extraños, que nos ha conducido a logros tan indiscutibles como los de que «España va bien» y que «estamos sólidamente posicionados en la Champions League de los países europeos». Ni en sueños podíamos haber imaginado algo mejor.

Capítulo 7 La banca de inversión, arma de destrucción masiva

Culpables de cargo y autores intelectuales

¿ES el fabricante de un cuchillo el responsable de que con él se cometa un homicidio?

¿Son las hipotecas *subprime* las últimas responsables de haber desencadenado una crisis mundial?

¿Es la especulación financiera de altos vuelos un mal necesario para que fluya la economía?

Mientras la humanidad se distraía con Bob Dylan y los Beatles, el «Gran Sanedrín Financiero» construía un entramado con la premisa de que no existiera alternativa y asegurándose de que su eventual ausencia provocara el inmediato colapso de las finanzas mundiales. Las películas de extraterrestres lo expresan muy bien, con esos parásitos que se adhieren a los cuerpos y que se constituyen en imprescindibles, debido a que su extirpación implica la muerte del sujeto.

Era cuestión de tiempo que la pirámide se desplomara. Pretender que se autocontrolen quienes actúan como custodios banqueros y especuladores a la vez equivale a encargar a las zorras el cuidado de las gallinas. Dejar en manos de quienes persiguen obsesivamente su propio enriquecimiento los canales de financiación del mundo —con la supervisión de unas sociedades de *rating* que indirectamente también controlan— lleva aparejado el riesgo de condenar a la esclavitud a quienes se endeudaron por encima de sus posibilidades y a la indigencia, a quienes depositaron sus ahorros en inversiones que se manifestaron fraudulentas, mientras sus promotores quedaban impunes.

Si la crisis de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos hubiera quedado circunscrita al hecho de que un sector de población insolvente y financieramente analfabeta no podía hacer frente al pago de su cuotas, muchas entidades hipotecarias hubieran sufrido las consecuencias y se hubiesen visto obligadas a declararse en quiebra, pero el problema para el resto de los contribuyentes hubiera quedado reducido a la demanda de un mayor esfuerzo fiscal para paliar un puntual déficit. A principios de los ochenta, se produjo en Estados Unidos una crisis de similares características con especial incidencia en las cajas de ahorros (Savings & Loans Associations) y no por ello se hundió el mundo. Hasta entonces, estuvieron sometidas al control de organismos comunales con reglas muy estrictas. Con la llegada de un *boom* inmobiliario en USA, la reglamentación de las S & L fue flexibilizándose, apareciendo los excesos y la alegría en la concesión de los préstamos. La posterior y brusca caída de los precios, junto con la alta morosidad, provocaron que la mayoría de aquellas instituciones tuvieran que declararse en quiebra, ya que en aquella ocasión el gobierno federal no fue tan rumboso con las entidades de crédito, al considerar que no existía riesgo de que se desencadenara un efecto dominó. El daño causado por la crisis de las cajas de ahorro americanas se cifró en 150.000 millones de dólares de 1984. Es preciso modificar pues la generalizada creencia de que los humanos son los únicos animales que tropiezan dos veces en la misma piedra; en realidad, en la siguiente ocasión,

suelen tropezar con otra de mayores dimensiones. ¿Cuál es la diferencia entre la crisis de los ochenta en EE.UU. y la primera del siglo XXI? La respuesta no puede ser más sencilla; en aquella ocasión, no interfirieron los bancos de inversión con sus prácticas dolosas.

A mediados de los noventa, bancos e instituciones hipotecarias estadounidenses, enzarzados en una absurda competencia e ignorando de nuevo los más elementales criterios de prudencia financiera, empezaron a conceder préstamos hipotecarios a titulares insolventes, incluso con dificultades para subsistir. Cuando fueron conscientes de las consecuencias, optaron por la huida hacia delante y empezaron a emitir cédulas hipotecarias con el soporte de las hipotecas basura. Otros bancos de negocios —víctimas en buena parte de las sociedades de *rating*— adquirieron estos títulos y decidieron combinarlos con activos tóxicos de su propia cartera, complementando el paquete, con futuros, *swaps* y contratos a plazo. Pensaron que con ello mejoraban la calidad del producto final, cuando en realidad era todo lo contrario. Fieron a que, en condiciones normales de mercado, la conjunción de unas cédulas hipotecarias (hasta entonces consideradas valor de refugio), junto a los futuros incorporados, compensaría el impacto negativo de sus propios activos dudosos y, por lo tanto, lograrían equilibrar el resultado final de un engendro con el que inundaron el mercado norteamericano y el de medio mundo. Irrumpieron en escena las sociedades de *rating* con Moody's y Standard & Poor's a la cabeza, adjudicando a estos productos, altas e injustificadas calificaciones, apoyándose más en la fama del emisor que en la solvencia del producto. Buena parte de estos activos registraron pronto una devaluación superior al 60% y el resto se manifestaron incobrables, obligando a Lehman Brothers y a distintas entidades emisoras a declararse en quiebra. De la misma forma que un resfriado puede desencadenar una patología latente en un cuerpo debilitado, aquel fue el detonante que provocó la reacción en cadena, que recorrió todos los países y que acabó provocando un alud económico de imprevisibles consecuencias. Posteriormente, intervinieron otras variables de mayor complejidad que no son de fácil exposición, pero voy a esforzarme en hacerlas comprensibles para el lector no especializado: imaginen que depositan sus ahorros en un banco o en un *broker-dealer* y un buen día se presentan en sus oficinas y les dicen que usted no consta para nada y que su dinero ha desaparecido. No piensen ni por un momento que estoy elucubrando; eso es lo que les sucedió exactamente a los clientes de MF Global en septiembre de 2011. MF Global era un «*Primary Dealer*» de la Reserva Federal de Estados Unidos con 40.000 millones de activos. ¿Qué había ocurrido? Pues nada menos que se puso al descubierto buena parte de la letra pequeña que se escondía tras el *crack* de 2007 y que habían obviado quienes tienen facultad para hacerlo. No se trataba de la puntual mala praxis de una determinada sociedad; tenía una dimensión global y afectaba profundamente a todo el sistema. Si acudimos a un intermediario financiero para invertir en el mercado de futuros y queremos apalancar nuestra inversión, deberemos ofrecer lo que se llama un *colateral* como garantía para cubrir nuestras posiciones. Si queremos tomar una posición de 3.000 euros, deberemos normalmente depositar 300. Supongamos que el activo adquirido gana un 10% en el periodo establecido; en este caso, habremos doblado nuestra inversión, pero si lo pierde nos quedaremos sin nada. En un mercado volátil, es habitual que el intermediario nos solicite un *margin call*, o sea, que depositemos un mayor *colateral* que cubra un superior riesgo de pérdida. Esta práctica se conoce como *hypothecation*. ¿Qué sucede cuando el intermediario coge el activo pignorado y lo utiliza como nuevo *colateral* para apalancar otras operaciones por su cuenta? Pues lo primero que

sucede es que, en la práctica, nada ni nadie se lo impide y lo segundo es que el colateral que depositó el cliente no se utiliza para una sola *rehypothecation* (que es como le llaman), ya que el depósito que dejó en prenda se hipoteca, se rehipoteca y se vuelve a rehipotecar, respondiendo por una sucesión de apalancamientos. Mientras los mercados se orientan al alza, pues todos tan contentos. ¿Pero qué sucede cuando de improviso nos sorprende un *crash* bursátil? Pues que nos encontramos de repente ante un «esquema Ponzi» legalizado; algo parecido y con el mismo resultado a lo que montó Madoff, que arriesgó al salirse del sistema, montando el negocio por su cuenta. De no haber actuado de forma independiente, es posible que no hubiera sido arrojado a la hoguera para purgar sus pecados y el responsable hubiera sido el «sistema», o sea, nadie. En Estados Unidos, está fijado un límite en las *rehypothecation*, que se corresponde con el 140% de la deuda que el cliente tenga con el intermediario, pero, a pesar de que ello ya concede un margen considerable a la pura especulación, no tienen más que transferir la inversión a Reino Unido, que allí no hay límites establecidos y ni tan siquiera se exige el consentimiento del cliente. Estas prácticas actuaron como segunda plataforma acelerando la crisis, tras el detonante de las *subprime*, provocando el colapso de liquidez del sistema (*shadow banking system*) y obligando a todos los bancos centrales del mundo a inyectar masivamente liquidez para compensar la financiación mayorista. No es mi pretensión asustarles pero, según cálculos del FMI, el 50% del *shadow banking system* procede de las *rehypothecation* y de ellos tan solo un 25% tendría contrapartida real. Considerando que el *shadow banking system* asciende en Estados Unidos a 15,5 billones de dólares y que, sobre la mitad de esta cantidad, no llega a 2 billones los que tendrían contrapartida real, representa un agujero de aproximadamente 5,5 billones de dólares, tan solo por lo que respecta a EE.UU. He intentado hacer averiguaciones, pero, por lo que parece, en Europa nadie se ha molestado siquiera en calcular el montante de la avería.

Lucro cesante

La calificación de Lehman Brothers era, según Moody's, superior a la que ostentaba el mejor posicionado de los bancos españoles. A la inmensa mayoría de los clientes del nuevo BANIF, les fueron colocados los estructurados de Lehman Brothers como una operación totalmente garantizada y con riesgo cero; paradójicamente, estaba contemplado como el porcentaje de inversión segura que se incluye en toda cartera para su correcta diversificación, compensando el riesgo de otras inversiones más agresivas. La cadena de irresponsabilidades no se interrumpió en ningún momento desde el diseño del producto hasta el último intermediario. El mismo Lehman Brothers emitió un informe en abril de 2008, reconociendo que había colocado activos contaminados y alertando del riesgo a sus suscriptores. BANIF no solo no informó de ello a sus clientes como es preceptivo, sino que ni tan siquiera se molestó en ordenar que se liquidaran posiciones, a diferencia de lo que hicieron otras entidades tenedoras de Suiza y Bélgica. Me solidaricé, y al tiempo me indigné, con el doloroso testimonio de algunos de mis antiguos clientes, que, desoyendo mis consejos, siguieron vinculados a BANIF. Ignoraba el momento en el que se produciría el descalabro, pero, como testigo de una deriva, sabía que aquel castillo de naipes no podría mantenerse por tiempo indefinido.

No debe extrañar que, cuando una entidad persigue el lucro a cualquier precio, coincidan en su cartera todos los activos contaminados que circulan por el mercado.

Desorbitadas comisiones de colocación corresponden, en la mayoría de casos, a activos de dudosa solvencia. BANIF se convirtió en el mayor contenedor de basura financiera del mercado. Se estrenó con Lehman Brothers y continuó la racha con las operaciones de Madoff, con implicación del hijo y el yerno de Emilio Botín y la sociedad Optimal —con clientes damnificados por un importe de 2.330 millones de euros—, así como el fondo Fairfuld Impala, que terminó pasando el rastrillo. Qué más da si algunas familias acabaron completamente arruinadas; eso les pasó por tener dinero o por haberlo ahorrado; aunque les podría hablar también de alguna fundación humanitaria que fue profusamente esquilmada.

Pecaría por omisión si obviara que Emilio Botín sabe calibrar los riesgos como nadie. Por primera vez en su trayectoria, decidió paliar selectivamente los fiascos de Lehman Brothers y Madoff. Pesó sin duda en su ánimo el hecho de que vástago y yerno no podían salir de su casa, al haber intermediado en cuantiosas operaciones con personas allegadas y pendía sobre ellos la amenaza de ser proscritos socialmente. Otra cosa eran los clientes de menor rango de Morenés y Botín junior —que se enteran de las noticias por la prensa— y que no formaban parte del círculo social de los muchachos. Que nadie crea ni por un momento que Botín da puntada sin hilo y que su banco vaya a perder ni un solo euro con las teóricas compensaciones. Hay que constatar, en primer lugar, que los inversionistas institucionales se quedaron sin cobrar. Los agraciados con la magnanimidad de don Emilio no percibirán las compensaciones en metálico, sino a través de un instrumento híbrido que se amortizará pasados 10 años (conozco a varios clientes que no llegarán al vencimiento). Se emitieron un total de 1.380 millones de euros, que es la cantidad que teóricamente se decidió compensar. El banco se dedujo 500 millones por coste contable con cargo a beneficios de 2008 —sobre un importe que, como hemos dicho, no se pagará hasta dentro de diez años—. La diferencia entre lo compensado y lo deducido es bastante inferior al importe percibido por el grupo, en concepto de comisiones de colocación de estos bonos basura. Por otra parte, BANIF ha venido ingresando 42 millones de euros anuales por comisiones de gestión. Los folletos especificaban los conceptos de tales comisiones: «En contraprestación a la tutela que la entidad debe ejercer sobre los fondos gestionados. El *broker-dealer* solo es responsable de la ejecución de las operaciones, no de las decisiones de inversión que son nuestras. Sometemos a una exhaustiva *due dilligence* y a una supervisión constante a los profesionales a los que encomendamos la gestión de nuestros fondos». No deja de ser curioso que el nombre de Madoff no apareciera por ninguna parte, recurriendo a la genérica denominación de *broker-leader*. Tras saltar por los aires todo el montaje, se pueden fácilmente deducir los motivos de este silencio.

Por lo anteriormente reseñado, BANIF y el Grupo Santander, junto a la auditora Price Waterhouse Coopers (la misma que calificó de excelentes las cuentas del Banesto de Mario Conde un mes antes de ser intervenido), están imputados en Estados Unidos por los siguientes cargos:

Conocimiento de que los activos de Madoff eran una estafa, ocultándolo a sus clientes.

Quiebra de sus obligaciones fiduciarias por no ser capaces de detectar el fraude a través de la perceptiva *due dilligence* y no proteger los intereses de los inversores, pese a cobrar elevadas comisiones por hacerlo.

Enriquecimiento ilícito, negligencia y mala praxis profesional.

Si como rezaban sus folletos tenían acceso directo al gestor de los títulos, debieron de

enterarse de que el broker Harry Markopolos remitió a la SEC (*Securities and Exchange Commission*) numerosas alertas (*red flags*) por los claros indicios de que las operaciones de Madoff constituían un fraude. Ignoraron asimismo las recomendaciones de Aksia Société Generale, ACOM y de Atlantic Trust de no invertir en estos *hedge funds* por las sospechas que despertaban.

Javier Marín Romano, consejero-delegado de BANIF desde 2001, responsable directo de los expolios y compañero de golf de Emilio Botín —viendo la que se le venía encima— consiguió en diciembre de 2007 —entre hoyo y hoyo— convencer al gran capo para que nombrara en su lugar a otro consejero-delegado y lo encumbrara a él al puesto de máximo responsable de la división de Banca Privada Global del Grupo Santander. El nuevo consejero-delegado, José Manuel Maceda —sin haber participado en los múltiples desaguizados y por haberse mostrado crítico con la gestión de Marín y de su presidente Sáenz—, fue utilizado como chivo expiatorio y fulminado de su cargo en marzo de 2011. De esta forma, Javier Marín conserva intactas sus aspiraciones a sustituir algún día al indultado Alfredo Sáenz, como consejero-delegado del Santander. Es así cómo funcionan las cosas en esta «familia».

Los disgustos de la «familia»

Luis de Usera Cano no aguantó demasiado tiempo como consejero-delegado de BANIF. A pesar de la influencia de su padre (ex presidente del Banco Hispano Americano), tuvo que abandonar la entidad por «propasarse» con mi compañera Isabel Oliart, hija del que fuera ministro de Interior. Normalmente, estos «asuntos de familia» suelen resolverse con una huida hacia adelante y, como desagravio, Luisito (como le llamaban sus íntimos) saltó de BANIF a director general del Banco Hispano Americano, siguiendo el camino emprendido unos años antes por Jaime Soto López-Doriga. Luisito de Usera era Agente de Cambio y Bolsa y junto a su colega Antonio Morenés se asociaron en la Agencia de Valores Usera & Morenés, falsificando centenares de firmas y utilizando sin su conocimiento los documentos de identidad de jornaleros gaditanos para hacerse con un paquete de acciones de Repsol sometidas a prorratio, que procedieron a revender en bloque a inversores internacionales obteniendo un jugoso beneficio. Dos fedatarios públicos, como quien no quiere la cosa, montaron una estafa y sustrajeron la posibilidad de rentabilizar sus ahorros a medio millar de pequeños accionistas de la petrolera. La Comisión Nacional del Mercado de Valores, para apaciguar los ánimos, tras saltar la noticia a la prensa, propuso una sanción de 33 millones de pesetas para los dos estafadores de cuello blanco pero, con el paso del tiempo y cuando la alarma social se había diluido, un juicio de vergüenza y una condena de compromiso dieron carpetazo al asunto. Como quien no quiere la cosa, Luis de Usera está hoy ejerciendo de ilustre notario en Madrid, por convalidación de su anterior rango de Agente de Cambio y Bolsa. De fedatario público a fedatario público y tiro porque me toca y, en medio de todo ello, un colegio de notarios y unas instituciones que, lejos de sancionar a los tramposos, siguen favoreciendo con supina hipocresía a los cachorrillos corruptos y allegados del franquismo, que al amparo del «Gran Sanedrín» van incrementando sus fortunas sin prisas y sin pausa.

Quince días antes del arresto de Madoff, Javier Botín Sanz y su cuñado Guillermo Morenés, con sus troqueladas tarjetas y alardeando de su alta estirpe bancaria, rindieron visita a distintas entidades financieras, entre las que se encontraban varias cajas de ahorro,

para intentar deshacerse de los fondos que constituían el mayor fraude piramidal de la historia. En ningún momento, las potenciales víctimas fueron informadas de las fuertes pérdidas que había acumulado el producto en el último año. Plantearon la operación como un paliativo a las deterioradas cuentas de estas entidades en el ejercicio de 2008, al tiempo que les ofrecían una elevadísima comisión por las cantidades que colocaran a su clientela, proponiendo la concesión de un préstamo con la garantía de los propios activos de Madoff. Una canallada en toda regla ya que eligieron a sus víctimas entre distintas cajas rurales, que no tenían acceso a ninguna información sobre estos fondos y que fiaban en el prestigio de la familia Botín. Era un anzuelo muy apetitoso, orientado al balance final de ejercicio. En teoría, la entidad incrementaba el saldo de clientes, al tiempo que se beneficiaba de una jugosa comisión, a la que había que añadir el margen obtenido en la concesión del crédito. Un mes antes, se había producido la visita de Rodrigo Echenique a Madoff, en un vano intento por deshacer las posiciones del grupo. El papel de M&B no se limitaba al de representantes de Madoff en España; sus fondos Alternative Advantage Landmark, Optimal Strategic US Equity y el Fairfield Sentry, los gestionaba directamente el financiero norteamericano y ex presidente del Nasdaq. Esta pléyade de respetables pirómanos financieros han conseguido, con su brillante gestión, que España se hiciera con la medalla de bronce entre los países perjudicados por la mayor estafa del siglo, lo cual — en comparación con los flujos inversores de países con mercados que nos cuadruplican en volumen— nos da una idea sobre la participación de nuestras entidades financieras en este fiasco y de la cantidad de damnificados que ha generado.

He ahí algunas alertas emitidas (*red flags*), que solo podían pasar desapercibidas al más inútil de los *brokers*:

Madoff no cobraba ninguna comisión de gestión; algo insólito cuando los honorarios percibidos por cualquier operador eran de un 2% sobre el patrimonio y un 20% sobre los beneficios obtenidos. Otra sospechosa alerta, que se añadía a la de los inusuales réditos que aseguraba a los inversores y las elevadísimas comisiones de colocación que ofrecía a sus colaboradores foráneos.

Todas las comercializadoras de los productos de Madoff (Fairfield, Acces Internacional Advisors, Tremont y BANIF) ocultaron a los inversores que el fondo lo gestionaba Madoff. Insólita actuación, habida cuenta de que cualquier gestor del mundo se afana en sacar pecho, anunciando por todos los medios el volumen administrado con tendencia más bien a hincharlo. También se ocultó este extremo a la SEC norteamericana y al FSA inglés.

La custodia de los títulos la realizaba el mismo Madoff, eludiendo sospechosamente al custodio global o *prime broker* (una cuestión a la que me referí cuando cité la premisas que constituyen el ABC de cualquier inversión mobiliaria, en la que gestor y depositario —por elemental seguridad— no deben nunca coincidir). Madoff combinaba las funciones de broker-dealer con las de custodio, lo cual complica sobremanera verificar la real existencia de los activos que respaldan la operación y poder contrastarlos con los extractos de cuenta.



¡Os tengo bien agarrados por las pelotas!

Madoff actuaba a la vez de fedatario público que intervenía las supuestas operaciones, de gestor, de administrador y de depositario de los activos que nunca existieron; entre tanto, BANIF y el Santander cobraban cuantiosas comisiones a sus clientes por ejercer el control sobre la fantasmagórica operativa. Conozco a clientes que están en tratamiento con antidepresivos, pero Botín y su prole están encantados de haberse conocido, mientras juegan al golf y lucen su chaquetilla roja, abrazándose con el patrocinado Fernando Alonso.

En septiembre de 2002, el Santander envió a Wall Street un equipo para verificar las operaciones de Madoff, supervisado por la abogada suiza Karine Courvoisier. El informe concluía alertando sobre la posibilidad de que los activos gestionados por Madoff no existiesen. Como consecuencia, altos representantes del Santander volvieron a visitar a Madoff para «sugerirle» que, cuando menos, mostrara su buena voluntad situando los títulos en un depositario externo, propuesta que este rechazó de plano. Santander y Optimal pasaron por el tubo y no tomaron ninguna medida para retirar el dinero y proteger a sus inversores. El rescate conllevaba la devolución de las altas comisiones de colocación y elegir entre dejar de ganar unos dineros o amparar de un riesgo cierto a sus clientes no provoca ni el menor parpadeo en el ánimo inquebrantable de la más noble saga de banqueros hispanos. Optaron por un acuerdo con el administrador judicial (*trustee*), por el que su entidad aceptó pagar 235 millones de dólares para eludir la demanda de estafa, aunque las últimas evidencias —probando la reiterada mala fe en las actuaciones— podrían llevar a la autoridad judicial a considerar nulo aquel pacto de conveniencia.

Se sorprenderían de la cantidad de afectados por las operaciones de Madoff en el Santander, que mantienen en secreto su grave avería financiera, para no ser ridiculizados en sus restringidos círculos. Llegado el momento de hacer balance, tras el derrumbe del castillo de naipes y una vez desenmascarado el supuesto filántropo financiero, el administrador judicial Irving Picard, encargado de la investigación, emitió un informe en el que concluye que las distintas instituciones bancarias que operaban en el mundo por cuenta de Madoff recibían un importante incentivo adicional por desviar la operativa de sus clientes hacia los fondos del macroestafador. No existía en todo el mercado otra operación que reportara mayores beneficios al colocador que los activos de Madoff. Picard no solo ha cuantificado el montante del expolio, sino que ha identificado a los expoliadores, cuyo botín sobrepasa los 1.000 millones de dólares. Entre otros, acusa a Morenés & Botín de haberse embolsado 110 millones de dólares extras en comisiones y de 45 millones al BBVA, demandados ambos junto a otros seis bancos internacionales (Citibank, Natixis, Fortis, ABN Amor, Merrill Lynch y Nomura). Estas son las nuevas evidencias, en las que se ha basado el estamento judicial norteamericano, para considerar seriamente la revocación del acuerdo extrajudicial al que llegó Botín, para eludir la acusación de estafa.

Javier Botín y Guillermo Morenés siguen impertérritos tras sus fiascos de Lehman

Brothers y Madoff. Debido a su incalificable gestión, sufrieron una espantada por parte de una escarmentada clientela, pero los Botín y allegados jamás desfallecen. En 2011 y saltándose cualquier concepción ética, se hicieron con más de la mitad de clientes de la Sociedad Venture Finanzas, con el viejo truco de sobornar al mayor ejecutivo de cuentas David Joel. Con tal artimaña, el volumen de negocio de Botín & Morenés en la Bolsa española se disparó del 0,21 al 1,05%, pasando del puesto 47 al 27 en el *ranking* de *brokers*. Doy gracias al cielo por estar jubilado; este tipo de prácticas alevosas y barriobajeras me pusieron siempre de los nervios.

¿Sería una catástrofe si desapareciera la banca llamada de inversión y la actividad financiera regresara a los cauces mucho más controlables de la banca tradicional? En el seguimiento de los bancos de inversión, participa displicente la Comisión Nacional del Mercado de Valores; una institución totalmente inoperante que queda en evidencia cada vez que se le pone a prueba. La CNMV da por buenos los dictámenes de las sociedades de *rating* en un claro ejercicio de complejo de inferioridad ante el asumido prestigio de lo *yankee*. ¿Cuál es pues su función? ¿Qué clase de control ejerce cuando un banco como el Santander le cuela a sus clientes gazapos del tamaño de Lehman Brothers y Madoff?



¿Cuántos millones nos ha dejado la última remesa de primo Bernie?

El historial delictivo del noble clan de los Morenés se remonta a unos cuantos años atrás. Miguel Morenés, conde del Asalto (sería difícil hallar título más apropiado para él), fue figura destacada en la trama compartida por su suegro Bertrand de Caralt, consejero y principal accionista de Asland. Utilizó el dinero obtenido por la venta de la cementera para instrumentar un fraude de colosales dimensiones. En aquella ocasión, Bertrand de Caralt y Miguel Morenés solo tuvieron que ser comprensivos con el asumible chantaje al que les sometió el cartel encabezado por su señoría Pascual Estevill y el insigne catedrático Piqué Vidal. El pellizco para este par de mafiosos suponía algo menos del 1% sobre la cantidad defraudada; un negocio redondo y provechoso para ambas partes. Démosles gracias, además, a los padres de la patria, que tardaron más de veinticinco años en legislar sobre unos delitos que el franquismo contemplaba con benignidad, debido a que nadie que no fuera adicto al Régimen ocupaba un cargo de relevancia y, por tanto, cualquier delito cometido por un afecto difícilmente trascendía y, de trascender, la fiel judicatura no lo sancionaba. No era necesario darse prisa en impulsar modificaciones legales de este tipo, ya que los directos beneficiarios y sus herederos seguían siendo los más incondicionales servidores del nuevo orden. Ignoro si tendrá vela en este entierro el nuevo y patriótico ministro de Defensa, Pedro Morenés, al que por el bien de España y de su enésima revolución nacional-sindicalista, le deseo de corazón que protagonice la excepción que confirme la regla, dentro de la saga de los Morenés. No estaría de más, tal como están las cosas, que les diera un toque a los garbancillos negros de su familia, Antonio, Guillermo, Javier y Miguel, para que moderen sus impulsos y libren a España de nuevos expolios.

Pioneros de una inmoralidad

Hace ya unos años, se destaparon las emblemáticas «hazañas» de Mario Conde y Javier de la Rosa, que evidentemente cabe matizar. El primero fue un hombre inesperadamente enriquecido y seducido por el poder, que asegura ahora haber escarmentado. El segundo, un pionero y vocacional estafador que se coló en una fiesta de alto *standing*.

Si Mario Conde se hubiese moderado cuando ya disponía de una fortuna como para que vivieran de lujo diez generaciones de «condesitos», ahora sería una persona envidiada y respetada, como lo fue cuando se convirtió en modelo de la juventud pija española. En su vorágine, fue incapaz de frenar; cuando tuvo tres fincas quiso seis, cuando tuvo dos yates quiso tres, el jet privado se le hacía pequeño; al amarrar su yate junto al del rey, es probable que rezara para que este se hundiera y así poder ocupar su plaza. Así hasta que se creyó inmune; perdió la conciencia del miedo, sintió estar por encima del bien y del mal y, en este escenario, la sensación de plácida impunidad no conoce freno. ¿De qué le sirvió su supuesta inteligencia y ser el número uno de su promoción? Lo peor de esta gente es que no sólo se perjudican a sí mismos, sino que dejan tras de sí un reguero de damnificados. Todo ello no excluye que se aprovecharan sus debilidades para deshacerse de un huésped incómodo que hizo escuela creyendo ser el más guapo, el más rico, el más listo de los banqueros y el más prometedor de los políticos. Independiente de las razones de carácter jurídico que incidieron en la caída de Mario Conde, influyó más el líder de la oposición José M^a Aznar —que lo veía como un rival político— que el entonces presidente del gobierno Felipe González, que consideraba que la pugna entre ambos podía incluso beneficiarle. Lo verdaderamente determinante fue que Botín no podía permitir dos gallos en el mismo corral, sabiendo además que las vacas sagradas de la banca consideraban a Conde un advenedizo y así se lo hicieron saber a Juan Abelló, quien astutamente hizo mutis por el foro. Don Emilio se deshizo de un molesto rival en la banca y Aznar ya no tenía que preocuparse del inminente salto a la política del banquero gallego. No estoy en disposición de criticar los argumentos técnico-jurídicos esgrimidos en contra de Conde, pero sí puedo afirmar con rotundidad que sus actuaciones al frente de Banesto no fueron más deshonestas que las de la mayoría de sus colegas.

Cualquier proceso degenerativo transmitido por osmosis suele contar con una célula madre. Todos los indicios apuntan a la persona de Javier de la Rosa que lanzó al estrellato el modelo heredado de su progenitor. El destino me deparó que en 1979 viviera con relativa cercanía las hazañas de Antonio de la Rosa Vázquez en el Consorcio de la Zona Franca, donde estafó más de mil millones de pesetas (un récord en España antes de que se lo arrebatara su retoño Javi). No llegué a conocer personalmente al patriarca, pero sí a José Luis Bruna de Quixano, cliente de BANIF que fue inculcado por haber firmado los cheques que cobró el viejo De la Rosa. Bruna de Quixano era el consejero-delegado del Consorcio y Antonio de la Rosa le pasó premeditadamente a la firma, los cheques supuestamente destinados a la compra de unos terrenos. José Luis Bruna, fiándose del que era su presidente, los firmó y cargó con el muerto, mientras el viejo verde emigraba a Brasil con los millones y acompañado de una vivaracha jovenzuela. En España, lo peor que le puede pasar a uno es enfrentarse a un tribunal siendo inocente. Tras varias experiencias, he llegado a la conclusión de que con los jueces sucede lo mismo que con los árbitros deportivos; son rehenes de la ley de la compensación. Parece que se ensañen con

los inocentes, para compensar las sentencias de quienes siendo culpables salen absueltos.

El delfín Javier de la Rosa no apareció en escena al ventilarse el caso del Consorcio de la Zona Franca, aunque abrigó fundadas sospechas de que en los trapicheos de su progenitor actuaba entre bambalinas. A nadie pareció importarle que los cheques de la estafa hubieran sido hecho efectivos en la Banca Garriga Nogués, que por aquel entonces ya mangoneaba el joven De la Rosa.



Javier de la Rosa. Recolector de óbolos dominicales en la parroquia de Santa Gema y fiel cumplidor de los mandamientos de la ley de Dios; especialmente del cuarto: «Honrarás a tu padre».

Javier de la Rosa fue el gran precursor en España de una banca de inversión exenta de toda ética. En 1984, perfiló su primera gran estafa «Quash-Tierras de Almería», siendo consejero-delegado y vicepresidente de Banca Garriga Nogués (el banco de negocios del grupo Banesto). La sociedad almeriense estaba participada por el banco matriz y por un grupo de notables saudíes y kuwaitíes. La presidencia del Banco Español de Crédito la ostentaba entonces Pablo Garnica, flanqueado por un consejo de notables octogenarios. Javier de la Rosa obsequiaba habitualmente a los seniles consejeros con una bandeja de frutos exóticos procedentes de Almería y, poco a poco, se fue granjeando la confianza de aquellos ancianos; este chico promete, se decían entre ellos. Fue convenciendo poco a poco a los miembros del consejo para que suscribieran acciones de Tierras de Almería a título personal, implicándolos de esta forma en un premeditado plan. Cuando el falaz proyecto se desplomó —tal como era de prever—, el terror se apoderó de los honorables consejeros que temieron ver manchada su impoluta y secular trayectoria bancaria. El resultado fue que Banesto no se opuso al laudo que lo condenó a cubrir el agujero que superaba los 10.000 millones de pesetas de 1985. Javier de la Rosa se apuntó un tanto ante los saudíes y kuwaitíes, que recuperaron su inversión. La gratitud árabe propició que, unos años más tarde, celebrara su *rentrée* en las altas finanzas, cabalgando cual nuevo Atila a lomos del corcel de KIO. La historia ya la conocen ustedes; por donde pisó, no volvió a crecer la hierba.

Javier de la Rosa me fue presentado por Ramón Trias Fargas, cuando era un joven analista en el Servicio de Estudios de Gesfondo-Banco Urquijo. No podía imaginar que aquel individuo que me tendía su cimbreante mano iba a convertirse en uno de los mayores pillos de la historia. Años más tarde, nuestras oficinas en la avenida Diagonal de Barcelona estarían separadas únicamente por la desaparecida cafetería Balmoral. Su mano derecha, Jorge Ventosa, era hombre reservado que adoraba a su hermano Ignacio —con quien yo compartía funciones ejecutivas en BANIF—, a quien me unía una gran amistad (lamentablemente un infarto truncó su vida). A través de este nexo, tuve ocasión de seguir muy de cerca la insólita carrera de De la Rosa. El hombre de KIO cumplía el precepto dominical en la parroquia de Santa Gema. Era enternecedor verle comulgar con cara

circumspecta y, como buen cristiano temeroso de Dios, pasar la bandeja por una hilera de bancos, mientras Josep Lluís Nuñez —entonces presidente del Barça—, con reprimida emoción, se encargaba de hacerlo por la otra. La surrealista escena superaba a la de la mejor película de Buñuel, cuando ambos confluían en el altar mayor para realizar con pía compostura la ofrenda de los óbolos. Apenas tuve tiempo de agitar el cuello para saludarle, cuando en un par de ocasiones me crucé con él a la salida del templo, mientras dos «gorilas» lo llevaban en volandas hasta el coche blindado, que le aguardaba aparcado en doble fila, junto al tenderete en el que se vendían con total desfachatez y dispensa eclesial, *souvenirs* de Tejero, José Antonio y Franco.

Incompetencia institucionalizada

Los valores con los que se había identificado la pionera banca de inversiones en España discurrieron de más a menos, al tiempo que iba alimentando la superficie de las cristaleras de sus oficinas y mermando la longitud de las faldas de sus recepcionistas. El organizado aquelarre financiero dispone de los adecuados cebos al que pocos ciudadanos con capacidad de ahorro pueden sustraerse. La incontrolada especulación ha convertido a la inversión mobiliaria en un mercado de compra, que se parece cada vez más al de diamantes o al de arte. Las señales de venta en una Bolsa a la baja suponen enfrentarse de inmediato a un cuello de botella, siempre penalizado y ocultado a sus usuarios por parte de las entidades de inversión. No es cuestión que afecte únicamente a las grandes fortunas; los damnificados son todos aquellos que participen en algún fondo de inversión, que hayan suscrito un fondo de pensiones, que pertenezcan a cualquier mutualidad o que sean titulares de una modesta cartera de valores.

Si atendemos a los Fondos de Renta Fija, no deja de ser curioso que el autogestionado Fondo de Reserva de la Seguridad Social fuera de los pocos que se salvaran de la quema, dejando en evidencia el sofisticado montaje de una prescindible banca de inversión. Este fondo público acumulaba a principios de 2009 —y desde su creación— una rentabilidad anualizada del 4,71%, frente al 1,38% que consiguieron de media los Fondos de Pensiones de Renta Fija, gestionados por las instituciones financieras —ninguno superó el 3,8% y algunos acumularon pérdidas superiores al 10%—. La estrategia del Fondo de la Seguridad Social, conocido como «hucha de las pensiones», es muy simple: consiste en no realizar ningún tipo de gestión. Se limita a adquirir bonos del Estado de España, Alemania, Francia y Holanda y los mantiene en cartera hasta su vencimiento, percibiendo los correspondientes intereses. Una clara constatación de que, en ocasiones, se puede obtener mayor rendimiento de una cartera inmovilizada que confiando la gestión a pretendidos especialistas, que en muchos casos no hacen otra cosa que enredar con el *trading*, generando para sí suculentas comisiones de compra-venta, sin ninguna garantía de obtener mejores resultados.

Respecto a la renta variable, cualquier banco o sociedad gestora tiene acceso a la información necesaria y bebe de las mismas fuentes, para acertar con la inversión supuestamente más adecuada. Por el contrario, si se encienden las luces de alarma que aconsejan una venta inmediata y todas las instituciones —en cumplimiento de su obligación— pusieran masivamente sus títulos en el mercado, provocarían el consiguiente hundimiento de las bolsas ante la ausencia de demanda para absorber todo el papel a la venta. Es por ello que **las instituciones gestoras están inhabilitadas** para corresponder

con lealtad a lo que cualquier inversor debe esperar de su administrador mobiliario: **proceder a la inmediata venta de los títulos**, cuando todos los indicadores prevén un desplome mantenido de las cotizaciones. Cuanto mayor sea el monopolio bancario en la gestión mobiliaria, menores serán las posibilidades de responder adecuadamente a una situación bajista de la Bolsa en beneficio de los inversores. Ante una restricción de la demanda con previsiones bajistas, la banca dará siempre prioridad a la liquidación de sus propias posiciones, en detrimento de las de sus clientes. Son las ventajas de actuar al mismo tiempo de juez y parte. El fenómeno se multiplica en los mercados estrechos, agravado en el caso español, porque a mediados de los ochenta la banca decidió monopolizar la gestión mobiliaria institucional, no contenta con el control que ejercía y sigue ejerciendo sobre el 80% de la capitalización bursátil.

A las limitaciones estratégicas tenemos que añadirle las barreras burocráticas. En el caso de pretender variar su política de riesgo, los Fondos de Inversión Mobiliaria se ven condicionados por un pétreo proceso burocrático, que les impide reestructurar sus carteras de forma inmediata, condenándolos a mantener posiciones indeseadas frente a un mercado bajista, con el correspondiente perjuicio para sus partícipes. Sucede algo parecido con las carteras de valores de particulares, debido a que las autoridades europeas —en un intento por atajar determinados abusos— optaron por endurecer los trámites, en los casos en que el titular decidiera variar sus objetivos de inversión, dilatando con ello la ejecución operativa y propiciando el deterioro de las posiciones. La ley de Murphy es en estos casos implacable; poco después de estrenarse en 2007 la nueva normativa europea de restricciones burocráticas, conocida como MIFID, las bolsas sufrieron el severo correctivo derivado del estallido de la crisis, dejando a millones de inversores algo más blindados frente a los manejos de sus gestores financieros, pero sin capacidad de reacción ante una debacle bursátil.

Seguridad, rentabilidad, plusvalía... son expresiones que suenan muy bien y que se plantean habitualmente como coadyuvantes de una buena gestión, pero que en la mayoría de los casos no son más que músicas celestiales interpretadas al ritmo de la ingenuidad de millones de clientes en todo el mundo. Por lo que respecta a la renta variable, estos conceptos son casi siempre incompatibles y en muchos casos contradictorios. No es necesario darle demasiadas vueltas: o se asume un elevado riesgo para obtener un posible beneficio o uno se enroca en una inversión de renta fija que apenas consigue superar la inflación y cuya rentabilidad se verá mermada por las comisiones de gestión aplicadas por la entidad gestora. Si la opinión pública cayera en la cuenta de que la gestión institucional, tan sólo reporta beneficios a las entidades gestoras y muy escasos o nulos a sus usuarios, sería el principio del fin para ellas. He conocido el cabalístico corporativismo de médicos y jueces, pero el colectivo de banqueros y asimilados los supera con creces. No tiene por otra parte nada de extraño si atendemos al hecho de que la perpetuación de este gran negocio depende de la inviolabilidad de su blindaje.

La aplicación de la ortodoxia a la inversión bursátil no suele hacer rica a la gente; tan solo hay que fijarse en el poco interés que pone en la teoría analítica el ala dura de los especuladores. Descubrieron hace tiempo que, sumergiéndose en cualquier tipo de análisis fundamental, gráfico o de volúmenes, consiguen los mismos resultados que echando una moneda al aire. ¿Cómo se explica que gente que está en disposición de beneficiarse oficialmente de la mejor información se arriesguen por los caminos de la delincuencia? ¿No es esta la más palpable demostración? Infinidad de ejemplos avalan esta evidencia:

Manuel de la Concha era a principios de los noventa el Síndico-Presidente de la Bolsa de Valores de Madrid; en un sector financiero lleno de lagunas legales —que apenas contemplaba los delitos financieros— no existía en aquel momento en España otra persona «privilegiadamente» mejor informada. Poseía en sus manos toda la información del mercado de valores y sin embargo, para enriquecerse, tuvo que traspasar el umbral del Código Penal y, junto a mi ex-patrón Jaime Soto López-Dóriga, organizar en Ibercorp un burdo montaje que haría enrojecer de vergüenza al más zoquete de los estafadores. En 2008, el broker Jérôme Kerviel de Société Générale —que tenía a su alcance la mejor información sobre la evolución de los mercados— sintió la llamada de la avaricia y no encontró mejor camino para satisfacerla que manipulando la información, introduciéndose en el sistema de datos con identidad falsa y provocando entre sus clientes un agujero de 4.900 millones de euros. ¿Qué creen ustedes que pensarían estos?; pues que si este individuo tuvo que recurrir al expolio para hacerse rico, ¿qué demonios estaba haciendo, gestionando nuestro patrimonio y dándonos lecciones de cómo invertirlo? Pocas personas en el mundo estaban mejor posicionadas y tenían a su alcance la más exclusiva información sobre mercados financieros, que el que fuera presidente del Nasdaq, Bernard Lawrence Madoff, «Bernie» para los amigos. Genios de las finanzas como Botín y asociados no sólo actuaron como comisionistas del mayor estafador financiero de todos los tiempos, sino que decidieron investirlo como gestor, administrador y depositario de su *hedge fund* Optimal. Quizás les llame la atención que «superBernie», con todo el arsenal informativo a su disposición, no encontrara mejor salida para enriquecerse que la de ponerse a la altura de un delincuente común y montar un escandaloso timo piramidal, con el que consiguió implicar a Botín en la versión más horterada del tocomochó. A los tribunales USA les corresponde aclarar ahora si fue en calidad de gancho o de ambiciosa víctima.

Si tras reflexionar sobre lo leído, el lector sigue pensando que todo el engranaje institucional de asesoramiento y gestión bursátil es mucho más que un gigantesco *bluff* es que algo o alguien le han distraído mientras leía y se ha saltado algún párrafo. Es normal que muchas personas, deslumbradas por la potencia de los focos y la sofisticación del montaje, alberguen dudas al respecto, pero en mi caso, y después de haberlo percibido de forma tan cercana, hace tiempo que expulsé cualquier incertidumbre de mis albergues.

Capítulo 8 La madre del cordero

Las tazones de fondo y el amigo Heinrich

RAZONES estructurales: Hace algo más de un siglo, se adoptaron unas medidas económicas absolutamente perversas. En 1946 fueron ratificadas y, veinticinco años más tarde, se convirtieron en irreversibles y lamentablemente en imprescindibles para que un engendro parasitario denominado dólar no muera de inanición y, con él, el actual sistema económico mundial.

Todo comenzó en 1909 con la «Legislación de Curso Legal», responsable directa de la primera gran crisis del siglo XX. Los billetes de banco del Reichsbank de Alemania y los de la Banque de France se convirtieron coercitivamente en moneda de curso legal y, poco después, el resto del mundo siguió el ejemplo. Monetizando la deuda, se eliminaban los obstáculos a la financiación de la guerra que se avecinaba. Hasta entonces, los billetes de banco circulaban como dinero, aunque su uso era totalmente voluntario. Los ciudadanos tenían derecho en todo momento a canjearlos por monedas de oro. Si un banco no estaba en disposición de entregar las monedas a cambio de los billetes, entraba en mora técnica y sus responsables no se iban de rositas con una millonaria indemnización, como sucede en la actualidad; acababan con sus huesos en la cárcel y respondiendo con todo su patrimonio.

La expresión «curso legal» procede del hecho de que la Casa de la Moneda cambiaba las piezas desgastadas por otras recién acuñadas, sin gastos para el tenedor. Los gobiernos absorbían la diferencia de peso del oro con cargo a los presupuestos generales, proporcionando un servicio público. Lo que se consiguió con la Ley de Curso Legal fue sustituir este servicio público por una conveniencia entonces inconfesable, obligando a los ciudadanos a usar deuda como dinero y planteándolo cínicamente como una iniciativa de modernidad. El aumento ilimitado de la circulación monetaria sobrepasó con creces las reservas de oro, trasladando directamente a los ciudadanos la carga financiera de una guerra de carácter hegemónico que los políticos presentaron como inevitable. Cuando pocos años después estalló la Primera Guerra Mundial, se exigió además a los esquilmados contribuyentes que dieran su vida por sus respectivas patrias. A partir de la promulgación de la ley de 1909, las monedas de oro continuaron circulando durante cinco años más y la ingenua ciudadanía no perdió la confianza en sus gobernantes, ni se precipitó a cambiar su dinero por oro. Cuando estalló la guerra en 1914, el noble metal desapareció de repente de la circulación y los bancos, con la anuencia de políticos y jueces, procedieron a interrumpir el canje de billetes.

El primero en denunciar la conexión entre las leyes de curso legal y el inicio de la guerra fue el economista alemán Heinrich Rittershausen, que pronosticó, además, la Gran Depresión. Tuve el privilegio de conocer a este visionario, a finales de los setenta, cuando ya era un anciano de 80 años; había perdido algunas de sus facultades, pero conservaba la lucidez suficiente para arrepentirse a medias del error de haber sido en su momento uno de los teóricos del nacional-socialismo. Como cualquier heterodoxo, tuvo que pagar su peaje al haber sido muy crítico con la peculiar forma en la que el Tercer Reich interpretó sus

teorías. El sabio economista estaba convencido de que, de no haberse promulgado las Leyes de Curso Legal, probablemente las guerras no se hubieran declarado y, en el caso de producirse, hubieran tenido una corta duración debido a que muy pronto se hubiera agotado el oro necesario para su financiación. Dada la envergadura de los conflictos, hubiera sido inviable hacerlo a través de los impuestos.

Dice la leyenda urbana que, además de Rittershausen, solo otro hombre en el mundo, de nombre John Davison Rockefeller, fue capaz de anticiparse al gran *crack* bursátil de 1929. Pocos días antes de la semana negra y mientras a John le estaban lustrando los zapatos, el limpiabotas empezó a darle consejos sobre las acciones en las que debería invertir. Le faltó tiempo al llegar a su despacho para dar orden de venta de toda su cartera de valores, poniendo a salvo de esta forma buena parte de su gran fortuna. Sea cierto o leyenda, todavía no se ha inventado mejor señal de alarma que la utilizada por John Davison. Háganme caso; en cuanto el tendero de la esquina, empiece a hablarles de otra bolsa que no sea la de la compra, corran como alma que lleva el diablo a vender todas sus acciones. Aunque sigan subiendo, no cometan el error de volver a invertir hasta que el de la tienda de ultramarinos deje definitivamente de hablarles de Bolsa y de lo mucho que ha ganado.

Las Leyes de Curso legal no han sido hasta la fecha revocadas y los distintos gobiernos gozan hoy de los privilegios obtenidos con aquellos falsos alegatos. Los bancos son los máximos beneficiarios del soborno y siguen disfrutando de aquel usufructo vitalicio, creando depósitos bancarios sin respaldo alguno. En justa compensación, siguen fieles al compromiso adquirido de absorber todos los bonos gubernamentales que no encuentren contrapartida en los mercados. A eso se le llama hoy cooperación voluntaria.

Ante cataclismos imprevistos de cualquier clase, el ser humano trata de buscar explicación en los antecedentes históricos, decantándose casi siempre por acritudes revisionistas. Franklin Delano Roosevelt representó para muchos el ideal de una actuación económica que contenía sin embargo grandes lagunas. Se hizo famoso su «Nuevo Trato» (*New Deal*), una variante del keynesianismo, que primaba la intervención del Estado en la economía. En un primer momento, sus recetas parecieron funcionar, pero la realidad es que en 1937 el paro en EE.UU. rozaba el 20% y la producción estaba estancada en niveles por debajo de los previos al *crack* del veintinueve. De nuevo, el recurso a la guerra iba a ser su tabla de salvación. Pese a sus reiterados y vacuos discursos, denunciando los intereses belicistas de los grandes magnates de la industria y las finanzas, decidió embarcar al país en la mayor guerra de su historia —una muestra más de que los políticos suelen hacer justo lo contrario de lo que defienden—. El estallido del conflicto en 1939, la consecuente industria de guerra y la reconversión de parados en soldados, sacó una vez más al país de una crisis que no mostraba signos de remontar. La segunda «Gran Guerra» había contribuido a paliar los efectos de una herida infectada, que se cerraría en falso a lo largo del siglo XX y supuraría en el XXI.

Los acuerdos de Bretton Woods de 1946 consagraron el principio del fin del patrón oro, al aprobarse que únicamente Estados Unidos mantuviera el sistema dólar-oro, aunque sin acceso a la libre convertibilidad. Los acuerdos frieron el resultado de la reunión que, dos años antes, había convocado Naciones Unidas, para diseñar el sistema monetario internacional de postguerra. Desde el primer momento, la reunión fue controlada y dirigida por Estados Unidos y dio origen al Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, que posteriormente se disgregaría en Fondo Monetario Internacional y

Banco Mundial. Los acuerdos consagraron el dominio de EE.UU. en sustitución del decadente imperio británico y su influencia sobre los países en vías de desarrollo. Se establecieron cambios fijos con relación al dólar y un precio invariable del oro, fijado en 35 dólares la onza. Los países miembros tenían derecho a canjear en la Reserva Federal sus dólares por oro al precio oficial.

El Banco Mundial es el encargado desde entonces de presionar a los gobiernos de todo el mundo para que acepten los principios del libre mercado, mientras que el Fondo Monetario Internacional, por su parte, no se planteó en ningún momento impedir el excesivo endeudamiento ni la reducción de deudas de los Estados en situación comprometida. Lejos de ser un benefactor de países en vías de desarrollo, es en buena medida responsable de su descomunal deuda externa, obligándoles a insertar sus economías en un mercado globalizado, en clara posición de dependencia, y propiciando que las desigualdades respecto a los países desarrollados no dejen de crecer.

El «ejecutor» de las finanzas y su legado

En 1971, el mundo selló definitivamente su pacto dinerario con el diablo. El encargado de suscribirlo fue el presidente estadounidense Richard Nixon, a quien cabe considerar como uno de los mayores genocidas socio-económicos de la historia. Los indeseables efectos de aquella decisión crecieron exponencialmente desde entonces y han culminado con el caos global del siglo XXI.

El «eje financiero del mal» estaba infiltrado en realidad en las mismísimas entrañas de un modelo perverso que el presidente Nixon abanderó. Decidió divorciarse del patrón oro y amancebarse con el promiscuo papel moneda, al que vendió definitivamente su alma y la de las generaciones venideras. Fue el principio del fin, considerado por la revista *Forbes* en un momento de lucidez, «el peor delito de cuello blanco de todos los tiempos, al incorporar violación de contrato, robo, fraude y falsificación de moneda».

Hasta 1971, cualquiera que se presentara ante el Tesoro en Washington con 35 dólares en mano, recibía a cambio una onza de oro. En 1965, Charles de Gaulle había enviado algunos barcos de su marina de guerra para que custodiasen de regreso a Francia doce toneladas de oro a cambio de 150 millones de dólares. Siempre suelen barajarse en política las medias verdades para justificar cualquier desmán; la escasez delpreciado metal y el hecho de que para los postulados keynesianos era inconcebible la manipulación monetaria fueron los argumentos que Nixon utilizó como coartada, para convencer a los más suspicaces y consolidar una estafa planetaria.



Richard Nixon. *El mayor delincuente de cuello blanco de todos los tiempos según la revista Forbes.*

Al igual de lo que hicieran antes Alemania y Francia, a raíz de la Primera Guerra

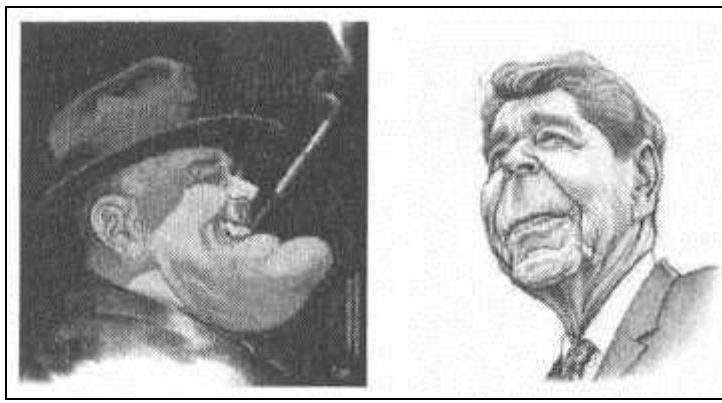
Mundial, Estados Unidos empezó a imprimir billetes compulsivamente para cubrir los desorbitados gastos de la guerra de Vietnam. La proporción de oro con relación a los billetes en circulación volvió a descender sin freno, provocando que hoy se registre una devaluación del dólar de un cinco mil por ciento con respecto al oro. En todo este tiempo, Estados Unidos ha ido agregando billones de dólares al circulante mundial, mientras que se han extraído tan solo 58.000 toneladas de oro en todo el mundo. Los norteamericanos pagaron sus deudas con dólares devaluados y los países productores de petróleo empezaron a reclamar más papeles verdes por su oro negro. Los petrodólares de los años setenta propiciaron, en los ochenta, la crisis de deuda de los países del Tercer Mundo.

Estados Unidos ha salido prácticamente indemne del mayor «superpelotazo» que han visto los siglos. A los gobiernos subsiguientes les costó muy poco seguir imprimiendo billetes, mientras que el resto de países tenían que ceder a cambio sus recursos para obtener la moneda que mueve al mundo. Cuando el secretario del Tesoro de Nixon, John Conally, recibía la visita de algún mandatario extranjero, solía espetarle con extrema arrogancia: «El dólar es nuestra moneda y vuestro problema». Era un zafio personaje, aunque el tiempo le ha dado la razón. Una de sus mayores víctimas es el gigante chino, que tiene tres cuartas partes de sus reservas en bonos del Tesoro de Estados Unidos, de los que no pueden desprenderse sin provocar una catástrofe financiera.



John B. Conally. Tal vez uno de los políticos norteamericanos más abucheados al visitar otros países. Como gobernador demócrata de Texas fue el principal testigo de cargo para inculpar a Lee Harvey Oswald de la muerte de Kennedy. Nixon premió un oportuno cambio de chaqueta, nombrándolo secretario del Tesoro. En 1980 se presentó como candidato a la presidencia, pero fue superado por Ronald Reagan.

Podemos considerar el modelo económico de Ronald Reagan, antagónico con el aplicado por Roosevelt en su «Nuevo Trato». Sus recetas eran pretendidamente liberales y consiguieron seducir emocionalmente a la peculiar sociedad americana, pero la realidad es que jamás redujo el tamaño del Estado, contribuyendo por el contrario a disparar el gasto público, —en especial en el capítulo de defensa—, al incrementar el presupuesto en 140.000 millones de dólares anuales. Hizo famosa una demagógica frase al respecto: «Si tengo que elegir entre la seguridad nacional y el déficit, siempre estaré al lado de la defensa nacional». Reagan llegó a crear escuela con su política, en la que se inspiraron los neocones de Bush y algún que otro seguidor foráneo, que han venido entendiendo el liberalismo como una doctrina exclusivamente económica, desconectada de cualquier otra convicción liberal. Lejos de liberalizar la economía, se han dedicado a crear oligopolios, vulnerando cualquier principio de libre competencia y beneficiando en todo momento a minorías influyentes.



Franklin Delano Roosevelt y Ronald Reagan. *Representantes del yin y del yang del modelo económico yankee.*

Arriesgarse a borrar al género humano de la faz de la Tierra con una nueva guerra mundial tampoco parecía la mejor solución y los que velan por el bienestar del mundo decidieron que podían conseguir efectos similares diseñando puntuales guerras estratégicas, inventándose si es necesario los motivos. Hassan era uno más de los dictadores sangrientos que habitan la Tierra, pero no poseía armas de destrucción masiva, ni tenía nada que ver con el ataque a las torres gemelas; no obstante, su país fue elegido al ser un importante productor de petróleo. Este tipo de conflictos —que a no tardar veremos reproducidos en Irán y tal vez en Corea del Norte— son los sucedáneos de las guerras mundiales.

La ventaja del nuevo modelo es que la fiesta no decae y la industria bélica lo agradece, incorporando además la variable de la corrupción, emboscada en la supuesta reconstrucción del país damnificado. Cuando la corrupción adquiere visos irrefrenables, puede dar al traste también con la reconstrucción de un país con manifiesta incapacidad para defenderse, cuando es invadido con falaces argumentos. *The New York Times* denunció en diciembre de 2008 que el que tenía que ser el mayor proyecto de reconstrucción en Irak tras el Plan Marshall derivó, en la práctica, en «un fracaso de 100.000 millones de dólares, motivado por disputas burocráticas y la falta absoluta de sintonía con la sociedad iraquí».

Razones coyunturales: Tres son las vertientes de este apartado, aunque podemos resumirlas, una vez más, en la desmedida ambición de la condición humana, con capacidad para transmutarse en ave de rapiña cuando se siente tentada por el «gran señor» y por el poder.

Quienes rigen nuestros destinos están convencidos de que mantener el nivel de bienestar del primer mundo solo es posible con la coexistencia de un segundo, tercero y cuarto, a los que como mucho puede concedérseles el beneficio que oscila entre la supervivencia y la aniquilación. Están convencidos de que, a medio plazo, la eclosión de China, India y Brasil amenazará el frágil equilibrio y convertirá al mundo en un manantial de residuos muy complicado de gestionar. Entienden que asimilar el nivel de vida de estos tres gigantes al primer mundo —y la de otros que pudieran añadirse— generaría una demanda de materias primas que dispararía los precios y conduciría a un indeseado crecimiento de los países productores, retroalimentando el proceso. Para ellos, el cupo de ricos está cubierto. Con farisaico puritanismo, justifican que Dios pudo haber hecho el mundo de otra manera, pero decidió implantar la ley de la selva y, a partir de este mensaje, se sienten legitimados para aplicar sus conclusiones. Se nutren de los residuos doctrinales del Ku Klux Klan y defienden que no podemos ser todos leones; para que unos vivan, otros

deben perecer.



Falta muy poco para traspasar el umbral del no retomo.

Tienen también sobre la mesa el problema de la explosión demográfica. No voy a entrar en especulaciones conspiratorias para determinar si los encargados de la regulación son la Trilateral, el Club Bilderberg o los *Illuminati*, lo de menos es el nombre. Precisamente, estos últimos están sometidos desde hace algo más de un año al férreo y voluntarioso mareaje del prestigioso analista financiero Jeffrey Saut, jefe de inversiones estratégicas de Raymond James Financial y nada sospechoso de paranoias conspiratorias. Se llamen como se llamen los malos, cayó en manos de Jeffrey un informe confidencial, manifestando la decidida voluntad de esta organización a aumentar la presión para evitar, por todos los medios, que el mundo supere los 8.000 millones de habitantes, habida cuenta de que el recurso de financiar a los genocidas del mundo y armarlos hasta los dientes empezaba a mostrarse insuficiente.

El tercer elemento gira en torno a los intereses geoestratégicos, el control de la energía y los recursos petrolíferos. El gendarme del mundo, aunque algo degradado, sigue siendo Estados Unidos y, aunque no todos los presidentes fueron el demonio, los hubo ciertamente nefastos: William H. Taft, Harry S. Truman, Lyndon B. Johnson, Richard M. Nixon y George W. Bush son los más representativos del lado oscuro. Tal vez el presidente Taft sea el que suene menos, pero fue quien puso los mimbres en 1909 para desencadenar la Gran Depresión de 1929, que a su vez fue la madre de todas las crisis. El bueno de tío Willy soltaba perlas como la siguiente: «No está lejano el día en que tres banderas de barras y estrellas señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio: una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro; en realidad ya es nuestro moralmente, en virtud de nuestra superioridad racial». No sé a ustedes, pero manifestaciones de este calibre —por mucho que se produjeran en el siglo XX— provocan en mí unos deseos irrefrenables de convertirme en negro. Luces y sombras se entremezclan en toda obra humana, pero los anteriormente citados tienen mucho que ver con las peores crisis económicas de los siglos XX y XXI.

Los ciclos económicos

A raíz del estallido de la crisis en 2007, se habló mucho de reconducir el sistema financiero, pero tanto los que actuaron como inductores universales, como sus franquiciados locales, dejarán que el mundo se desangre antes de renunciar a su lucrativo montaje.

Intereses inconfesables se han agazapado durante años en la trastienda bancaria de este periférico país de piel torera, esperando la inercia de una complicidad foránea, para camuflar sus manejos en la penumbra de una crisis inducida. El subterráneo acuerdo con

los distintos gobiernos y el pacto de sangre suscrito con los miembros del impenitente «bando nacional» son los puntos fuertes de la élite financiera, frente a una sociedad comprometida con la inmediatez, a la que mantienen cautiva de sus deudas y de su dependencia a la zanahoria.

Es inmoral recurrir a argumentos de tinte keynesiano, para justificar la inyección de miles de millones de dinero público en una banca de praxis perversa, que ahora hay que detraer de servicios públicos básicos, dando al traste con un estado del bienestar alcanzado con el esfuerzo de varias generaciones. Sólo estarían justificadas estas medidas, si aceptamos que un sistema corrupto requiere de soluciones bastardas, primando —en el mejor de los casos— la presunta incompetencia de quienes juegan con la ventaja de saber que sus desmanes deberán ser inevitablemente reparados, para evitar el hundimiento del sistema. No se trata de descubrir ahora la sopa de ajo; he asistido a tres crisis y la liturgia de los pérfidios ha sido siempre la misma. Nos enfrentamos a una de las más severas y una resignada sociedad sigue permitiendo que vuelvan a reproducirse los mismos errores.

El argumento de los «ciclos económicos» conlleva cierta sumisión al conformismo y bordea el sofisma, por mucho que venga avalado por una teoría económica, que encuentra siempre explicación tras producirse los acontecimientos. Excepción hecha de impenitentes aves de mal agüero —que fallaron en precedentes ocasiones más que una escopeta de feria—, nadie ha sido capaz de predecir con la justa antelación y fiabilidad cuándo se producirá el punto de inflexión que dé lugar a una etapa recesiva. No es imposible hacerlo; aunque para lograrlo, se hace imprescindible la leal colaboración de unos actores protagonistas que no están ni mucho menos por la labor. Predecir con exactitud la llegada de un ciclo económico recesivo equivale a anunciar la fase terminal de una persona y muy pocas suelen estar interesadas en este tipo de información. Los proyectos, las inversiones y los planes de desarrollo quedarían en lógica consecuencia abortados y sería el anuncio lo que precipitaría la crisis misma. Los gobiernos no suelen poseer esta información y, de poseerla, tampoco la darían a conocer; de la misma forma que tampoco alertarían ante una presunta catástrofe si consideran que el efecto pánico derivado del anuncio pudiera acarrear peores consecuencias.



John Maynard Keynes.

El infierno está empedrado de buenas intenciones.

La economía no tiene porqué ser necesariamente cíclica. Keynes y Krugman consiguieron convencer al mundo de que las crisis son fenómenos inherentes al capitalismo. Personalmente, estoy mucho más cerca de las tesis de Mises y Hayek. Independientemente de las bases teóricas en las que los gobernantes respalden sus políticas económicas, lo que llamamos ciclos son, en buena medida, consecuencia de la utilización sistemática de los tipos de interés como instrumento de política monetaria,

violentando un fenómeno de mercado cuya función es la de reflejar la valoración de los bienes presentes respecto a los futuros. La reiterada manipulación de los tipos de interés distorsiona el proceso de toma de decisiones por parte de los agentes económicos y ha sido el caldo de cultivo en donde se han fraguado las crisis. Ahorro e inversión son las dos caras de una misma moneda y lo sensato es invertir la parte de renta que hemos renunciado a consumir, con la intención de consumirla en el futuro. Pueden considerarme demodé e incluso es posible que alguna compañía de *rating* rebaje mi particular calificación por decirlo, pero es el ahorro, no el consumo desenfrenado, lo que hace que la economía crezca de forma ordenada y sostenible. Ha sido necesario que se produzca la enésima y más seria crisis para recordar a quienes presumen de innovadores que no es posible ahorrar y consumir a la vez. No sería tampoco suficiente que algún heterodoxo ilustrado intuyera o se armara de argumentos, constatando la llegada de una crisis. Correspondería al «Gran Sanedrín Financiero» conceder el aval al anuncio y difícilmente iban a renunciar a sus multimillonarios ingresos en aras del bien común. Anticipar la llegada de una crisis favorecería suavizar la profundidad de la misma, pero la voraz ambición de unos pocos impide una y otra vez que se traduzca en una realidad. De repente, caemos en la cuenta de que animar a un ciudadano con contrato temporal a hipotecarse con una vivienda sobrevalorada —que condicionará toda su existencia— solo se le podía ocurrir a quien asó la manteca o a quien pretenda agravar las consecuencias de una crisis sistémica.

Los responsables oficiales de la crisis de 2007

La cautiva prensa económica se permitió, cuando ya no había solución, señalar a los responsables de la crisis con nombre y apellidos. En realidad, no son más que peones avanzados; ejecutores de las órdenes recibidas por parte de quienes controlan bienes, haciendas y principios morales. Su función consistió en apurar la situación hasta el límite, mientras recibían los aplausos y parabienes de una legión de miopes por conveniencia.



Alan Greenspan. Presunto y «honorable» colaborador de las desgracias que nos afligen.

Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal entre 1987 y 2006, permitió la formación de la burbuja inmobiliaria al propiciar tipos de interés innecesariamente bajos. Apoyó los préstamos *subprime* e instó a los hipotecados a sustituir tipos fijos por variables. Cuando los tipos de interés iniciaron la escalada, la parte de población más desfavorecida quedó al descubierto. Defendió el *boom* de los derivados, que apenas existían cuando se hizo con las riendas de la FED. Cabe dudar de su alegada ingenuidad cuando manifestó que había depositado su confianza en los grandes gestores financieros, fiándose de que antepondrían el amparo de clientes y accionistas al enriquecimiento

personal.

Bill Clinton y **George Bush**. Imbuido de fervor socialdemócrata, Clinton pecó por exceso al forzar a las hipotecarias a relajar sus requisitos a la hora de conceder préstamos a los más desfavorecidos. Revocó la ley que exigía la separación entre banca comercial y banca de inversión, siendo aprovechada tal decisión por el *lobby* financiero, para crear una superbanca que favoreció el desarrollo de las hipotecas *subprime*, que acabarían convirtiéndose en el germen de oscuras operaciones de derivados. Bush aprovechó el escenario heredado de su antecesor para relanzar el producto. No solo alentó la continuidad del diseño sino que impulsó, sin el menor rubor, la universalización de los hipotecados «ninja» (*no income, no jobs, no assets*).



Kathleen Corbet

¿Quién vigila al vigilante?

Kathleen Corbet, consejera-delegada de Standard & Poor's, la mayor de las tres agencias de riesgos, que al igual que sus colegas de Fitch y Moody's —pese a sus sofisticados montajes—, en ningún momento advirtieron de los riesgos de los activos respaldados por hipotecas *subprime*. Solo existen dos posibles veredictos: connivencia o colosal ineptitud. Ahí siguen con su huida hacia delante, endureciendo sus diagnósticos y dando, con absoluta desfachatez, nuevas lecciones al mundo.

La tela de araña tejida alrededor de quienes manejan impudicamente las finanzas del mundo es tan inaccesible que ni tan siquiera el FBI pudo traspasarla. Barajando las posibles causas, solo resta considerar que el Federal Bureau esté igualmente abducido por la maquinaria que posibilita su pervivencia y que es, además, la que financia sin solución de continuidad las campañas electorales de su máximo mandatario.

Éstas son algunas de las preguntas a las que la división económica de la policía federal todavía no ha respondido: ¿Los productos financieros elaborados a partir de las hipotecas *subprime* fueron fruto del patológico impulso de unos desalmados o encerraban una segunda y premeditada intención? ¿Se concedieron créditos hipotecarios a personas insolventes, con el ánimo de desahuciarlas por impago, confiando en que la burbuja inmobiliaria continuaría todavía unos años más? ¿Fue una actuación a la desesperada para salvar el fiasco de las *subprime* lo que les llevó a inundar los mercados con un regalo envenenado?

Lo verdaderamente dramático es que, si algún Estado hubiera emprendido un camino divergente en su política económica, estaría de antemano condenado al fracaso, independientemente de que su opción hubiera sido la acertada. La mayor o menor virulencia solo podía oscilar a tenor de la rigurosidad de sus previas políticas económicas. Excepcionalmente, economías planificadas como la china pudieron elegir su opción, al beneficiarse simbióticamente de las políticas de emergencia aplicadas por la comunidad

internacional.

Capítulo 9 El planeta de los simios Hijos de un padre putativo

Somos hijos de nuestras circunstancias históricas y subsidiarios de simultáneos pecados originales. François Quesnay —considerado el padre de la economía moderna— era el protegido de madame de Pompadour, que, además de ser la amante del rey, organizaba la mayoría de encuentros galantes que se producían en la corte de Luis XV. Los economistas no hemos de avergonzarnos de nuestros orígenes. Venimos obligados a transitar por el mundo con la frente bien alta, asumiendo con gallardía que la ciencia económica se gestó en una casa de meretrices, bajo los auspicios de una *madame* de lujo; el derrotero por el que han evolucionado las teorías y diagnósticos de aquel pionero y reconvertido cirujano no debería sorprender a nadie.



François Quesnay. *Capricho de madame Pompadour y decano de los economistas*. Al igual que todos los colegas que le siguieron, no tenía ni la menor idea de cómo anticipar una crisis y mucho menos de cómo conjurarla; compensó su frustración curando la viruela del delfín de Luis XV.

Quesnay fue la principal figura de los denominados fisiócratas, un grupo heterogéneo de pensadores coordinados por Mirabeau que fueron los primeros en autodenominarse economistas. Acuñaron el término *laisse faire, laissez-passer*, que durante más de dos siglos fue el lema de los economistas liberales, defensores de que los mercados se regulen a sí mismos y consecuentemente de que nada ni nadie ejerza el menor control sobre ellos. François Quesnay diseñó su famoso *Tableau Economique* con el que pretendía explicar las causas del crecimiento económico y en la que definía a los consumidores como «la clase estéril». Madame de Pompadour ordenó al editor hacer una tirada muy corta de la *Tabla Económica*, para evitar que «su Françoise» hiciera demasiado el ridículo con sus rayos en zigzag, ya que hasta entonces su mayor mérito había consistido en curar la viruela al delfín del rey.

Voltaire dijo de los fisiócratas: «Aquellos economistas eran tan preclaros, que la inteligencia más torpe podía comprenderlos e incluso encontrarlos ridículos». Quien al fin acabó liándola fue Adam Smith, que recogió el testigo de mercantilistas y fisiócratas, reorganizó su discurso y lo revistió de un barniz científico. Una gran faena, que en el siglo XXI sigue pasando factura a una tutelada sociedad, aferrada a los ritos de la menos exacta de las ciencias, que fiel a sus orígenes se muestra una y otra vez incapaz de atinar en sus

predicciones.

Mercenarios de una ciencia inexacta

Cuando en ocasiones me quedo traspuesto en mis esporádicos semi-sueños, se me aparece una estrafalaria manada de simios, que llegan a provocarme auténticas pesadillas. Cuando le doy al zoom de mi neopalio y consigo acercar sus rostros, descubro horrorizado, tras enmarañado pelaje, a Nixon, Bush, Soros, Alan Greenspan y a otros tantos de la misma cuerda. Hace poco, pude contemplar al ex presidente del Banco Mundial Strauss-Kahn, enfundado en su correspondiente piel de mono y abalanzándose sobre una indefensa hembra de piel azabache. Al principio estaba desconcertado y pensé tomarme un descanso, pero tras escrutar los remotos senderos de la mente llegué a la conclusión de que aquello se parecía mucho al anuncio de una plaga. Con gran esfuerzo —y apoyándome en las técnicas de José de Egipto— logré al fin interpretar sus claves: nos encontramos virtualmente en el planeta de los simios y hemos sido nosotros, con nuestra sinrazón, quienes hemos provocado en algunos casos y permitido en otros que la involución de la especie empiece a manifestarse de forma contundente, en un sector tan estratégico como es el financiero. Quienes tienen potestad para decidir se empeñan en aplicar fórmulas propias de simio para resolver los problemas económicos, cuando lo que debieran hacer es concentrar todos los esfuerzos para recuperar lo antes posible la auténtica faz humana y rescatar sus más nobles y elementales valores.

Los príncipes de las finanzas cuentan con unos cómplices más o menos inconscientes. Son buena parte de los economistas y periodistas especializados, dedicados a crear opinión. Me arrepiento públicamente de haber participado en puntuales momentos de la fiesta. Al ser incapaces de abordar el mal de raíz, recurrimos a peregrinos argumentos, defendiendo cada uno las tesis de la escuela económica a la que decidimos adscribirnos. En la mayor parte de los casos, el discurso guarda coherencia e incluso algunos de sus intérpretes son verdaderas estrellas de la teoría económica, pero en esencia no hacen más que marear la perdiz, desempeñando el papel de tontos útiles y adornando con barnices de solemnidad las coartadas de unos desalmados. Durante años he padecido de cerca a los profesionalizados y frustrados intérpretes de una subjetiva realidad, que en el mejor de los casos no servía más que de mero reto intelectual para comprobar quién la tenía más larga. Puede representar un lúdico ejercicio para algunos, pero no pasa de ser un diálogo de sordos. Jamás llegamos a ninguna conclusión práctica y pocas veces extrajimos el beneficio de un constructivo contraste de pareceres. Mucho menos para el ciudadano de a pie, que ni tan siquiera consigue obtener una explicación convincente sobre lo que está sucediendo. Hablamos de ciclos, burbujas explosionadas, déficits, tipos de interés, inflaciones, deflaciones, de la inconsciencia congénita de los ciudadanos por endeudarse o de la laxitud de la banca por incentivar el endeudamiento y todo ello en el marco de las medias verdades y de la manipulada crónica de unos sucesos, que suelen ir por libre y ajenos a cualquier previsión teórica. ¿Han oído alguna vez decir a un economista que se ha equivocado en sus predicciones? Puede ser que los más viejos del lugar lo hayan oído de boca de algún político, pero difícilmente a un economista, cuando está actuando en calidad de tal. La culpa siempre es de los inicuos imponderables. La matemática financiera que aprendí del «hueso» profesor Lóbez está siendo prostituida hasta límites insospechados. Sistemática producción de ensayos de investigación económica, repletos de ecuaciones

diferenciales que «molan cantidad» pero con conclusiones peregrinas y vacías de contenido.

Responsabilidad de las MBA en la crisis

HENRY MINTZBerg, eminente y vapuleado gurú del *management*, decía antes del estallido de la crisis: «Las *Master of Business Administration* (escuelas de negocios) están legitimando con sus doctrinas a unos chicos listos que están dispuestos a saltarse todas las reglas para llenarse los bolsillos». Parece de justicia que si las MBA han venido alardeando del éxito de los directivos que han pasado por sus aulas y que más tarde han colaborado a expandir la burbuja financiera, deben igualmente asumir —tras su estallido— su cuota de culpabilidad, al no haber incorporado a sus enseñanzas una mínima cultura de responsabilidad. En ningún momento las escuelas de negocios mostraron el menor atisbo de autocrítica, respecto a su gran pecado, al concentrar todas sus energías didácticas en el corto plazo y con la mirada puesta en el rápido enriquecimiento, sin preguntarse si aportaban algún valor añadido al conjunto de la sociedad. No sólo no se ha producido esta reflexión, sino que la mayoría no han rectificado su doctrina respecto a que a las empresas no les corresponde ser socialmente responsables. Encontramos explicación a tal impostura si atendemos a que la mayoría de las MBA están financiadas por grandes corporaciones y, en este contexto, es impensable que en sus cátedras se muestren críticas con sus benefactores. Las escuelas de negocios se exceden en las reiteradas y monotemáticas enseñanzas, simplificando una realidad que es siempre compleja y hurtando la incertidumbre inherente a toda gestión responsable.

Me sorprendió gratamente enterarme de que los alumnos de la Harvard Business School (la *creme de la tremé*) habían puesto en marcha un proyecto por motu proprio, denominado «*Reimagining Leadership*» en el que pretendían demostrar cómo se puede reformar el capitalismo desde sus entrañas. Pese a tratarse de un gaseoso experimento, no deja de ser esperanzador que sean precisamente ellos los que muestren alguna preocupación, mientras sus mayores siguen reiterándose en el error. De cualquier forma, su buena voluntad tendrá el mismo recorrido que el tiempo que transcurra hasta que caigan en las garras de uno de los honestos banqueros que imprimen carácter en el actual mundo de las finanzas. Los atisbos de regeneración más consistentes han partido siempre de la vieja Europa; las únicas escuelas de negocios que decidieron incorporar la crítica social a sus programas han sido británicas, holandesas y escandinavas, a través de la corriente teórica «*Critical Management Studies*». Más vale tarde que nunca y abjuran ahora de las enseñanzas basadas en la gestión del cambio y el liderazgo de equipos, para centrarse en los aspectos de control del poder. En un intento por recuperar el *back to basics*, abogan por devolver el protagonismo al cliente, retornando al largo plazo y a la sostenibilidad económico-social. Un rayo de luz que nos mantiene vivo el último rescoldo de esperanza.

Auténtico «animal» financiero

DESDE temprana edad, el racionalismo fue mi defensa contra la represiva y churruquesca educación de la España nacional-católica; tal vez por ello, soy un entusiasta del método científico y me felicito con la progresiva constatación de las teorías darwinianas, al tiempo que experimento vergüenza de especie ante la proliferación de ridículas corrientes creacionistas. Llevo con inmenso orgullo que mi predecesor fuera un simio, a cuya especie siempre agradeceré su iniciativa, siendo consciente, al mismo tiempo, del elevado riesgo de involución que padecemos, al depender en cuestiones fundamentales del grupo humano con peor cualificación ética.

La valoración de mis antepasados subió para mí muchos enteros, tras la exhibición realizada por el chimpancé *Santino* en Wall Street. Le fueron entregados unos dardos para que los lanzara sobre las páginas de cotización bursátil del *The Wall Street Journal*. Con las acciones que el insigne primate eligió, fue confeccionada una cartera de valores que, meses más tarde, se comparó con otra, elaborada por los analistas de mayor prestigio. La selección del broker *Santino* superó en más de un 20% a la de los teóricos especialistas. Eso no fue todo; también batió al 88% de los Fondos de Inversión que operan en la Bolsa de Nueva York. Todo ello no hizo más que confirmar la *Random Walk theory* (teoría del camino aleatorio), que concluye que no es posible predecir con garantía la evolución de los mercados financieros. Burton G. Malkiel defiende en *Random Walk, in Wall Street* que los métodos de pronóstico bursátil fundamental y técnico no son más eficaces que los utilizados por los astrólogos para predecir el futuro. No se trata de ningún iluminado; la formulación matemática de Malkiel ha sido contrastada en los campos de la ecología y de la física para modelar el camino seguido por una molécula en un medio líquido o gaseoso.



El experimentado broker Santino

Santino es (espero que siga vivo) de origen alemán y, probablemente por envidia, fue desterrado a Suecia. En el exilio, volvió a concitar el interés de los científicos por sus increíbles capacidades. Al despertarse por las mañanas en su residencia del zoo de Furuvik —y sin otra salida para canalizar su despecho—, hacía acopio de pedruscos para lanzarlos a los visitantes. Lo relevante no es que los lanzara, sino que preparara con antelación su munición y la alineara cuidadosamente frente al mirador. ¿Por qué no le quitaban las piedras?, se preguntarán. Pues sí que lo hicieron y tan solo le dejaron en el cercado las rocas que por tamaño no podía mover, pero *Santino* nunca se rindió y obtenía sus proyectiles troceando partes del muro que le separaba de su auténtica vocación. El hielo acumulado entre las grietas de hormigón debilitaba alguna de sus partes y *Santino* tanteaba la pared hasta que sonaba a hueco y golpeaba con fuerza, obteniendo así sus proyectiles.

He conocido a muchos *yuppies*, *brokers* y *dealers* incapaces de actuar con tanto juicio. Lo más novedoso de la investigación fue detectar su capacidad para planificar el futuro. Es fácil para mí ponerme en su piel y comprender su enojo al no ver reconocida su labor en Wall Street. El lanzamiento de piedras era sin duda una manifestación de su estado anímico. Tuve el honor hace unos años de hacerle una visita acompañando a un grupo de científicos. Al estrecharle la mano, emitió un sonido que interpreté como lenguaje y, cuando se cruzaron nuestras miradas, intuí que me consideraba un colega del que se sentía cercano y con el que podía conectarse intuitivamente a través de un común neopalio².

Capítulo 10 Génesis bélica y escopeta nacional

The economy, stupids!

¡Es la economía, estúpido! Con esta frase, el asesor demócrata James Carville pasó a la historia por despertar de su recurrente ingenuidad al pueblo norteamericano. Consiguió dar un giro a su intención de voto, impulsando a Bill Clinton, desde su modesto sillón de gobernador de Arkansas hasta el Despacho Oval de la Casa Blanca. A papá Bush le pilló descolocado, cuando estaba convencido de alcanzar la presidencia, a partir de su condición de héroe de la II Guerra Mundial y tras su fulminante victoria en la primera Guerra del Golfo.



La frase trascendía el mero eslogan electoral y permite conservar un leve hilo de esperanza en una sociedad potencialmente capaz de mantener latente en su memoria colectiva unos inputs, que la inducen a reaccionar cuando le son manifestados con contundencia. El suceso tiene varias lecturas; me imagino encaramado en un montículo, megáfono en ristre, arengando a los soldados de todos los ejércitos del mundo, mientras se dirigen como corderos hacia su inmolación; *the economy, stupids!!* ¡Os están engañando como a chinos!; dejándoos matar, no vais a lavar el honor de ninguna patria, ni tampoco a defender a vuestras familias; vais a sacrificaros simplemente por dinero; ello sería asumible si este dinero redundara en beneficio de la sociedad, pero solo servirá para enriquecer todavía más a unos pocos; los mismos que os están conduciendo ahora al matadero. ¡Qué a gusto me quedaría!

Me he referido en anterior capítulo a los acontecimientos que a mi entender incubaron los problemas que hoy afligen al mundo. Derivaron de un feto que vio la luz en 1909, al amparo de la Legislación de Curso Legal; adquirió madurez a la sombra de los Acuerdos de Bretton Woods en 1946 y el mundo saboreó su decadente actuación en 1971 cuando, apadrinado por Richard Nixon, expulsó definitivamente del sistema al patrón oro. Ciertamente que las reservas de oro se manifestaban insuficientes para respaldar el papel moneda que progresivamente iba circulando por el mundo; cierto que, a renglón seguido, las recetas de Keynes que se adoptaron como excluyentes de todas las demás no encajaban con el respaldo aurífero, pero la mayor certeza reside en que ambos argumentos se esgrimieron como coartada para justificar un fin tan reprobable como es la financiación por tres veces consecutivas de la montura del segundo jinete del Apocalipsis, que cabalgó a sus anchas por los campos de batalla de la Primera Guerra Mundial, la Segunda y la guerra de Vietnam. No seré yo quien ponga en tela de juicio la transcendencia histórica de las doctrinas keynesianas, pero el sofisma es el arma preferida de quienes rigen nuestros

destinos y aprovechan todos los vientos para llevar a cabo sus propósitos. ¿Acaso no existían alternativas a las sacralizadas doctrinas de Keynes? ¿Se hubiese visto el mundo condenado al caos permanente de no haber existido el ennoblecido novio de Duncan Grant? (En aquella época, Cambridge no estaba para mujeres). Sea cual fuere la respuesta, lo cierto es que sus propuestas económicas fueron utilizadas en buena medida para justificar los más grandes y cruentos conflictos armados de la historia, financiados con cargo a los esquilmados ciudadanos del mundo.

Tanto la mentira como las medias verdades han sido las herramientas elegidas por quienes rigen los destinos del mundo para empujarnos a un conflicto bélico como solución a su incapacidad para salir de un estancamiento económico por métodos incruentos. No crean ni por un momento que esto es agua pasada; la última constatación la tuvimos con la iniciativa de Bush jr., respaldada con entusiasmo por Blair y Aznar. Ciertamente que Sadam Hussein era un dictador sanguinario, pero en el mundo convivían, como mínimo, una docena que lo eran tanto o más que él. El dirigente iraquí nada tenía que ver con las Torres Gemelas; falso que tuviera armas de destrucción masiva, pero para su desgracia su país era un importante productor de petróleo. La coartada perfecta para que, esgrimiendo su baja catadura moral, fuera colgado públicamente con la soga de una verdad manipulada.

Cuando con fines espurios se privó al mundo del patrón oro, se le condenó a soportar una inasumible carga de inflación monetaria, que lastró las alas del libre comercio y dio paso a la economía virtual. ¿Cabe asumir la opción del conflicto bélico como mejor fórmula para dirimir diferencias y resolver de paso los problemas económicos? Se ha utilizado con tanta profusión el modelo, que a uno le cuesta admitir que sea la perversión humana la razón última, pero de lo que no cabe la menor duda es de que el modelo ha consagrado unos esquemas que, sometidos al influjo de la ambición, se han ido pervirtiendo cada vez más. La pugna entre las grandes potencias para erigirse en gendarmes del mundo ha pesado lo suyo y acabó definitivamente con la gallina de los huevos de oro (nunca mejor dicho).

Peculiaridades made in Spain

La historia ha demostrado que España —al igual que la mayoría de sus primos hermanos PIGS— ha vivido fascinada por los caudillismos. La crisis obligó al fin a los italianos a prescindir de su *cavaliere* Berlusconi, pero media España sigue aclamando al que fuera su homólogo, obviando que José María Aznar fue el principal promotor de la burbuja inmobiliaria y quien dejó a la industria estratégica de este país como un solar, culminando su gestión con la venta de Endesa a los italianos de Enel, tras encargar a su pupilo Pizarro que evitara por todos los medios que la eléctrica cayera en manos de una empresa española, por arrastrar la terrible lacra de ser, además, catalana. Lo dijo bien claro su fiel Esperanza Aguirre: «Lucharé para evitar que las grandes empresas españolas trasladen su sede fuera de territorio nacional [Cataluña]». Soy consciente de que lo que a mí me sorprende pueda ser precisamente el principal acicate para que media España siga idolatrando a quien, por recomendación de Bush, se convirtió en el hazmerreír de las universidades norteamericanas, convencido de que sus credenciales de funcionario de Hacienda le facultaban para dar clases magistrales en Harvard. Para nuestra desgracia, le sucedió un inconsciente Rodríguez Zapatero, que se creyó su mensaje de «¡España va bien!» y acabó de estropearla, tal como sucede la mayor parte de las veces en las que se

produce un relevo «ideológico» en el Gobierno español. Zapatero mantuvo intocables los desaguizados de Aznar y dio al traste con sus escasos aciertos, exactamente lo mismo que hizo este último con el legado de Felipe González.

Con subrayados matices, me quedo sin argumentos para rebatir a quienes claman por un despilfarro autonómico, que se ha constituido en piedra angular de nuestras penurias y que nos mantiene anclados en el fondo del pantano. Alguien tan poco sospechoso como Joaquín Leguina reconoce públicamente que el proyecto de Constitución Española de 1978 tenía previsto el reconocimiento de dos únicos entes nacionales, aparte del español: Cataluña y Euskadi (lo de menos era que se apellidaran nacionalidad o nación). El hombre siente ahora vergüenza colectiva al reconocer el sometimiento a «bastardos» intereses electoralistas —emanados principalmente de Andalucía—, que impusieron el «café para todos». Ahí empezó el escándalo, resurgiendo con ímpetu la pandereta y un renovado «¡viva la nueva Pepa!» en todos los rincones de una piel de toro, que hasta entonces se había mostrado entusiasmada con el yugo y las flechas, de sus Reyes Católicos, recuperados por el que fuera durante cuarenta años su invicto caudillo. Durante la transición, pasé largas temporadas en Madrid y doy fe de que la opinión en la Villa y Corte estaba dividida entre quienes confundían las estrellitas de su recién estrenada bandera con la propaganda de una conocida marca de cerveza y quienes se escandalizaban por su similitud con la simbología de la Unión Soviética. Varias autonomías convocaron referendos para elegir los colorines de su bandera, Todas estas iniciativas tendrían un reconfortante carácter festivo e incluso podrían acceder a la categoría de gran «tomatina» nacional, si no fuera porque han contribuido decisivamente a llenar de plomo las alas de un Estado, al que históricamente le ha costado Dios y ayuda despegar de situaciones económicas comprometidas. El conglomerado de fuerzas vivas del franquismo, con una evolucionada capacidad de adaptación al medio, no se imaginaba que el secular folclorismo hispano de capillitas pudiera jugar esta vez a su favor. No tuvieron mayor inconveniente en renunciar a su programático jacobinismo, optando por el sibilino «divide y vencerás». Esta jugada maestra se revelaría más tarde como el arma más eficaz para neutralizar las aspiraciones soberanistas de Cataluña y Euskadi y, al mismo tiempo, para perpetuar un régimen político más próximo al modelo orgánico que a una democracia abierta y auténticamente representativa.

Soluciones Sam & Company

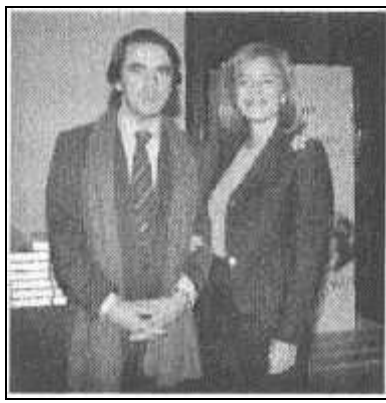
Algunos no dieron con la piedra filosofal para salir de la crisis, pero dispusieron en cambio de la habilidad suficiente para implementar soluciones a su medida. Las recetas del ex presidente José M^a Aznar expuestas en su obra cumbre *España puede salir de la crisis* —presentada en Harvard en abril de 2009 junto a su perro *Sam*— van en esta dirección. Cierto que todavía no he logrado dar con la clave para poder interpretarlas, pero lo importante es que hemos podido asistir a su aplicación práctica.



El joven Labrador Sam y su cuidador José María presentaron en Harvard el libro España puede salir de la crisis. De común acuerdo, decidieron no compartir su secreto con Mariano Rajoy al constatar que era un socialista infiltrado, que sube los impuestos.

En 2006 y gracias a sus reconocidas dotes de seducción, había entrado a formar parte del Consejo de Administración de News Corporation (el *holding* del incorruptible Rupert Murdoch), con unos emolumentos de 230.000 dólares; un pequeño sobresueldo, suficiente para rescatar de la crisis, a una alcaldesa in pectore y a su esforzada prole. Su gestión fue tan exitosa que, en octubre de 2010, fue reelegido en una Junta General, marcada por el escándalo de las escuchas ilegales del *News of the World*. Posteriormente y gracias de nuevo a su particular carisma, consiguió que la empresa pública italiana Enel — propietaria de Endesa— lo contratara para asesorar a su presidente Borja Prado Eulate, en su estrategia latinoamericana, a cambio de 300.000 euros anuales, lo que cabe considerar un mérito añadido, habida cuenta de que lo único que tiene Aznar en aquella zona son enemigos.

Nos ayuda a comprender mejor la gran demanda de su eficaz asesoramiento el hecho de que Borja **Prado** es además del boss de Endesa —por voluntad de la agraciada Enel—, presidente en España de Mediobanca, la empresa que asesoró a Florentino **Pérez** en su asalto a Iberdrola. En tomo al presidente del Real Madrid, gira el gran grupo de presión español del siglo XXI, integrado por los March, Rodrigo Rato, Del Rivero y, como no, Emilio Botín, conocidos en los medios financieros cómo la **orquesta de Pérez-Prado**. Esta gente no hace ascos a nada ni a nadie cuando se trata de llenar su bien surtido puchero, mostrando su habilidad para hacerlo, tanto bajo presidencia aznarista, como a lo largo del mandato socialista. El *conseguidor* Aznar es su apuesta para continuar el festín durante el gobierno Rajoy. Poco habría que objetar sobre la acción benefactora del ex presidente español, si su padrinazgo se orientara a favorecer a una cadena de tiendas de moda, pero la realidad es que pone su red de influencias al servicio de unas empresas de gas, electricidad, telefonía, concesionarias de autopistas y de energías renovables, cuyos ingresos dependen de decisiones administrativas del gobierno de turno.



Las dos socios fundadores de la consultora Famaztella (familia Aznar-Botella).

La consultora Famaztella (familia Aznar-Botella) declaró en 2009 unos beneficios de 445.500 euros, que desde la creación de la empresa familiar en 2004 supera la cifra de dos millones de euros. En sus cuentas, figuran 917.000 euros en depósitos a largo plazo y 769.000 a corto. Los 60.000 euros que cobraba Aznar López por cada conferencia desde que abandonó el gobierno (reducidos a la mitad a partir de que dejara de fotografiarse junto a Bush) van directamente a una SICAV con tributación del 1%. En 2006 se montó la polémica, a raíz de su vinculación con News Corporation, ya que durante el periodo de incompatibilidades con el cargo de presidente del gobierno había estado percibiendo emolumentos del *holding*. Aznar se vio obligado a publicar una nota para explicar las vinculaciones de Famaztella con News Corporation, que solamente convenció a sus incondicionales.

Pasó la época en la que los dirigentes políticos podían hacer variar el rumbo de las economías patrias. Faltan a la verdad quienes afirman que pueden seguir haciéndolo. Su capacidad de maniobra no alcanza a modificar coyunturas, ya que en los tiempos de la globalización es la inercia de la economía mundial el factor que lo determina. Los líderes de los distintos países que han dirigido sus destinos durante la última crisis han sido castigados electoralmente con independencia de su color político. José María Aznar presume de haber realizado una gran gestión económica durante su mandato, cuando su exclusivo mérito fue coincidir con un periodo expansivo de la economía. En circunstancias inversas, referentes como Berlusconi han caído en desgracia y no creo que su capacidad de maniobra fuera inferior a la del actual presidente del *think tank* del PP. Pedro Solbes —que me consta no es hombre al que le condicione la erótica del poder—, al constatar la cruda realidad, decidió poner pies en polvorosa, consciente de que nada podía hacer e impedido por servidumbre política a llamar a las cosas por su nombre.

Francisco González, Manuel Pizarro y Cesáreo Alierta —aventajados pupilos de Aznar— utilizaron idénticos mecanismos para alcanzar sus objetivos. Supieron anticiparse tres lustros para desactivar eventuales crisis, coincidiendo en el diseño de clónicos e ilustrados chiringuitos financieros, con la intención de evacuarlos a partir del correspondiente «pelotazo». Ya casi ha pasado al olvido aquella gloriosa etapa, pero fue el escenario donde tan insignes aznaristas aliviaron sus pesadumbres financieras y cimentaron sus fortunas. Era difícil pensar entonces que aquel hombre que fundó FG Inversiones para vendérsela a Merrill Lynch —en contra de la voluntad de los accionistas minoritarios— fuera situado poco después al frente del BBVA por José M^a Aznar, que hubiera vendido su alma al diablo con tal de diluir la supuesta influencia del nacionalismo vasco en el segundo grupo bancario español. Pizarro hizo lo propio con su sociedad

Ibersecurities, que endosó al Banco de Sabadell, operación de la que en la entidad catalana se acordarán toda la vida. Por su parte, Cesáreo Alierta —tras su amancebamiento financiero con Javier de la Rosa— endosó su criatura Beta Capital a los holandeses de Meers Pierson, que a su vez hicieron lo propio con Fortis Bank, entidad que, tras vertiginosa rueda, se quedó definitivamente sin silla. BNP-Paribas se la adjudicó al fin en pública subasta, mientras don Cesáreo en su poltrona de Telefónica se fumaba el puro que tenía reservado desde que abandonó Tabacalera. Nunca entendí la persistente ingenuidad de tantas entidades foráneas, compradoras de chiringuitos financieros más o menos ilustres, cuyas previsiones y viabilidad resultaron fallidas una y otra vez. José M^a Aznar había conseguido colocar a dos de sus pupilos en los cargos de presidentes de Endesa y Telefónica; se las arregló también en el caso de Francisco González, para situarlo al frente del BBVA, aprovechando el desbarajuste que provocó la inducida y turbia absorción de Argenta (antiguo Banco Exterior) por parte del BBV.

Desde que me enfrenté al primer folio de este libro, está en mi ánimo el intentar transmitir lo más claramente posible de qué va todo esto, desmarcándome de consabidas generalizaciones y mareantes perdices. La figura de José María Aznar me resulta impagable para sintetizar los vicios socio-estructurales que he venido denunciando y que otros —en uso de su libre albedrío— consideraran virtudes. Su talante eminentemente caudillista entronca sociológicamente con el ala falangista del franquismo. Al igual que hiciera Franco con el Opus Dei, introdujo a los Legionarios de Cristo en la élite político-financiera del país. Con métodos heterodoxos, logró blindar a distintos «compañeros de pupitre» en puestos clave del conglomerado económico-financiero (Telefónica, BBVA, Endesa etc.). Fue el máximo impulsor de la burbuja inmobiliaria y del expolio de empresas estratégicas. Apuré todos los argumentos para respaldar un conflicto bélico, que ocultaba espurios objetivos económicos, lo que me ayuda a establecer las analogías conceptuales que impulsaron también las dos guerras mundiales y la de Vietnam —que le han reportado, por otra parte, cuantiosos réditos personales—. Importó la versión carpetovetónica de los *lobbys* USA con su *think thank* de FAES, adornándolo con variopintas propuestas, que no logran ocultar el objetivo prioritario de mantener vivos los principios nacional-católicos. Ha moderado últimamente los tics peronistas, pasando a inspirarse en la filosofía «chiraquiana», no cejando hasta colocar a su consorte al frente de la alcaldía de la capital. No podía haber encontrado personaje más idóneo y cualificado para respaldar mis tesis.



Tan solo dos banqueros en todo el mundo han sobrevivido durante más de tres lustros a dos crisis y a un modelo perverso del que fueron partícipes: Emilio Botín (Santander) y Francisco González (BBVA). Hasta septiembre de 2010, les acompañaba en este mérito Alessandro Profumo (Unicredit), pero gracias a que en Italia —excepto para Berlusconi— «la legge è uguale per tutti», Profumo tuvo que abandonar el cargo al estar imputado por evasión y blanqueo de 245 millones de euros en 2009.

Otro que tenía la receta para salir de la crisis fue mi ex compañero de Consejo

Antonio Zoido, que como presidente de la Bolsa de Madrid ha venido percibiendo un salario de más de un millón de euros entre fijos y variables. Se retira con un fondo de pensiones de 3 millones de euros, aportados por Bolsas y Mercados Españoles (el *holding* que controla las bolsas en España), más tres anualidades por cesar en sus funciones. Las acciones de BME se depreciaron un 61%, de 2008 a 2011, con el consiguiente perjuicio para el resto de inversores y partícipes del plan. Sus percepciones estaban condicionadas a que su presidente Zoido obtuviera para el *holding* una tasa de retomo del accionista (TSR) del 30%. Antonio se despide con un guiño dirigido a los adelantados de la comunidad financiera, mostrándoles el camino de cómo capear personalmente cualquier crisis, sin que les decaiga el ánimo por las pequeñas averías que pudieran afectar a terceros.

No parece que vayan a ser tampoco los «expertos financieros» de la Comisión Europea quienes nos garanticen la salida de la crisis, ya que siguen siendo los mismos que la provocaron o, en el mejor de los casos, los que no movieron un solo dedo para evitarla. Alianza para la Regulación, Transparencia y Ética en la UE (Alter-UE) —que agrupa a 160 organizaciones europeas académicas y de la sociedad civil— ha denunciado reiteradamente que el brazo ejecutivo de la Unión sigue apoyándose, antes y después de la crisis, en los mismos *lobbys* financieros. Los promotores de la fracasada regulación bancaria, los representantes de los *hedge funds*, los de los paraísos fiscales y los de las sociedades de *rating* superan en la proporción de cuatro a uno a los representantes del mundo académico y de la sociedad civil, en cada uno de los 20 grupos de expertos que asesoran a la Comisión Europea. Cabe destacar entre ellos a Jacques de Larosiére, gerente del Fondo Monetario Internacional durante la oleada de ajustes estructurales de los años ochenta —actualmente consejero de BNP Paribas—, y a Callum McCarthy, que estuvo al frente de la Autoridad de Servicios Financieros de Gran Bretaña de 2003 a 2008 y corresponsable del desastre del banco Northern Rock. Forman parte también de este selecto grupo con capacidad ejecutiva Rainer Masera de Lehman Brothers, Otmar Issing de Goldman Sachs y Onno Ruding de Citigroup. Estas «eminencias» han creado un organismo denominado Consejo Europeo de Riesgos Sistémicos, que, según dicen, será capaz de detectar burbujas y situaciones de riesgo que impedirán futuras crisis. Acuden a mi mente idénticas comisiones creadas al producirse cada una de las anteriores crisis y, por mas optimismo que intento insuflarme, no parece que lo nuestro tenga solución.

Capítulo 11 ¿Quién vigila al vigilante?

Pontífices de una hipocresía

EL debate suscitado en torno a las agencias de *rating*, asimilable al del huevo y la gallina, sintetiza en sí mismo todos los problemas que inciden en el mundo de las finanzas. ¿Quién vigila al vigilante? Y, a su vez, ¿quién vigila al que vigila al vigilante? De resolverse tal disyuntiva, habríamos dado con la piedra filosofal, aplicable no solo al ámbito de las AR, sino a todos y cada uno de los estamentos financieros. No existen discrepancias sobre la necesidad de contar con unas agencias de *rating* auténticamente independientes y obligadas a responder de sus diagnósticos, en el caso de que se manifiesten falaces, pero en cuanto se diluye el último escándalo nadie mueve un dedo para que esta aspiración se transforme en realidad. Únicamente se habla de regeneración cuando se produce un fiasco empresarial de grandes dimensiones o se cruza una crisis en el camino. Las agencias de *rating* se durmieron en los laureles y las tres que conforman la «santísima trinidad» entraron en profundo sueño rem al constatar que, con el paso del tiempo, sus calificaciones habían adquirido dimensión dogmática. El emisor de títulos no es para las agencias de *rating* un cliente al que deben cuidar; entienden que es el cliente en su caso quien debe de estarles agradecido, por el hecho que se dignen concederle una calificación aceptable. Cualquier emisor, sea público o privado, ha precisado hasta ahora, más que del aire que respira, de una buena calificación para colocar con garantía de éxito sus productos financieros. Especialmente con los activos de renta fija, se produce un efecto perverso, ya que los fondos de inversión y de pensiones están condenados a conformar sus carteras, en función de la calificación que las agencias otorgan a cada emisión. Por idéntica razón, cuando se produce una rebaja del *rating* de cualquiera de ellas, los gestores de estas entidades se ven empujados a vender, a pesar de que el precio de venta quede por debajo de su fundamental. El efecto se retroalimenta por hallarse el subsiguiente y potencial comprador institucional sujeto a idénticas limitaciones, lo cual provoca por simpatía el desplome de las cotizaciones.

En el caso de los bancos, el fenómeno adquiere tintes surrealistas, ya que existen bonos gubernamentales cuyo *rating* a efectos regulatorios de capital computa a riesgo cero; es decir, que estas entidades pueden adquirir ilimitadamente bonos gubernamentales sin que el regulador exija capital a cambio. De esta forma, se ve incentivada la acumulación de estos bonos en sus carteras, aumentando su apalancamiento y acentuando su riesgo sistémico. Las consecuencias las vimos gráficamente no hace mucho con el derrumbe del banco franco-belga Dexia —una de las mayores instituciones mundiales en la financiación del sector público—. Para quienes no estén muy versados en apalancamientos y riesgos sistémicos, sepan que este tipo de actuaciones tiene como consecuencia directa la estrangulación del préstamo al sector privado, propiciando la esclerosis de la actividad económica. Paralelamente, se produce el desarme moral de los gobiernos para exigir a los bancos que abran el grifo del crédito. Tales interdependencias explican la postura de las tres agencias de *rating* situadas por encima del bien y del mal e

inmunes a las fundamentadas críticas sobre su arbitraria actuación. Debieran haber visto restringido su papel al de auditores ilustrados, pero por intereses espurios se les ha permitido constituirse en árbitros inapelables; alguien creó un monstruo y ahora se queja de que le muerda. La indolencia manifestada por la clase política para liberarse de sus dictados lleva a sospechar que son oscuros intereses los que en última instancia aconsejan mantener el actual estatus, utilizando los dictámenes de las agencias para inducir movimientos de los mercados en beneficio de unos pocos. Parece incluso que el poder de los valedores de las agencias de *rating* excede al propio FMI, que las criticó abiertamente al incluir en octubre de 2010 un capítulo en el *World Economic Outlook* titulado «Usos y abusos de las agencias de calificación». Jean-Claude Juncker, presidente del Eurogrupo, y Jean-Claude Trichet, anterior presidente del Banco Central Europeo, calificaron la actuación de estas agencias de «irracional». No es para menos, si atendemos al reciente historial de sus dictámenes: WorldCom, Parmalat, Enron, AIG, Goldman Sachs, AMRO, Dubai Investments, Lehman Brothers; todas ellas, calificadas como AAA o AA por las agencias norteamericanas el día anterior a su quiebra.

Como cualquier otra empresa, el objetivo de las agencias de calificación es ganar dinero. Sufrieron un virtual descrédito con el estallido de la crisis financiera y, a partir de entonces, diseñaron su estrategia corporativa, apostando descaradamente por la huida hacia delante. Optaron por lavar su imagen, rebajando indiscriminadamente los *ratings* y convirtiéndose en abanderadas de un rigor financiero que, poco antes, ellas mismas habían hecho saltar por los aires. Puede decirse que disfrutaban de un impermeable desprestigio, ya que su preocupación es escasa al comprobar que la pésima imagen no repercute en absoluto en sus resultados. Tanto Moody's como Standard & Poor's alcanzaron en el primer semestre de 2011 una facturación récord y un incremento cercano al 50% de su beneficios. A su puerta, se agolpaban centenares de empresas e instituciones, suplicando una mísera calificación «B» para poder captar algo de dinero, al encontrarse totalmente desecados los cauces bancarios.

Las agencias de *rating* iniciaron su andadura hace más de 100 años trabajando en un primer momento para los inversores, pero cayendo enseguida en la cuenta de que ganarían más dinero calificando a los emisores. Ya es sospechoso que su *ranking* no venga determinado por su capacidad profesional, sino por su antigüedad. En el mundo coexisten alrededor de 70 agencias de *rating*. La Comisión de Bolsa y Valores de Estados Unidos (SEC) tiene reconocidas una decena de ellas, pero el 92% del negocio se lo reparten entre Standard & Poor's, Moody's y Fitch, superando los 2.000 millones de beneficios anuales.

Aunque Standard & Poor's se constituyó a mediados del siglo XIX, adquirió su mayor relevancia a principios del XX, coincidiendo en 1907 con la quiebra de Knickerbocker Trust Co., que hizo perder a la Bolsa de New York la mitad de su valor. Este es el *ranking* por orden de importancia en el que el mayor mérito corresponde a la antigüedad:

1860: Standard & Poor's - EE.UU.

1909: Moody's - EE.UU.

1913: Fitch - EE.UU.

1976: DBRS (Dominion Bond Rating Service) - CANADÁ

1994: DGCR (Dagong Global Credit Rating) - CHINA

1995: Egan-Tones (EJR) - EE.UU.

A las agencias menores, no les quedaba otra, que reiterarse en el rigor y ser más

papistas que el Papa. Egan-Jones tuvo el valor de rebajar en julio de 2011 —con solidez de argumentos— la calificación de la deuda de EE.UU. de AAA a AA+. Consiguieron que se hablara de ellos e incluso que algunos descubrieran su existencia, pero acabaron pagando su osadía con el descabezamiento de su cúpula. ¿Acaso S&P, Moody's y Fitch no tenían la misma calculadora? Probablemente su veteranía las convierta en más patrióticas. La que tenía la calculadora bien engrasada fue la china DGCT, que decidió dar un paso más al rebajar la calificación de la deuda de EE.UU. hasta A+, pero poco importa; lo más fácil del mundo es desprestigiar a los chinos, identificándolos con el todo a cien, ¡cómo se atreven a darle lecciones al tío Sam! Cualquier persona mínimamente informada sobre cuestiones económicas sabe que un país como Estados Unidos, con un nivel de deuda que supera el 100% del PIB y con tres guerras no declaradas —que han supuesto un gasto superior a los tres billones de dólares— no puede tener mejor calificación que Canadá, cuya deuda no supera el 35% de su PIB. Otra cosa bien distinta es que la quiebra de EE.UU. sea en la práctica imposible, al emitir su deuda en dólares e imprimir la moneda que mueve al mundo, lo que nos llevaría al debate de si es mejor estar financieramente saneado o ser un gigante.

Picaresca financiera y riqueza virtual

El mundo de las finanzas ha perdido la razón y todos estamos un poco locos por permitirlo. «Locura es repetir una y otra vez lo mismo, esperando resultados diferentes». No lo digo yo; lo dijo alguien infinitamente más cualificado apellidado Einstein. Pocas cosas existen que ayuden a corroborar tanto el efecto mariposa y la teoría del caos como la economía financiera.

Sorprende a la mayoría que el efecto provocado por el estallido de la crisis hipotecaria estadounidense pudiera repercutir de forma tan contundente y en tan corto espacio de tiempo, en todos los rincones del planeta. Sucede que determinadas decisiones políticas, que en ocasiones pueden pasar desapercibidas, son potencialmente susceptibles de pervertir gravemente el sistema. Alguien tan aparentemente inocuo como Bill Clinton fue determinante en este sentido, al plegarse a las exigencias de los grupos financieros de presión norteamericanos, dando luz verde a un diseño que tendría graves consecuencias al actuar como plataforma de posteriores desmanes bancarios, que actuaron como detonantes de la crisis. Por supuesto que no me refiero a cuando hizo un frívolo uso del habano con la complicidad de Mónica Lewinsky, sino cuando derogó la ley que exigía la separación entre banca comercial y banca de inversión. El modelo español, por su parte, mantuvo siempre esta aparente independencia, aunque, fiel a su tradición picaresca, se manifestara tan solo como una simple separación de habitáculos, ya que la gran banca comercial siempre ha ejercido un control absoluto sobre sus filiales de inversión. No se persigue en el caso español, ni mucho menos la transparencia, sino el curarse en salud ante la previsible eventualidad de que pueda destaparse algún escándalo financiero. Llegado el caso, el banco matriz se reserva así la facultad de escindir a su filial contaminada o, en caso extremo, disolverla.

Existe una diferencia fundamental entre la banca de inversión española y la anglosajona —especialmente la norteamericana—. Allí las entidades dedicadas a este menester son (o eran) grandes instituciones autónomas de ámbito multinacional y algunas de ellas con actividad centenaria. España se encontraba antes del *crash* en una etapa post-

iniciática y en situación de éxtasis permanente ante el fulgurante modelo de Wall Street.

Es práctica común que los bancos de inversión incluyan en las carteras gestionadas de sus clientes uno o dos títulos de conveniencia denominados en el argot «marmolillos». Suelen ser activos de cosecha propia y, en cualquier caso, de escasa solvencia y dudosa viabilidad. Dos pueden ser las motivaciones que lleven a incluirlos en las carteras administradas: intereses de grupo o altas comisiones de colocación. Repasemos el detalle de las comisiones percibidas por las entidades de inversión, de sus clientes de cartera de valores:

Comisión en concepto de gestión y administración, que suele estar compuesta por un fijo, más un porcentaje sobre los beneficios, pero nunca deducible de las pérdidas.

Comisión de colocación percibida por el emisor, cuya cuantía suele ser inversamente proporcional a la solvencia del activo colocado.

Comisión por compra-venta de títulos.

Comisión por cuenta de las Sociedades Gestoras por colocar de forma redundante, participaciones de sus Fondos de Inversión o de pensiones.

En algunos casos, se percibe además una comisión de depósito, por unos títulos que no son más que referencias electrónicas.

Pasa igualmente inadvertido el cobro de comisiones a los partícipes de un Fondo de Inversión, al ser estas deducidas internamente, en concepto de comisiones de gestión. De ahí que la inmensa mayoría de fondos garantizados jamás generen los resultados previstos, neutralizando las comisiones buena parte de la rentabilidad destinada a los partícipes.

La palabra clave y en ocasiones letal para el incauto inversor es «diversificación». Se esgrime con profusión este concepto, cuya recta aplicación persigue minimizar el riesgo de la inversión, pero, en más ocasiones de las deseables, se prostituye tal finalidad, atomizando innecesariamente la estructura de las carteras y allanando así la posibilidad de incluir los preceptivos «marmolillos». Tan viciada práctica, no suele plantear mayores problemas en situación de alegría bursátil. Si las carteras se diversifican con una docena de valores y diez de ellos presentan revalorización —fracasando los «marmolillos», tal como era de prever—, el balance final es satisfactorio y todos tan contentos. El conflicto aparece cuando nos enfrentamos a un escenario de crisis bursátil; los valores con cotización normalizada empiezan a generar minusvalías, mientras los «marmolillos» las triplican y en ocasiones se muestran totalmente invendibles. En el caso de que sea factible su venta, siempre queda el recurso de consolar a los clientes, diciéndoles que podrán compensar fiscalmente las minusvalías que se les haya provocado.

Existe una diferencia abismal entre el primitivo BANIF —cuna de la mejor tradición de banca de inversión inspirada en el modelo europeo— y el que se ha convertido hoy, en una franquicia ideológica del peor modelo *yankee*. La tradición de BANIF se fraguó al amparo del grupo Europartners y con un enriquecedor intercambio de experiencias. Los códigos de actuación interna consensuados con las divisiones de banca de inversión de Commerzbank, Banco di Roma y Credit Lyonnais, avalaron la época dorada de una institución cuya filosofía ha sido sustituida en los últimos años por el mero afán de lucro. Nada tiene que ver el asumir una puntual pérdida en renta variable —inherente al riesgo—, que hacerlo con unos títulos de renta fija como los de Lehman Brothers o Madoff que se vendieron a los clientes como garantizados. La entidad colocadora es la responsable de que tal garantía sea cierta; para ello, cobra una jugosa comisión que no se justifica por ningún otro concepto. Necio sería quien, para obtener una modesta rentabilidad, arriesgara

la pérdida de todo su capital.

A lo largo de mi trayectoria profesional he podido constatar algunas paradojas. Una de ellas es que, a partir de un cierto límite, el dinero deja de ser moneda para convertirse en unos apuntes recogidos en un extracto de cuenta. Hay gente que pasa a mejor vida y durante años lo único que han visto de su amasada fortuna ha sido movimientos y saldos contables reflejados en unos extractos bancarios. Cuando desaparezca el soporte papel —objetivo en el que están empeñadas las entidades financieras—, se habrá dado un paso de gigante hacia la definitiva riqueza virtual.

En el fagocitado Banco Central-Hispano, se hizo famosa una clienta que era objeto de generalizada y subterránea chanza por parte del personal, debido a que cada mes acudía puntual a la ventanilla de caja y pedía que le dieran todo el dinero que tenía en su libreta de ahorro. Después de contarle minuciosamente y comprobar que el importe coincidía exactamente con el saldo anotado, lo entregaba de nuevo al cajero para que lo volviera a ingresar. En el fondo, aquella buena señora reaccionaba inconscientemente ante una potencial amenaza y mostraba tener más previsión de futuro que sus sonrientes detractores, ajenos al peligro que les acechaba de ser sustituido por una máquina digital. La señora en cuestión era de derechas de toda la vida y tenía como todo el mundo sus fobias y sus filias; ni les cuento cómo se puso el día que entró en su oficina y la vio toda pintada de rojo y además le habían cambiado al cajero de toda la vida.

Justicia subordinada

No vamos a descubrir a estas alturas que la prueba del algodón para medir la salud democrática de cualquier Estado es la real y visualizada separación de poderes. Se hace difícil poder demostrar que sean prevaricadoras sentencias que ofenden al sentido común, a no ser que por un exceso de confianza los guardianes de la ley se excedan, extorsionando a los ciudadanos —tal como sucedió con el juez Pascual Estevill—. Es grotesco que el Consejo General del Poder Judicial actúe de juez y parte y, en general, castigue a los oficiosos prevaricadores con la suspensión temporal del cargo o con un simple cambio de jurisdicción. Estevill no fue el único magistrado corrupto de las Españas; fue al que se le pilló con las manos en la masa; perdió el norte, organizando —en connivencia con el catedrático Piqué Vidal— una trama judicial que sufrió filtraciones, impidiendo que, por una vez, sus corporativistas colegas pudieran seguir haciendo la vista gorda.

Pascual Estevill no fue cliente de BANIF; depositaba el producto de sus extorsiones en Lloyds Bank. Sí lo fueron, en cambio, otros magistrados que durante años ingresaron respetables cantidades de dinero negro en pagarés del Tesoro, en primas únicas o en cesiones de crédito. No puedo asegurar con certeza la procedencia de sus recurrentes caudales, pero es un hecho que las cantidades aportadas superaban con creces su salario y no se les conocía otra actividad que justificara aquellos emolumentos.



Juez, Luis Pascual Estevill. *La única persona en España que puede presumir públicamente de haber extorsionado con éxito a un banquero (Alfonso Escámez).*

Hay cosas que solo pueden suceder en un país PIG como España. ¿Qué se podía esperar de un pastor de cabras como Pascual Estevill, que a los veinte años leía con dificultad y que en 1971 se había presentado a Procurador en Cortes por Tarragona? La peculiar democracia española lo consagra, nada menos, que como vocal de su Consejo General del Poder Judicial. Es la síntesis y el genuino representante de los monstruos que es capaz de generar un régimen político pactado con la dictadura y cuyas servidumbres y carencias democráticas —en todos y cada uno de sus estamentos— son ignoradas por una sociedad que en el fondo se avergüenza de haberlas auspiciado de forma irreversible. Si algo tienen en común Estevill y Piqué Vidal —además de un absoluto desprecio por la justicia— es que no son tontos. No se iban a lanzar a organizar una trama judicial de estas características sin antes asegurarse de que se movían en un terreno abonado de corrupciones que garantizara el éxito de su negocio. No es casualidad que lanzaran sus anzuelos en empresas como Asland, Macosa o Fecsa controladas por la gran banca, dedicando especial atención al más franquista y permisivo de sus presidentes (Alfonso Escámez).

En plena transición, ejercía de Fiscal Jefe de la Audiencia de Barcelona un individuo proclive a algunos vicios entre los que sobresalía el del juego. Vamos a dejarnos de subterfugios; era un ludópata de tomo y lomo. Cliente habitual del casino de Sant Pere de Ribes y buen cliente de dinero negro de BANIF. Un día que había sufrido un descalabro en el bacará, le pidió con carácter particular un préstamo de dos millones de pesetas a su gestor de cuentas —miembro de una acomodada familia—. Pasaba el tiempo y no saldaba la deuda. El gestor era licenciado en Derecho, pero desde que terminó la carrera jamás había ejercido. El ilustrísimo fiscal de la mano agujereada le propuso que —para saldar la deuda— le conseguiría un nombramiento de magistrado suplente. Se presentaban ocho candidatos para cubrir nueve plazas y el aspirante no tuvo que hacer frente a oposición ni prueba alguna de aptitud. Por Real Decreto publicado en el BOE, el gestor financiero se convirtió de la noche a la mañana en magistrado de la Audiencia. El absentismo de los titulares de los distintos tribunales era algo más que un hábito y sus actuaciones como magistrado suplente se multiplicaron en el tiempo. Actuó como ponente en varias causas y llegó a juzgar a la remanguillé, delitos de sangre de delincuentes como el Vaquilla. El ilustrísimo ludópata pasó con los años a mejor vida, pero un puñado de magistrados suplentes apadrinados por él siguieron ejerciendo con el único mérito de haberle hecho algún favor. Vivimos en un país en donde gobierno y oposición se pelean constantemente por las causas más peregrinas, mientras que el control democrático sobre estamentos clave no pasa de ser una quimera. Nos guste o no, la sociedad en su conjunto es responsable subsidiaria de estos desmanes y, más pronto que tarde, pagará caras sus servidumbres a la

indiferencia.

Durante años tuve de compañero de profesión a un personaje pluriempleado. Complementaba su jornada laboral en BANIF con la fiscalía de cuatro importantes localidades, además de ostentar la Presidencia de la Cruz Roja y con tiempo sobrado para cumplir religiosamente con todos sus compromisos con el Opus Dei. Va a ser difícil que alguien haga variar mi opinión respecto a cómo funcionan las cosas en España y concretamente en el ámbito de la justicia. Lo que me llama poderosamente la atención es que la gente se sorprenda de haber llegado a donde hemos llegado y se rasguen las vestiduras con cada caso que adquiere dimensión mediática. Multiplíquenlos por diez mil y tendrán una idea aproximada de los casos que no tienen acceso a las páginas de los periódicos.

¿Realmente alguien pensaba que una Administración de justicia, heredera de una dictadura y gestionada desde el principio por tenebrosos jueces y fiscales, pudiera redimirse de forma espontánea? El relevo generacional se ha producido, pero gracias al impenetrable corporativismo sus tics se han mantenido inalterables entre las nuevas promociones. El estamento judicial será, sin duda, el último reducto del «nepotismo ilustrado» en el caso de que este país se libere algún día de los nexos espirituales que le ligan a su reciente pasado. Existen cientos de pruebas en este sentido; el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo condenó en 2011 al Estado Español a indemnizar a un tal Arnaldo Otegui, porque el Tribunal Supremo le impuso un año de privación de libertad, por afirmar que S.M. el rey era el jefe de los torturadores. Ocurre que entre los integrantes de las altas instancias del Estado, tampoco sobra inteligencia y lo que no pasaría de ser una simple anécdota, se transforma en el implícito reconocimiento por parte del más alto tribunal europeo, de que en España se sigue torturando a la gente. Lo que en cualquier país civilizado provocaría una crisis de gobierno, aquí no ha producido ni tan siquiera, el menor debate político ya que todo el mundo da por sentado que el afectado es más malo que la tiña y se merecía un mayor castigo. Es por otra parte la propia Constitución, la que determina, quien es el jefe supremo de todas las Fuerzas Armadas, torturadores incluidos.

El «Gran Sanedrín» no podía dejar de controlar un elemento tan estratégico como es la judicatura. A una señal suya, sus peones afectos funcionan como un banco de pirañas. Cuando alguno de sus colegas es señalado, se muestran implacables. El juez Garzón se atrevió a tocar la fibra más sensible, arrogándose la potestad de investigar los crímenes del franquismo. De mirarse con lupa la trayectoria de cualquier juez o magistrado con años de servicio, la mayoría podrían ser procesados por cohecho impropio y el resto por prevaricación. En esta ocasión, le tocó el turno a Garzón, pero cualquiera de sus colegas podría ocupar su lugar en el caso de ser señalado. Mientras, a la sociedad española no parece preocuparle en exceso este tipo de arbitrariedades; los medios serios del mundo, como *The New York Times*, calificaban el hecho de «ofensa contra la justicia y la historia». De la misma forma que he criticado los puntos débiles de EE.UU. y especialmente la funesta actuación de algunos de sus presidentes, es de justicia manifestar que la prensa de aquel país es probablemente la única del mundo a la que se puede considerar genuinamente libre y democrática y el más eficaz contrapeso de los excesos de sus políticos, financieros y jueces. Es de vergüenza colectiva que tenga que ser el *New York Times* —en su edición del 5 de febrero de 2012— el que tenga que denunciar que la judicatura española ofende a la justicia y a la historia, aunque lo más grave de todo es que

la mitad del país avale tal proceder, mientras la judicatura se muestra satisfecha de sus rictus pre-democráticos y de una herencia autocrática, que consagró y propicia sus continuos atentados contra la ley natural.

La banca tiene en la Administración de Justicia a su mejor aliado. Las sentencias en firme falladas en contra de bancos y cajas no superan el 8 por 100 del total de querellas. Para los delitos de mayor enjundia, siempre existirá un magistrado dispuesto a incurrir en un defecto de forma o a apurar el plazo de una prescripción. En el peor de los casos, cuando sea pillado en renuncio, el travieso guardián de la ley y el orden —siempre que no se muestre beligerante con el régimen establecido— será «duramente castigado» con un traslado de jurisdicción y, en caso extremo, suspendido de sus funciones con un retiro dorado. Si todo esto falla, siempre tendrá garantizado el indulto por parte del gobierno. A los ciudadanos no nos queda otra que felicitarlos por la buena sintonía entre quienes rigen nuestros destinos. Debemos de estar agradecidos a los miembros del poder legislativo porque un bendito día decidieran derogar la ley de vagos y maleantes.

No sólo resulta desagradable reflexionar sobre tan lamentable situación, sino que a uno le embarga la desazón cuando decide profundizar mínimamente en sus circunstancias. Se echa en falta el trabajo serio de un especialista en derecho comparado, que analice las consecuencias que acarrearía a los recurrentes delincuentes españoles de cuello blanco el hecho de que les fuera aplicada la justicia norteamericana o inglesa. Les aseguro que ninguno de ellos estaría hoy jugando al golf. Con la excepción de Javier de la Rosa —al que la élite financiera consideraba un improvisado advenedizo—, todos los condenados por esta causa lo fueron porque intereses políticos antagónicos al diseño marco sobrevolaron sus procesos (incluido el de Mario Conde), lo cual le añade un plus de perversión democrática.

No le den más vueltas, ya que todo pende de la misma cuerda. Una sociedad que hincó su rodilla ante una dictadura fascista, que cuenta con un jefe de Estado que juró fidelidad a los principios del Movimiento, con una mesa constitucional presidida por un ministro del régimen con derecho a veto, con los sables amontonados en la habitación de al lado y con unos ponentes constitucionales afectados por el síndrome de Estocolmo, no tiene redención posible. Habría que darle la vuelta a un calcetín calcificado con la candidez de un pueblo política mente analfabeto, que sucumbió a la propaganda de un referéndum constitucional planteado con una propuesta perversa: «Votar sí, es votar democracia; votar no, es votar dictadura».

En los últimos años, ilustrísimos magistrados españoles se han debatido en un mar de dudas; no sabían si extorsionar a los reos para brindarles la oportunidad de evitar su ingreso en prisión; si decantarse por la caridad cristiana dejando en libertad a eminentes capos mafiosos o ejercer su responsabilidad social colaborando con las prioridades estratégicas de este imprescindible instrumento social denominado banca. De todas formas, no me hagan demasiado caso; si quieren seguir siendo considerados probos ciudadanos, opten por lo políticamente correcto y, cuando se les presente la ocasión, suelten con el mayor énfasis posible la gran frase: «¡Tengo una fe ciega en la justicia!».

TODO proceso humano exento de control y relacionado con el impulso posesivo no tiene freno ni posibilidad de autorregulación. Siempre hay alguien dispuesto a coger el relevo y avanzar un paso más por el sendero de la ambición incontrolada. Desde que la Bolsa de Chicago, dedicada a la especulación alimentaria, introdujera en 1975 el primer contrato a futuro, el juego especulativo establecido por encima de la economía real se ha convertido en una timba cubierta con el manto de la falsa dignidad. Hoy es posible apostar, además de por materias primas, por la paridad monetaria, por la evolución del petróleo, por índices bursátiles y por multitud de productos cada vez más sofisticados. En esencia, se apuesta sobre el porvenir de millones de personas, de la misma forma que se hace en las carreras de caballos o en cualquier evento deportivo. Para conformar este proceso —que lejos de aportar nada positivo nos ha abocado al colapso financiero—, ha sido indispensable la contribución de unos bancos de inversión que, hasta finales de los ochenta, habían guardado la compostura, pero que, cegados por el afán de lucro y envalentonados por la liberalización financiera y la relajación de los controles institucionales, se dedicaron a la confección de unos productos contaminados, que actuaron de detonante de una larvada crisis sistémica de imprevisibles consecuencias.

Tuve ocasión de seguir este proceso degenerativo desde mi atalaya profesional, obligado a degustar lo agri dulce.

Contemplé los primeros pasos de una banca de inversión, firmemente decidida a constituirse en catapulta de una sociedad española financieramente analfabeta. Saboreé en plenitud profesional la progresiva consolidación en una etapa dorada y finalmente descubrí los registros más tenebrosos de la condición humana, cuando se ve tentada por la ambición de poder y la obsesión por el dinero. A principios de los noventa, ya era evidente la evolución a peor de un mundillo financiero conectado a unas *Master of Business Administration*, que empezaban a defender, sin el menor rubor, que los objetivos empresariales no debían verse coartados por interferencias éticas, enseñanzas que culminaron en la doctrina neocón. Era el anuncio de la nueva deriva por la que iban a discurrir las finanzas mundiales, cuyas consecuencias estamos hoy sufriendo, sin que nuestros comisionados manifiesten el menor propósito de enmienda.



MANUEL PUERTO DUCET. Profesor Mercantil en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, Economista por la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Barcelona, Miembro numerario del Instituto Español de Analistas de Inversiones, y Miembro fundador y Ex-Director Regional de Cataluña y Baleares de BANIF y Banco BANIF. Fue Consejero de la Sociedad de Inversiones y Fondos de Inversión del Grupo Central-Hispano, y miembro permanente del Comité de Redacción de la revista BANIF, hasta que Abandonó el Grupo junto a otros directivos de la Entidad por discrepancias con la nueva filosofía de inversión.

El ex-banquero Manuel Puerto Ducet describe a partir de su experiencia personal y profesional, el establishment del Estado español, formado por las élites financiera-empresarial, política, militar, jerarquía católica, universitaria y *mass media*, que serían los herederos naturales del Régimen Franquista y que habrían fagocitado todas las esferas de decisión, iniciando una deriva autoritaria que ha convertido a esta seudodemocracia en su rehén. El libro es una crónica desde dentro, y no se rehuyen los nombres de los protagonistas, por muy influyentes que estos sean.

* * *

Título original: Oligarquía financiera y poder político en España
Manuel Puerto Ducet, 2012
Colección: Nuevo punto de vista
ISBN: 9788493959739

notes

Notas a pie de página

¹ Nombre aplicado a las acciones de Telefónica, a raíz de un famoso anuncio televisivo a cargo del actor José Luís López Vázquez.

² Parte del cerebro que los humanos compartimos con los chimpancés.